

Mariano Quirós

CAMPO DEL CIELO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Campo del Cielo

Campo del Cielo

Mariano Quirós

Índice de contenido

Portadilla

Legales

El Nene

El cráter milenario

Un meteorito que corre

Tibisai

Nicky González habla entre sueños

El boxeador y su extraterrestre

Mi mujer y su chupacabras

El artista de otro mundo

Para Juan Puyó

Jorgelina

Los orígenes

Agradecimientos

Quiróz, Mariano
Campo del cielo / Mariano Quiróz. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tusquets Editores,
2019.
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-670-576-9
I. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© 2019, Mariano Quirós

Todos los derechos reservados
© 2019, Tusquets Editores S.A.
AV. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: febrero de 2019
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-987-670-576-9

*Para Noé y Amador
A la memoria de Miguel Ángel Moreyra*

Mientras haya un fuego habrá una historia que aguarda ser contada. Entonces abriremos bien
grande la boca y nos tragaremos todo lo que podamos de la noche.
Y comenzará por primera vez la misma canción.

Bellas artes, LUIS SAGASTI

El Nene

Tengo tres hijos, pero conmigo vive solo Quique, el más grande. Los otros dos, los mellizos, se fueron tras el rastro de su madre hace ya unos cuantos años y no he vuelto a tener noticias. Se habrán hecho una vida más interesante y ahora no les importará venir para estos lados. O bien puede que no se resignen y sigan buscando a la madre. La verdad es que a esta altura ya no me preocupo. Acá en el pueblo hay otros problemas que atender.

A mi hijo Quique todos le dicen el Nene. Tiene veintiséis años y es como de mi tamaño —yo soy un hombre grande, metro noventa y por lo menos ciento diez kilos—, entonces que le digan el Nene me parece una falta de respeto, a Quique y a mí. Por eso es que me molesta tanto cuando, en medio de alguna conversación, me distraigo y me refiero a él, a mi hijo, con ese apodo de mierda. Me pasa sobre todo en los asados, cuando me largo a comentar algo. De repente, por ejemplo, en medio de una historia que estoy contando y de la que fuimos parte Quique y yo, me sale decir el Nene. Me duele por el chico, que así queda como más abombado.

Yo lo aprendí en la escuela, cuando las maestras nos llevaban al parque: hace unos miles de años llovieron meteoritos en esta zona, se hicieron cantidad de exploraciones y se inventaron millón de historias. Alguien puso el nombre de Campo del Cielo y después armaron el parque con unos cuantos de los me-

teoritos que no se robaron los exploradores. Los carteles informativos que instalaron en el parque cuentan, más o menos, toda la historia. Pero fue por Quique que fui recuperando los detalles.

No sé de dónde le habrá venido el interés, pero un día —nueve años tenía él— se largó a hablar de los meteoritos y no hubo quien lo parara. De repente y sin que viniera a cuento, te largaba algún dato, te contaba una anécdota de cuando descubrieron los meteoritos, de las exploraciones para sacarles el hierro, de cosas del espacio que, contadas ahí en mi taller, me rompían bastante las pelotas.

Al final no podías saber si el chico era medio idiota o si era algo como un sabio. Pero un sabio idiota, porque lo suyo no servía para nada. Era una pura rareza. Pregunté en la escuela, a sus maestras, qué temas estaban dando. Las maestras no soportaban mucho a Quique. Entonces, me dije, puede que hablándole de meteoritos encuentren la manera de que el chico no joda. Pero resulta que nada que ver.

«Es más seguro que le hayan hablado en su taller —me dijo una maestra—, en su taller siempre tiene linda gente usted.»

Como no me iba andar enojando con aquellas maestras, corté por lo sano y subí a Quique a uno de mis autos. Lo llevé hasta el parque, cosa que viera los meteoritos de cerca. Frené sobre la entrada y le señalé el camino que debía tomar.

Hacía un calor insoportable, pero mucho peor era el viento, que levantaba la tierra y dejaba el ambiente sucio.

Bajé del auto y miré alrededor. Había un vallado de madera —seguro que de algarrobo—

rodeando el parque, pero no se veía que hubiera gente. Capaz, pensé, no sea época de turistas, que sacando a mi hijo son los únicos que se interesan por esto de los meteoritos.

Le hice señas a Quique para que bajara. Tardó en hacerme caso, estuvo un rato largo haciendo de cuenta que buscaba algo dentro del auto. Pero era para joderme nomás, porque cuando vio que me acercaba se apuró a bajar y salió corriendo para adentro del parque. Lo perdí de vista en un pispás.

Hice memoria hacia mis tiempos escolares: el parque no había cambiado gran cosa. Como mucho si ahora tenía, de gran novedad, la cabaña que hacía las veces de recepción, unos carteles indicativos y otros tantos de propagandas.

Caminé lento por el caminito de ripio y apenas entré al parque vi la gran mole marrón, instalada como una escultura o como el monumento de un prócer. Y vi también al idiota de mi hijo que la abrazaba como si fuera su madre.

Tuve el impulso de correrlo de un manotazo, pero no sé si fue por pena o por miedo o por una mezcla de ambas cosas que lo dejé hacer. Que se impregnara de lo que tuviera que impregnarse con ese meteorito.

Pasaron, cuánto, tres, cinco minutos, hasta que Quique se soltó y me miró de nuevo con esa cara suya que uno no sabe si abrazarlo o darle un buen sopapo para que de una vez por todas se comporte como un chico normal y deje de hacernos tan desgraciados.

Su problema, el problema de Quique, le viene de siempre. Yo lo recuerdo con apenas cuatro años, encontrarlo al chico todo mugriento, sentado en la tierra y bajo el sol de la siesta. Como si nada, él. La boca a medio abrir que no se le curó nunca y los ojos puestos vaya uno a saber dónde. Al principio era nada más que eso. Con que yo me acercara y lo sacudiera un poco, él reaccionaba, a veces con una sonrisa, como contento de verlo a uno. Pero otras veces más bien como un puro berrinche, un gesto de caprichoso.

Me preocupé en serio cuando sus hermanos crecieron y lo dejaron atrás. Los mellizos eran mucho más avispados, se entendían muy bien con la gente. Y con la madre, sobre todo, que con Quique había sido siempre una mal llevada. Como si se avergonzara de él, la madre.

Así porque sí, de pasarle por al lado, sabía surtirle coscorriones que Quique recibía con un gesto raro. Como arrugando la cara, que no es una cara fea la de Quique, sino que parece una cara que no se corresponde con el cuerpo enorme.

Mi mujer, que se llamaba Merche, fue la que me hizo preocupar por lo opa que era el chico. Que me fijara en los otros dos, me decía, tan distintos. Que los mellizos tenían amigos, que apenas crecidos ya les andaban atrás a las mujeres, que leían de corrido...

Una vez Quique se comió una lagartija. Se fue al fondo de la casa y se instaló de cara al muro. Las lagartijas iban y venían, camuflándose con el sol, y Quique meta manotazo queriendo cazarlas. Lo vi desde la cocina y no me pareció preocupante, lo entendí como el juego de un chico de ocho años —esa edad, año más año menos, tenía Quique en aquel momento—, hasta me dio algo de ternura.

Después me fui para el taller, que está pegado a la casa. Así que estaba en eso, en plena tarea metido bajo un coche, cuando me vino el escándalo de Merche. Me pegué la cabeza contra el escape culpa del semejante susto.

Peor fue cuando los tuve delante, a Merche con los ojos colorados de rabia y a Quique con la boca sucia de sangre y porquería. Le venían arcadas, no supe si por la inmundicia que había hecho o si por el zamarreo de la madre, que lo sacudía y le pegaba los coscorriones de siempre.

Me lo dejó ahí Merche, en la puerta del taller, y se mandó para la casa. Me desesperé, creí que se me iba a morir atragantado, y le ensarté un dedo lleno de aceite en la boca. Quique hizo una arcada, otra más, hasta que vomitó. Entonces vi los pedazos de lagartija retorciéndose en la tierra, como si el bicho estuviera todavía vivo.

Lo miré a Quique: liberado del atoramiento, sonreía.

Qué voy hacer con vos, le dije.

Con el correr de los años Merche fue acumulando protestas. Que Quique no hablaba o que hablaba raro, que comía mucho, que no comía nada, que no sabía limpiarse después de cagar, que se tocaba en medio de la gente... Esto último trajo problemas.

Iba por el sexto grado cuando tuve que sacarlo de la escuela. Se había bajado los pantalones y había perseguido a las compañeras con el pito al aire. Un maestro lo quiso frenar y Quique le metió un sopapo.

Mandaron avisarme a Lucho —uno de los mellizos; el otro se llama Nacho—, que me llegó al taller riéndose, contento con la ocurrencia del hermano mayor. Tuve que ir hasta la escuela y ahí estaba Quique, con el guardapolvo como única vestimenta. Se me vinieron encima el maestro golpeado —un tipo que yo conocía bastante, un pelotudo— y la directora. Me dijeron que ya era mucho, que antes de la escuela a Quique había que enderezarlo.

Me dieron el resto de la ropa de Quique hecha un bollo. No quise protestar. El olor agrio de la ropa, las caras del maestro y la directora, y Quique mirando al vacío me desanimaron por completo. Lo agarré de la mano y me lo llevé. Hicimos en silencio todo el trayecto hasta la casa.

A la semana de aquello un cliente del taller lo escuchó hablar de los meteoritos. El tipo se me acercó y me dijo: «Che, qué es lo que dice el Nene». Quique estaba sentado ahí, en la entrada al taller, y hablaba bajito.

Me acerqué y le pregunté qué le pasaba, qué estaba diciendo. Quique levantó la vista y, sin dejar de mover los labios, me miró con cara de asustado. Su cara de siempre en realidad. No sentí bien lo que decía, así que arrimé la oreja y entonces sí le escuché decir que los meteoritos no son estrellas, que tampoco son metal: los meteoritos son luces de agua. No supe qué decir ni qué pensar, escuché clarito lo que dijo pero no pude entender nada.

El cliente —Soria se llamaba, otro boludo del pueblo— me vio volver al arreglo de su auto y me hizo otro comentario: «Raro, el Nene», me dijo.

Me dio bronca que hablara así, como si Quique, en vez de mi hijo, fuera cualquier tipo del que pudiéramos reírnos juntos. Lo miré mal, serio, pero el boludo ni se mosqueó. Siguió con su risita de mierda.

Le terminé bien el trabajo de puro cuidadoso que soy, que no me gusta que me hagan mala propaganda entre la gente.

Por lo general son los policías del pueblo los que me traen los autos. Los consiguen por Santa Fe o en alguna otra ciudad más o menos alejada y me piden que les trabaje algún detallecito. Uno de los oficiales, Ruchi, trajo una vez un Honda Civic y me dijo: «Que quede igual a como está, pero que no se note que es el mismo». Me pareció como una descripción exacta de mi trabajo la de Ruchi, y aunque el tipo es bastante pelotudo, al menos aquella vez sentí algo como respeto por él.

Dos semanas después, cuando Ruchi vino a buscar su auto —suelen dejarme los autos incluso

un par de meses—, quedó maravillado. «Es el mismo —decía—: y a la vez no.» Recuerdo bien aquel trabajo porque a partir de entonces se multiplicó la actividad. En un año hubo que agrandar dos veces el taller, de la cantidad de autos que me llegaron.

El único problema fue que desatendí un poco a Quique. No es que él no pudiera manejarse solo, pero me quedaba el resquemor de no estar ahí, pendiente, para sugerirle algunas cosas. Además de que los clientes —que son casi siempre los policías del pueblo— se lo toman a la chacota.

«Nene —le dicen—, contate historias de los meteoritos.» Entonces Quique se larga a hablar y ellos hacen de cuenta que lo toman en serio, ponen caras de asombro, pero al toque nomás empiezan con la tomadura de pelo. Son momentos desagradables, porque Quique habla bien en serio. De alguna manera que yo no alcanzo a captar —y pareciera que nadie capta—, los meteoritos o alguna cosa del material con que los meteoritos están hechos provocan algún tipo de efecto en mi hijo. Quiero decir que él capta algo que los demás no. Y me desespera, pobre, que esa capacidad le traiga puro sufrimiento.

El día que Merche armó las valijas, Quique se había meado encima. No era que nunca le pasara, tampoco era de las peores cosas que tenía, pero por lo visto esa vez colmó la paciencia de mi mujer. Merche se metió en el taller —algo que nunca hacía— y corrió con el pie unas herramientas que le cerraban el paso. Tenía colgado un bolso a modo bandolera —un bolso mío, que yo la verdad casi no usaba— y arrastraba la valija grande con rueditas, que era de los dos. Además de esos bártulos, estaba muy bien vestida para el taller, con un pantalón blanco que se le apretaba en el culo y que, me preocupé, corría riesgo de ensuciarse fácil ahí adentro. Le pregunté si la ayudaba en algo y me avergoncé al instante: de repente le hablaba a mi mujer como les hablo a mis clientes. Casi con las mismas palabras. Me apuré a decirle, entonces, lo del pantalón, que se iba ensuciar.

Merche ni me miró. Habrá tenido sus movimientos bien calculados, y bien visto y elegido uno de los autos del taller, porque caminó directo hacia ese. Era un Fiat Duna blanco. Hacía por lo menos mes y medio que estaba en el taller, con el arreglo ya listo. Era cuestión que Ruchi viniera a retirarlo.

Merche abrió el baúl y maniobró para meter la valija, pero le faltó fuerza. Dejó la valija en el piso y tomó aire, como si midiera el impulso para un nuevo intento. Lo que quería, en realidad, era que yo le diera una mano. Así que caminé hacia ella limpiándome las manos con un trapo y me hice cargo de la valija: la llevé para afuera, de vuelta a la casa. Merche me gritó algo, unos insultos, y como no le di pelota se me vino encima. Me dio unos cuantos golpes, más que nada puñetazos en la espalda, que apenas si sentí. Recién cuando se me puso adelante, cara a cara, y me estampó un terrible sopapo, empecé a hartarme. El ardor en la jeta, además, se me estiró por todo el cuerpo hasta darme una especie de mareo. Merche se dio cuenta de mi acuse de recibo y subió el tono: «Retardado —me dijo—, retardado igual que el Nene». Entonces algo se nubló en mi cabeza.

Y es que a mí, la verdad, no me hace gran cosa que me insulten. Soy un hombre pacífico y la gente me reconoce así. Es cuando lo maltratan a Quique la cuestión, cuando dejo de entender y asimilar lo que pasa. Y que a veces reacciono de maneras que no quisiera.

Me gusta pensar que aquel día simplemente devolví el sopapo y dejé las cosas libradas a su suerte. Que le dije a Merche —mientras se acariciaba, ella, la mejilla golpeada—, que le dije que muy bien, que si tanto quería irse que se fuera. Me gusta pensar que incluso ayudé a devolver la valija hasta el auto y que la metí en el baúl. Que simplemente hice aquello que Merche me pedía.

Que hice incluso un poco más: que me tomé el trabajo de arrancar el Duna y darle marcha atrás hasta sacarlo del taller. Que le ahorré a Merche las maniobras difíciles. Pensar, también, que en el medio de todo apareció Quique y que ella, Merche, le dio un abrazo y le pidió perdón, que le dijo que no era por él que se iba. Y que Quique, al menos por ese rato, entendía las cosas de un poco más acá. Hasta suelo verme a mí explicándole a Merche qué hacer con los papeles del auto. Le planteo, en esa imagen, unas cuantas recomendaciones. Me gusta pensar que Merche me miró a los ojos y, por una vez, me agradeció. Porque sabíamos, los dos, que era mejor así. Me gusta pensar que después subió al Duna —su pelo negro atado a la altura de la nuca, librándola del calor— y arrancó, llena de tristeza y tan hermosa.

Tardé en llamar a Ruchi para ponerlo al tanto de mi problema. Por lo menos una semana entera tuve el Duna cubierto con una lona. Me preocupaban los mellizos, que de un momento a otro iban a preguntar. De repente no iban a ver más a la madre en la casa. Pero por suerte —o por algo así como suerte— en aquellos días andaban muy metidos en sus cosas, en los bailes del pueblo, en la pura joda. Quiero creer que vivían bien, que podían manejarse a su manera en este pueblo tan falto de motivaciones. Así que, antes de que vinieran a preguntar, los senté a la mesa y les expliqué la situación, las ganas de su madre de cambiar de vida y de ambiente. No pareció, de buenas a primeras, que los mellizos asimilaran aquello que yo intentaba decirles. El fondo de la cuestión. Más daba la impresión de que yo les hacía perder el tiempo. A tal punto que uno de los dos —no me sale decir ahora si fue Lucho o si fue Nacho— me dijo que más me preocupara por el Nene que por ellos; que ellos, como yo bien imaginaba, tenían ya otros proyectos de que ocuparse. Ese que habló llegó a decirme, incluso, que si alguien ahí necesitaba de Merche —«de mamá», dijo— esos éramos el Nene y yo.

Para nada me sorprendió la respuesta de mis hijos, pero sí me descolocó que, como todos en el pueblo, se refirieran a su hermano como «el Nene». De puro reflejo miré a Quique: aun sentado a la mesa con nosotros era evidente que tenía la cabeza en cualquier lado. En los meteoritos más que seguro.

No recuerdo ahora si Ruchi llegó ese mismo día o al día siguiente. Sí recuerdo que me puteó de lo lindo. También recuerdo —aunque bien puede ser simple idea mía—, recuerdo que en un momento lloré y que Ruchi aprovechó para putearme todavía un poco más. Que encima de todo, dijo, yo era un terrible maricón. De todos modos me dio una mano, digo yo que por la cantidad de favores que me debía.

Mandó una gente a que buscara el Duna y me dijo, Ruchi, que mejor no preguntara nada. Aun así, pasé por muchos momentos de angustia. Noches sin dormir, pensando cualquier cosa. Es más: la angustia nunca se va del todo, solo que a veces, en momentos determinados, se siente con más fuerza.

Unos días después de la partida de los mellizos, en plena siesta, sentí que alguien le daba arranque a un coche del taller. Sentí también el acelere, el sonido limpio del motor, y por último el repiqueteo de las llantas sobre el ripio. Acostado en mi cama, abrí los ojos y dije: «El Nene». Me levanté a las apuradas, molesto también por pronunciarlo a Quique desde su apodo.

Se había llevado un Volkswagen, un Gol de morondanga que yo había dejado a nuevo. Urgente lo llamé a Ruchi para que estuviera al tanto. Esta vez se me cagó de risa: «A los saltos te tiene el Nene», me dijo.

Preparé un mate y me senté a tomarlo en la puerta del taller, a la sombra de un mango que tengo ahí. Había un sol de puta madre, un sol blanco, que apenas si te dejaba mirar el paisaje.

Traté de pensar en cualquier cosa, de no preocuparme por Quique, pero a la vez, con el asunto de los mellizos y su partida, como que yo estaba muy sensible. Por ahí, me dije, Quique se había mandado detrás de ellos, y quién podía decirme que no acabara mal. No quería, pero me llenaba la cabeza de malos pensamientos.

Ni siquiera me calmó la llamada de Ruchi: que Quique, me dijo —no dijo Quique, por supuesto, dijo «el Nene»—, que Quique estaba en el parque, abrazado a un meteorito. «Pobre chico», dijo finalmente y me cortó.

Así, con los nervios de punta, me subí a un coche y apunté a los rajes hasta Campo del Cielo. Me transpiraban las manos, tanto que apenas si se agarraban al volante. En un momento, llegando al parque, respiré hondo y aminoré la marcha. Lo único que me faltaba era un accidente, alguna estupidez por el estilo.

Ya de lejos pude ver el Gol mal estacionado, atravesado al camino y con la puerta abierta. Estacioné al lado del Gol —no me sale decir ahora en qué auto andaba yo, de tanto barullo que había en mi cabeza— y me tomé un minuto para estacionarlo correctamente. Después sí, le metí una corrida hasta adentro del parque. La camisa, que ya era puro sudor, se me impregnó de tierra al instante.

Me frené a leer uno de los carteles informativos: repasaba el nombre de cada uno de los meteoritos encontrados en el parque. Todos nombres que Quique había pronunciado alguna vez, con esa manera maquinal, medio robótica, que usaba para hablar del tema. «Los meteoritos son luces de agua», recordé, pero tampoco esta vez pude captar el significado de semejante frase.

Me metí al parque y al toque se me vino encima uno de los empleados, un muchacho gordo y con cara de indio, transpirado y bastante sucio. Me preguntó si yo tenía que ver con Quique. Se ve que lo conocía de antemano a mi hijo, o por lo menos a su historia, porque se refirió a él, a Quique, por el apodo. Le pregunté dónde estaba y me hizo seguirlo. Me contó del susto que se habían pegado, que escucharon la bruta frenada del coche y trascartón vieron a Quique pasar corriendo y a los gritos. Siguió hablando el empleado, pero no quise escuchar detalles, no quería sentir vergüenza de mi hijo.

Menos aún cuando lo vi. No solo que estaba abrazado a un meteorito, sino que además se había sacado la ropa —toda la ropa, estaba en bolas— y se frotaba contra la mole. Como si se cogiera al meteorito, como si le hiciera el amor.

Me quedé pasmado. Había otros dos muchachos que le hablaban, que intentaban sacarlo de ahí, pero se ve que Quique —y el tamaño de Quique— los intimidaba. Hicieron gestos de alivio cuando me vieron aparecer. También amenazaron con algún reproche, pero supongo que mis nervios y el enojo con que me fui contra Quique los hicieron recapacitar.

La cuestión es que agarré a mi hijo por los hombros y lo arranqué del meteorito. A lo bruto lo arranqué, cosa que se diera cuenta del escándalo que había armado. Pero Quique no podía darse cuenta de nada. Más bien al contrario, porque pegó unos gritos de lo más desesperantes y le vino a la cara un color espantoso, de un rojizo amoratado. Lo acosté a la fuerza sobre el piso de tierra y le di un par de sopapos para que se calmara. Si los empleados del parque no me frenaban, creo yo, hubiese sido un desastre. Hubo un forcejeo importante, algún manotazo involuntario, hasta que al final quedamos, Quique y yo —y también uno de los empleados—, acostados de cara al cielo. Quique a los gritos y yo apenas respirando, los ojos llenos de lágrimas y la sensación de que todo se me había ido definitivamente al carajo.

El barullo en la cabeza me lo aplacó de un golpe el empleado gordo y cara de indio. Según él, fue con una piedra, pero yo tengo idea de que fue con un soberano trozo de meteorito.

Ahora cada tanto lo llevo a Quique al parque. Aunque son respetuosos, a los empleados les queda un poco de miedo. No saben qué cara poner cuando nos ven llegar. Yo los saludo, de lejos nomás, y me cebo unos mates. Quique habla con los meteoritos. Porque aunque suene raro, eso es lo que hace, se les para enfrente y les habla como si fueran personas. No es que diga demasiado, en realidad dice siempre lo mismo. Todas cosas que sigo sin entender.

El cráter milenario

Qué lástima, dijo la mamá, siempre juntándote con esos pendejos.

Esos pendejos eran Lucio y Nerón, dos hermanos a quienes todos en el pueblo llamaban «los melli». Pero Lucio y Nerón no eran mellizos. Lucio era el más grande y, según la mamá de Lecko, era también el más bárbaro.

Lecko se fue para el costado de la casa, hacia el lavadero, y puso a llenar de agua una palangana. Entretanto se sacó las ojotas y la remera y las colocó muy cuidadosamente sobre un tocón. Una vez que la palangana estuvo llena, cerró la canilla, alzó la palangana —le temblaquearon un poco los brazos— y se echó toda el agua encima.

Días atrás, los melli le habían venido con la idea de aprovechar la fiesta del pueblo para hacerse unos pesos extra.

Podemos vender sándwiches de tatú en el parque, dijo Lucio. Los turistas van a comprar.

No les caían bien los turistas —a nadie en el pueblo le caían bien—, pero no les quedaba otra que soportarlos. El mismísimo intendente había organizado una reunión de vecinos para explicar los beneficios que representaba el festival.

Gracias al turismo, dijo el intendente, hicimos crecer el parque que ahora es nuestro orgullo.

«El parque» era un predio de por lo menos veinte hectáreas donde se concentraba el grueso de los meteoritos que, miles de años atrás, habían caído en esa región. Era un paseo que algunos visitantes juzgaban maravilloso. «El cielo en la tierra», promocionaban las agencias de turismo. Había unos cuantos meteoritos emplazados a la manera de monolitos gigantes; la gente se arrimaba y, al principio, los tocaba con un cierto recelo, apoyando la palma de una mano y quitándola al instante, casi en un solo movimiento. Pero al rato ya tomaban confianza y los manoseaban sin prurito.

Mucho más que los meteoritos en sí, Lecko prefería los cráteres: entre un cúmulo de algarrobos y arbustos pinchudos se hace un claro y aparece, de pronto, el tremendo cráter que queda cada vez que se extrae un meteorito. En uno de esos cráteres, en el más profundo, el intendente había mandado hacer un anfiteatro con capacidad para mil quinientas personas sentadas.

Una proeza del espacio y la arquitectura, dijo el intendente el día de la inauguración. Desde entonces habían pasado por ahí al menos una centena de artistas, desde cantantes folclóricos a magos de circo.

Cuando no había festival del pueblo, el parque quedaba en toda su extensión para los vecinos, que podían hacer uso de las instalaciones como si fuera un gran camping. Había parrillas, bancos y mesas de cemento, rincones pensados para el avistaje de aves y, en las noches despejadas —que en aquella región sin lluvia son casi todas—, avistaje del cielo. Pero rara vez algún vecino hacía uso del parque; le hacían mala fama, decían que era reducto de la delincuencia o de la mera vagancia. A otros simplemente no les movía un pelo, ni el tema de los meteoritos ni esa naturaleza que, empezando por el calor, no hacía más que castigar.

Recién con la llegada del festival, cada mes de septiembre, los vecinos se interesaban y hacían circular las historias míticas. Que los meteoritos eran huellas de civilizaciones lejanas; que

eran mensajes enviados a través de los pueblos originarios; que en ellos se escondía, ni más ni menos, el misterio de la vida.

Así era que hombres y mujeres iban cayendo en puñados hasta que se conformaba una multitud que, en los cuatro días que duraba la fiesta, pasaba del baile y la juerga al pleno misticismo.

Lecko era de los pocos que visitaba el parque cada día, sea o no época de festival. Iba siempre con la India, la perra de los melli, que por el tiempo que pasaba con él parecía ser mucho más suya que de los otros dos. Lecko se mandaba hasta bien adentro del parque, donde la vegetación se espesaba, y la perra le iba atrás, contenta, fregándose de a ratos contra sus piernas. O adelantándose unos metros, perdiéndose de vista entre los arbustos, hasta que aparecía de sopetón por el lado menos pensado. Lecko se echaba a la sombra de un arbolito y la India, después de hurguetear por aquí y por allá, después de hundir el hocico entre la tierra y entre las hojas podridas de alrededor, apoyaba su cabeza en el regazo de Lecko y se echaba junto a él. No era una perra de gran tamaño la India, pero sí lo bastante grande como para sentir su pesadez cuando se pegaba al cuerpo de uno reclamando una caricia.

Lecko le acariciaba entonces la cabeza, frotando especialmente el entrecejo con dos dedos, índice y mayor. La India achinaba sus ojos de por sí rasgados y, de a poco, daba la sensación de que se dormía.

Perrita linda, le decía Lecko, cómo se duerme la perrita.

Pero el que acababa por dormirse era siempre él. Los rayos de sol que caían filtrados por el ramaje lo iban relajando; de pronto se sentía como inflado de esa luz bochornosa y no le daba el ánimo ni siquiera para espantar las mosquitas que revoloteaban por el lomo color canela de la India. Era un sueñito, apenas, el que se echaba Lecko, hasta que la perra se sacudía o el viento norte se levantaba en un chicotazo.

Entonces Lecko abría los ojos y, como primera medida, se ubicaba en tiempo y espacio. Despejaba la mirada del golpe de luz y se pasaba una mano furiosa por la cara, como arrancándose el embotamiento.

Una vez en pie, se iba cada uno por su lado, Lecko de vuelta para su casa y la perra vaya uno a saber a dónde.

Aunque de manera marginal, mezclados y correteando entre la gente mayor, Lecko y los melli también habían participado de la reunión del pueblo y escucharon cuando el intendente dijo:

Piensen en la plata que nos puede entrar. El turista es alguien que viene a gastar, quiere consumir. Nosotros tenemos que ser inteligentes y tratarlos bien. Para que vuelvan y para que inviten a otra gente que traiga todavía más plata.

Salvo algún que otro reclamo que algunos aprovecharon para hacer y que no guardaba relación directa con la convocatoria, el grueso de los vecinos manifestó su acuerdo. Entre ellos Lucio, que por un momento dejó de correr a la par de su hermano y de Lecko y se quedó quieto, inmerso en la reflexión que, días después, desembocaría en la venta de sánduches.

Instalar un puestito a la entrada del parque, dijo Lucio, a medida que los turistas entran y salen nos van comprando.

A Lecko, la idea de Lucio no le causó mayor entusiasmo. En principio porque ellos eran chicos, para qué podías querer plata en este pueblo perdido, qué podías comprar; tampoco le gustaba la idea de instalar un puesto de venta, tener que hablar con aquella gente extraña; pero más que nada porque le veía las complicaciones al asunto, el trabajo ingrato que supondría conseguir los tatús, limpiarlos, amasar el pan, armar cada sánduche... Se fatigaba de solo pensarlo. Sin

embargo, su desacuerdo fue muy tímido:

Pero vamos a tener que cazar tatús, dijo.

Entonces Lucio, con una sonrisa canchera dibujada en la cara, miró a Nerón, que en un acto maquinal le devolvió la sonrisa, y por un momento quedaron los dos así, como en espejo, hasta que Nerón rompió el hechizo.

Para eso tenemos a la India, dijo, la perra caza cualquier cosa.

Si tenés perro, explicó Lucio, cazar tatús es una joda.

Los melli querían convencer a Lecko y le explicaban una y otra vez el procedimiento. Que una vez encontrada la guarida del bicho, decían, es cuestión que la perra se mande y le tapone la salida. Que hunda el hocico y, de ser posible, medio cuerpo en esa oscuridad. Y que ladre, que ladre mucho. Porque los ladridos enloquecen al tatú, que en su desesperación busca un agujero, algún otro hueco hecho en la tierra, ya sea por ese mismo tatú o por cualquier otra criatura del monte.

«Criatura del monte», repetía Lecko en un susurro y se estremecía. De imaginar nomás cualquier cosa que pudiera calzarse esa expresión. No es que tuviera miedo —conocía bien el monte y sus intrínquilis—, pero esa manera de hablar le paralizaba cualquier ímpetu.

Lo que nosotros tenemos que hacer, completó Nerón, es mantenernos atentos. Elegir bien el hueco por donde va salir el tatú, cosa de estar esperándolo. Y entonces, una vez que lo tenemos a tiro, pegarle un palazo en el caparazón.

Nerón cerró la frase con el gesto de quien, efectivamente, golpea con un palo. Lecko se imaginó a sí mismo, palo en mano, golpeando contra un tatú. Después cerró los ojos bien fuerte, cosa de espantar esa imagen, y los abrió despacio mientras hacía el esfuerzo de decirles a los melli que mejor no, que mejor buscaran otra manera de hacer plata.

Al día siguiente, fue con su mamá al predio del festival. Eran poco más de las diez de la mañana y el clima de septiembre —coronado por un sol abrumador— anunciaba una primavera insoportable.

Habían montado un escenario enorme dentro del gran anfiteatro y los vecinos se acercaban en manada para apreciar el andamiaje, los caños de hierro, el imponente sistema de sonido. Sobre las escalinatas del anfiteatro, la mamá de Lecko se entretuvo hablando con unas mujeres y él aprovechó para bajar a indagar en los detalles del semejante armado. Se paseó un buen rato entre los técnicos y operarios que, absorbidos por el trabajo, ni siquiera lo registraban. Hasta que se escuchó un gran estruendo y trascartón, desde un megáfono, alguien pidió al gentío que hiciera lugar para que entrara la grúa.

La gente, entonces, empezó a subir las escalinatas hacia fuera del cráter. Pero Lecko no pudo. Se quedó abajo, hipnotizado por el espectáculo de la grúa, que bajaba lento, muy lento, por una rampa lateral. Del gancho de hierro de la grúa se desprendían unos cables de acero de los que colgaba —como hamacándose— un inmenso meteorito.

Lecko se apartó, por fin, y se sentó en una de las butacas de cemento, sobre las primeras filas. El cemento hervía, pero después de unos segundos y gracias a la grafa de su pantalón —que contuvo en gran medida el ardor que el cemento caliente le había provocado—, hasta llegó a sentirse a gusto. Desde allí siguió todo el trámite, el trabajo de los hombres que —ahora ya en tonos de urgencia— se repartían indicaciones y se movían de una punta a la otra del escenario, como si la grúa hubiese venido a instalarles brutalmente su propio ritmo.

Lecko giró para ver la gran cantidad de vecinos asomados allá atrás, en lo alto, formando como una pared humana. El sol les caía encima y él pensó en la transpiración que deberían estar

juntando, todos ahí, tan pegados unos a los otros. Identificó a su mamá, parloteando aún con las otras mujeres, y levantó la mano para saludarla. No supo si por el sol, que encandilaba la mirada, o de puro fiaquenta, su mamá no le correspondió.

Volvió la vista al frente a tiempo de ver el momento en que los hombres, alborotados como hormigas gigantes, enlazaban cables de acero a la estructura del escenario. Luego hicieron pasar el meteorito —en un movimiento que Lecko juzgó temerario— de los cables de la grúa a los ganchos de los cables nuevos. Al grito de un operario —una especie de voz de alerta—, la grúa se apartó y el meteorito quedó colgando en el centro mismo del escenario, como una gran corona amorfa y cobriza.

Una vez finiquitado el ajeteo, desde arriba sonó fuerte el aplauso de los vecinos. Lecko se dio vuelta para mirar y pudo ver a su madre, cómo aplaudía loca de contenta.

A su papá no le pareció mal que saliera a cazar.

Además, dijo, está bien hacerse unos pesos. Y no solo pueden cazar tatús, acá hay de todo: vizcachas, carpincho, chanco salvaje, charata... Todo les sirve.

El papá le hablaba mientras Lecko le lavaba la moto. Le pasaba un trapo húmedo por el asiento de cuerina, que por el uso y la mugre —ese polvo abrumador que se impregnaba al paisaje y las cosas del pueblo— mostraba ya sus roturas, las líneas de goma espuma asomándose. Era una motito de cincuenta cilindradas con la que su padre hacía repartos de carta y encomienda para el municipio.

La única vez que le permitió usarla, Lecko acabó revolcándose —un poco por impericia pero también por el mal estado del camino— después de avanzar algo menos de treinta metros. Se hizo apenas unas raspaduras, pero el susto y las carcajadas de su padre no le habían devuelto aún el ánimo de hacer un nuevo intento. Lo más que se permitía con la moto era esta forma prudente de estarle cerca. Una forma, de paso, que su papá agradecía.

No me gusta cazar, dijo Lecko sin levantar la vista. Ni tatús ni ningún otro animal.

Qué cagada, dijo el papá. Porque también es una linda manera de estar con los amigos.

Los melli llegaron a la mañana bien temprano. Lo llamaron a los gritos, pero Lecko se hizo el sota. Incluso se aguantó de salir cuando su mamá lo buscó para que hiciera callar a los melli.

Andá, calmá a tus amigos, le dijo la mamá.

Pero Lecko estaba en plan de evasión. Caminó casi en puntas de pie hasta la pieza de sus padres. Su papá aún dormía, medio despatarrado entre las sábanas. Lecko abrió la ventana, trepó y salió al fondo de la casa, desde donde el terreno se estiraba hacia un camino lateral. Le llegó un último llamado —de Nerón, en un grito medio nervioso— y, a pesar del enredo que le hacían las ojotas, se largó a correr. Los melli no se irían hasta que su mamá los echara.

Iba ya asomándose al camino cuando sintió, apenas unos pasos por detrás, el trotecito de la India. Con la lengua afuera y una expresión un tanto desencajada, la perra parecía sonreír.

Lecko tuvo el impulso de ahuyentarla, pero pensó en la cacería de los melli, en el papel que le tocaba a la perra en esa faena, y se frenó en seco. La India se levantó en dos patas y, a modo de saludo, le estampó un lengüetazo en la boca. Lecko se rio y le habló en susurros, como si alguien pudiera oírlo.

Venga, perrita mimosa, le dijo. Venga conmigo.

Caminaron hasta el parque. De a ratos, Lecko pispiaba que los melli no se le aparecieran de prepo y no le dejaran más remedio que ir tras los tatús o bien —como ellos decían— de cualquier otra criatura.

Usando una rama pequeña como juguete y distracción, fue llevando a la India hasta el cráter mayor del parque. Se detuvieron por un momento a los pies del anfiteatro y Lecko apreció el meteorito que pendía al frente del escenario. Los artistas —músicos, actores, recitadores y de otras tantas ramas— actuarían ahí mismísimo, bajo la sombra amenazante de aquella mole.

Lecko le hizo señas a la India para que lo siguiera y en un pispás empezaron a bajar los dos a las corridas.

Había hombres trabajando, aunque ya sin la urgencia de los días pasados. El inicio de la fiesta del pueblo era inminente y, al menos en lo que a instalaciones se refería, las cosas estaban bien encaminadas. Así se sentía en el humor de los hombres, que hasta se permitían bromas de mal gusto y subidas de tono entre unos y otros.

Tal vez por eso, por la dispersión y el buen ánimo general, no se percataron de que Lecko y la India les andaban por alrededor, Lecko observando fijamente el hierro, el cablerío, los tablones, el equipo entero que conformaba aquel trabajo, y la India por detrás, despistada pero a la vez atenta a los movimientos del otro.

Una vez a los pies del escenario, Lecko pensó que una buena idea sería meterse por debajo del andamiaje, por entre el cruce de caños de hierro y entre los tachos llenos de cemento que eran el soporte mayor de la estructura.

Avanzó en tramos con la cabeza gacha, como un jorobado, y en otros simplemente en cuatro patas, hasta que el entramado confuso y la penumbra creciente acabaron por cerrarle el paso. La perra lo siguió todo el trayecto, sin tanta dificultad, y se acomodó junto a él una vez que Lecko se sentó y apoyó la espalda contra uno de los tachos.

Perrita mimosa, dijo Lecko, y la India respondió con un largo resoplido. Lecko le acarició la cabeza y ella le fue instalando, como siempre, el hocico sobre el regazo.

Había un olor concentrado, una mezcla de óxido con cemento fresco que se le metió de lleno en la nariz y le dejó una sensación agradable. Lecko respiró hondo y sintió ahora una punzada en el centro de la panza, un cosquilleo intenso. La India quiso acomodarse mejor, pegar su cuerpo al cuerpo de Lecko, pero él la retuvo en el lugar y apretó un poco más la cabeza de la perra contra sus piernas.

Después, con la mano libre, se bajó el pantalón. Tenía el pito muy parado.

La luz blanca de la superficie se metía por los laterales y Lecko calculó que él y la India estarían, por lo menos, en el centro mismo del escenario. Por arriba se adivinaban los pasos y las voces de los hombres, que seguirían meta ir y venir con la puesta a punto del festival.

Lecko respiró hondo una vez más. Y después sintió que se aflojaba, que se quedaba sin fuerzas y se sumergía muy profundo y a la vez muy por encima de aquel cráter milenario.

Si no venís a cazar, no te llevés a la perra, le reprochó Lucio. Los melli arrastraban, cada uno, sendas bolsas de arpillera.

Eran poco más de las tres de la tarde, la peor hora de calor.

Ayudanos por lo menos para hacer los sánguches, dijo Nerón y sacó de su arpillera un bodoque de tierra y sangre. Lecko lo miró, espantado, y negó una, dos veces, con la cabeza, pero no pudo pronunciar palabra.

La puta que sos maricón, dijo Lucio y llamó a la India, que de un salto estuvo junto a los melli, hurgueteando entre los cadáveres de tatús que asomaban de las bolsas. Los melli la espantaban sin mucho énfasis, más bien divertidos y con palabras cariñosas.

Lecko aprovechó la distracción de sus amigos con la perra y salió disparado rumbo a su casa.

Un meteorito que corre

Me llamo Silvio y personifico a un meteorito. Es un trabajo temporal, nada que pretenda llevar mucho más allá de un par de meses, incluso menos. Pero el negocio de la actuación —o la actuación en su aspecto laboral, prefiero decir, como para no ofender a los eventuales artistas de la profesión—, la actuación, decía, es muy fluctuante, una labor inestable. Un día puede tocarte el papel principal en una obra de relevancia, una obra sofisticada, y al día siguiente puede que estés vestido de payaso animando una fiesta infantil. La cuestión es que hay que entregar el alma —y a veces un poco más— en cada ocasión. Eso, como tantas otras cosas, me lo enseñó Renzo hace unos pocos días. Según Renzo, estoy en un momento de mi vida, si no difícil, seguramente muy disperso. También dice que no debo preocuparme, que es un momento por el que, de una u otra manera, todos pasamos. Por lo general, dice, entre los dieciocho y los veintidós años. Yo voy por los diecisiete.

Leo, un compañero del colegio, me propuso tomar un colectivo hasta Corrientes y pasar la mañana junto al río. Aunque faltar al colegio me preocupaba, más aún me preocupaba evidenciar la preocupación, quedar como un pánfilo. Entonces le dije que sí. Y volví a decirle que sí al día siguiente. No era la gran cosa lo que hacíamos, apenas deambular por la costanera, tomarnos unas coca colas, mirar el río. Me gustaba, sobre todo, mirar a los pescadores en sus canoas y bajo el sol. Lejos de todo, los pescadores, tranquilos y sin preocupaciones.

Cuando se lo comenté a Leo —enfaticando la tranquilidad de aquel trabajo—, él me dijo que no fuese ridículo, que los pescadores eran unos pobres muertos de hambre. Entonces se me ocurrió preguntarle qué le gustaría hacer a él, a qué le gustaría dedicarse el día de mañana. Leo esbozó una sonrisa y entrecerró los ojos, como quien analiza una cuestión mil veces analizada. Podía ser también que fuera por el sol, que nos obligaba a achinar los ojos si pretendíamos mantener la vista al frente. Como hacía yo, que no dejaba de mirar a los pescadores. El asunto es que Leo se tomó su buen tiempo antes de decirme que muy claro aún no lo tenía, pero sí sabía que cualquier cosa a la que se dedicara tendría que ver con el arte. ¿Por ejemplo artista plástico?, pregunté yo, y Leo me respondió que sí, que por ejemplo. Se me ocurrió que un buen cuadro podía ser el de los pescadores diseminados por el río, los pescadores inundados por el sol, que a la vez que provocaba reflejos colorados sobre la superficie del río hacía que los pescadores y sus siluetas se vieran como figuras apenas perceptibles. Meros bultos negros. Uno sabía que aquellos eran pescadores porque simplemente no podían ser otra cosa. Pero lo cierto es que, de no contar uno con aquella información previa, podía suponer que se trataba de rocas, de boyas mal formadas, de cualquier cuerpo flotante. No se lo dije a Leo —tal vez, pensé, se ofende, tal vez suponga que le robo una idea—, no se lo dije, pero en ese momento decidí que me dedicaría a las artes plásticas.

Al volver a casa, ese mismo día, empecé a ver posibles cuadros en todos lados. Una familia paseando con un bebé en cochecito, el puente sobre el río Paraná, la ruta amplia vista desde los asientos del colectivo, los lapachos florecidos. No podía ser tan difícil, pensé. También se lo dije a mamá cuando estuve en casa. Quiero ser artista, dije, y mamá se puso contenta, dijo que por fin alguien cercano a ella manifestaba inclinaciones delicadas. No recuerdo, en realidad, si fue exactamente esa su respuesta, pero sí estoy seguro de que incluyó la delicadeza como cualidad

destacable.

A papá, en cambio, mi deseo le pareció bien siempre y cuando lo acompañara de una carrera con buena salida laboral. Además, dijo, la pintura, como cualquier otra forma de arte, demanda que uno manifieste su inclinación desde temprano, desde corta edad. Y vos, dijo papá, cuánto tenés, ¿dieciséis años?

Como bien dije, yo tengo diecisiete, y aunque es bien cierto que hasta ese momento nunca había manifestado interés alguno por las artes plásticas en particular y por ningún arte en general, tampoco me parecía que diecisiete años no fueran una edad temprana. ¿Cuál es la edad adecuada para iniciarse en una actividad? ¿Quién se había iniciado a los diecisiete años?

Papá fue contundente: Maradona debutó en primera división con dieciséis años y el poeta Rimbaud dejó de escribir a los diecinueve.

Como el fútbol nunca me había interesado y aún no había leído nada de poesía —es muy poco igualmente lo que leí al día de hoy—, sentí las palabras de papá como eso: las palabras de un padre que, por el miedo que le provoca el atrevimiento de su hijo —por muy poco que represente ese atrevimiento—, se propone desanimarlo.

Pero yo estaba muy seguro de mi vocación.

La mañana siguiente volví al colegio y busqué a la profesora de Plástica. Se llamaba Letteri, pero en mi curso le decíamos la Llorona, porque una vez había llorado frente a nosotros. Dijo que la tomábamos de estúpida, que los trabajos que habíamos entregado los había hecho, casi todos, la misma persona. Era verdad: Lucía Bou dibujaba muy bien y no tenía problemas en hacer la cantidad de dibujos que le pedíamos sus compañeros más ineptos. Cada trabajo de la Llorona se lo pedíamos a ella, a Bou, y Bou te solucionaba el asunto en cuestión de minutos. Pero llorar en clase porque los alumnos se copian nos pareció un exceso. Detrás de Letteri, detrás de su cara de piedra, se escondía un evidente mundo de problemas que excedía el curso aquel. Sus alumnos podíamos ser incapaces de manipular un lápiz, pero sabíamos muy bien captar los puntos débiles de cada profesor. Al llanto desconsolado de Letteri le siguió nuestra perplejidad, pero apenas unos minutos después, cuando el estupor había pasado, alguien lanzó una primera carcajada que en pocos segundos se multiplicó por todo el salón.

Al final, solo Lucía Bou recibió castigo: desaprobó la materia. Tampoco le importó demasiado, Bou arrastraba un perfil de alumna complicada y los profesores no la tenían en buena estima. Que la Llorona la desaprobara fue como la coronación de su desdén por aquel mundo escolar. La Llorona, sin embargo, estaba convencida de que su castigo resultaría ejemplar, y cuando intentó explicar el resultado que, siempre según ella, su medida provocaría en el alumnado, se dejó llevar de tal manera que acabó llorando una vez más, la segunda. No nos reímos como la primera vez; las cosas que un día nos divertían perdían su gracia al día siguiente.

La Llorona dijo algo parecido acerca de mí: que no le daba gracia mi comentario. Yo le había dicho, sin intención alguna de sonar gracioso, que quería ser artista. Estábamos en la sala de profesores, la habitación del colegio reservada para que el cuerpo docente de la institución descansara de nosotros entre mate, café, cigarrillos y silencios depresivos. «Quiero ser artista», dije, y la Llorona miró para un lado y para el otro, como buscando a los cómplices de mi broma o como buscando quién sabe qué. Por eso el tono de su voz sonó tan inseguro: «No me da gracia lo que decís». Me costó convencerla. Creo que me tomó más en serio cuando le dije que veía cuadros por todos lados, en la luz que entraba por la ventana, en el pocillo sucio con la colilla de un cigarrillo flotando en el café, hasta en el barullo de voces que venía de afuera.

«Siento que todo se puede pintar», le dije, y la Llorona me llevó a su casa.

Vivía con un hombre de apellido Russo. Me llamó la atención eso, que ella lo llamara por el

apellido y no por el nombre. Russo miraba televisión en calzoncillos y era comunista. Cuando la Llorona le dijo que yo quería ser artista, Russo apartó la mirada del televisor y me dijo que, para ser un buen artista, había que sintonizar con el sentimiento del oprimido. Me interesó lo que dijo —cualquier cosa, sentía yo, podía servirme—, pero la Llorona le dijo que no molestara, que yo quería ser un artista en serio. Russo hizo un gesto con los brazos, algo como una queja, y volvió al televisor.

Era un departamento muy pequeño y sucio. La cocina formaba parte del mismo ambiente en el que Russo miraba televisión y en el que la Llorona y yo repasábamos un libro enorme sobre historia del arte. Por eso el olor a comida rancia. Tampoco ayudaba mucho al paisaje, o al orden, que la Llorona y Russo acumularan objetos ya inservibles: a un golpe de vista, encontrabas desde un televisor viejo a una pila de cajas de zapatos, de cajitas de cigarrillos a teclados de computadora o cuchillos sin mango. Era todo una gran mugre.

Por perderme en esos detalles, no retuve nada de lo que decía la Llorona. Tampoco hice el intento, me dejé llevar por el programa de televisión que miraba Russo: un programa rural en el que daban cuenta de las cosechas más rentables para el año próximo. La Llorona se percató de mi dispersión y cerró el libro con un golpe. La miré, sorprendido y hasta un poco asustado por su reacción. No era, como yo pensaba, una mujer vieja. Muy por el contrario, era joven e incluso algo bella. Tal vez la expresión sufrida, las ojeras enormes, le jugaban una mala pasada. Se levantó para ir al baño y aproveché para concentrarme en el televisor: se veía una máquina enorme, algo como una topadora, trabajando la tierra, mientras el locutor hablaba de sorgo, de trigo, de un mundo que yo no conocía. Russo notó mi desconcierto porque intentó explicarme: habló de fuerzas de producción, de variables económicas y de lucha de clases. Era visiblemente más joven que la Llorona, o puede que tuviera su misma edad y llevara la vida sin tantas preocupaciones. Me cayó mal por eso, por algo que entendí como falta de consideración por la persona que vivía con él.

La Llorona salió del baño con la cara lavada. Que fuéramos a un bar, dijo, o a un lugar donde estuviéramos más tranquilos. Russo me despidió con un consejo: que artista o no, nunca me olvidara del ser humano. Asentí con la cabeza, pero la verdad es que jamás conseguí descifrar cuál de todas las acepciones posibles era la que Russo intentó transmitirme en ese mero segundo. ¿A qué ser humano hacía referencia?

Como sea, no volví a ver a Russo. La Llorona, una vez que nos instalamos en un café, me dijo que no le hiciera caso, que su marido —porque al parecer Russo era eso, su marido— era un infeliz, un pobre diablo. Me preguntó si tomaba cerveza y le mentí: íbamos por la segunda cuando empecé a sentirme descompuesto. La Llorona dijo que mejor si nos pedíamos algo de comer, que tomar con el estómago vacío nos traería resaca. Comimos empanadas, yo a duras penas, ella con voracidad. Cuando me levanté para ir al baño, el mundo entero se me vino encima. De pronto las mesas del bar, la música estridente, las luces mortecinas, todo hizo foco en mí. Y me fui de frente contra una mesa ocupada por mujeres y por un solo hombre: Renzo.

No se armó mayor escándalo solo porque Renzo y la Llorona se conocían.

«Es mi alumno —dijo ella—: quiere ser artista.» Por pudor o por mera estupidez, aguanté las ganas de ir al baño y, en cambio, acepté la invitación a casa de Renzo.

Fuimos en auto, no sé decir si en taxi o en el auto de alguna de las amigas de Renzo. Íbamos apretados en el asiento de atrás y la Llorona aprovechó el tumulto para sentarme en su regazo y acariciarme las piernas. No tuve el ánimo ni la lucidez para pedirle que se detuviera y, me imagino que por eso, todos dieron por sentado que la Llorona y yo éramos algo así como una pareja.

Nos besamos por primera vez en la cocina de Renzo. Antes, en la sala, habíamos armado una ronda para jugar a las adivinanzas. Si no sabías la respuesta correcta a tal o cual pregunta, tenías que besar a alguien a modo de prenda. Las preguntas eran muy fáciles, pero aun así nadie sabía responder. Renzo preguntaba de qué color era el caballo blanco de San Martín y sus amigas se acariciaban el mentón antes de contestar, con una carcajada, que el caballo era negro. Después elegían besarme a mí o bien se besaban entre ellas. Eran tres, y creo que, por el hecho de verlas así, juntas, como si fueran una sola, se me hicieron hermosas.

Cuando me tocó responder cuál era el apellido del futbolista de nombre Diego Armando, respondí que Maradona, pero todos insistieron con que había dicho otra cosa —Batistuta, si mal no recuerdo—. Según Renzo, aquella había sido la más fácil de las preguntas y, por lo tanto, me tocaba cumplir la prenda mayor. Quise saber cuál era esa prenda y en cosa de un segundo tuve a Renzo encima, besándome apasionadamente. Fue un beso incómodo, casi doloroso. Sus tres amigas, entonces, soltaron soberanos alaridos, una gran celebración, más que nada porque, en mi borrachera, no me preocupé por rechazar el embate de Renzo.

La Llorona sí se preocupó. Me agarró de un brazo y me arrastró hasta la cocina. De fondo quedaron las voces y las risas de Renzo y sus amigas. La verdad es que hubiese preferido quedarme con ellos; más allá del atropello de Renzo, se veía que la pasaban bien. La Llorona no. Como si pretendiera confirmar el apodo, quiso hablar, quiso decirme algo, y no pudo contener el llanto. Entonces fue que la besé, para que se calmara. Ella tardó en reaccionar —en aceptar mi beso de lleno, quiero decir—, pero una vez que lo hizo ya no se contuvo. Besaba mal, con desesperación. Y no es que yo besara bien —antes de esa noche había besado apenas a dos amigas del colegio—, pero al menos yo sabía controlarme.

Cuando nos despegamos, sentí la cara toda mojada y vi los ojos de la Llorona abiertos y redondos como dos pelotas. Pensé que otra vez empezaría a llorar, pero en vez de eso dijo «no puedo hacer esto, no puedo hacer esto», y salió disparada. Al pasar por la sala, Renzo y sus amigas le dijeron algo que no alcancé a oír, y ella respondió lo mismo que me había dicho a mí: «No puedo hacer esto». Después sentí el ruido de la puerta y la posterior salida de la Llorona.

Aproveché para ir al baño. Sentía la vejiga hinchada de tanto aguantar y, sobre todo, lo incómodo de la excitación en mis pantalones.

Por cuidarme de no hacer enchastre en el baño, tuve la mala idea de mear sentado sobre el inodoro. Me quedé dormido al instante y al instante, también, empecé a soñar. Soñé que al fin me reconocían como artista, que un grupo de expertos reunidos en comité —entre los que se encontraban mi madre, la Llorona, Lucía Bou y Renzo— argumentaba que no hacía falta que yo pintara cuadro alguno. Yo era un artista hecho y derecho. En el sueño, era Renzo quien me anunciaba la decisión del comité. Estábamos en un baño público, sentados cada uno sobre un inodoro, y de la alegría que Renzo me daba por la noticia yo dejaba correr un largo chorro de pis.

«Te measte todo», dijo Renzo para despertarme y me sacó del baño con la ayuda de una de sus amigas. No sé decir cuál de las tres, pero de lo que estoy seguro es de que ya no se reía como antes.

Me despertó al mediodía la voz de Renzo, que cantaba ópera o algo que a mí me sonó como a ópera. Adjudiqué el dolor de cabeza al hecho de beber con el estómago vacío, como había advertido la Llorona. Pero más me preocupó ver que estaba desnudo, sin siquiera un calzoncillo. Me senté en el borde de la cama y traté de recuperar los momentos posteriores a mi ida al baño. Se me hizo imposible, apenas si me llegaba, en pantallazos, un escándalo de risas. Me palpé el cuerpo, la cara, sacudí la cabeza como para quitarme de encima el lastre y, cuando volví la vista, me topé de frente con la sonrisa enorme de Renzo.

«La pasamos bien anoche —dijo—, pero tampoco hay que ser tan desordenados.» Sostenía un plumero en una mano y, cuando presté mayor atención, vi que tenía puesto mi calzoncillo. También me percaté —recién en ese momento— de que usaba bigote, un bigote bien tupido, y entonces comprendí por qué su beso de la noche anterior me había resultado tan incómodo.

Me enrollé una toalla en la cintura y lo ayudé con la limpieza. Era cierto: el departamento había quedado hecho un asco, como si, en vez de las pocas personas que habíamos sido de la partida, allí se hubiera celebrado una gran fiesta. Alguien había fumado mucho y había echado las colillas en diferentes vasos; alguien había comido pastelitos y había dejado los repulgues apoyados en la alfombra; alguien había derramado vino; alguien —tal vez yo mismo— había vomitado. Y mucho más.

Mientras yo trapeaba, Renzo me hablaba de sus amigas, de las malas costumbres de sus amigas y de su escaso buen gusto. «Al final no sé para qué las traigo», dijo. Después me invitó a comprar ropa: la mía, me explicó, se la había llevado una de las chicas.

Tuve que salir con ropa suya, de Renzo, unas bermudas que me sobraban varias cinturas — Renzo no era gordo, pero era, sí, bastante rellenito— y una camiseta con la figura de Marilyn Monroe como estampa. Marilyn leía un libro y Renzo no supo decirme cuál, aunque sí me habló mucho de ella. De lo incomprendida y desgraciada que había sido, de las mil y una que tuvo que pasar hasta ser reconocida, de las mentiras que sobre ella se dijeron. Mientras yo me probaba un pantalón, escuchaba de fondo la voz de Renzo que seguía con que Marilyn esto, Marilyn esto otro. Nunca imaginé que existiera una persona que supiera tanto de Marilyn Monroe. Incluso después de elegir mi ropa nueva —ropa que, por supuesto, pagó él—, y una vez que volvimos a su casa y nos armamos un succulento almuerzo a base de arroz y albóndigas, siguió Renzo contándome anécdotas de Marilyn.

Después de echarnos una siesta, Renzo me dijo que me preparara, que nos íbamos a mi primer ensayo. Así supe que Renzo era el encargado de una compañía de teatro y, según dijo, uno de los actores más famosos de la ciudad. No sé por qué, pero se me ocurrió preguntarle si alguna vez había trabajado en televisión. Mi pregunta, por lo visto, le cayó mal, como una burla o algo así, porque durante un par de cuerdas caminamos en silencio.

Me dediqué entonces a pensar en otras cosas, en lo raro que habían sido los últimos días y en lo bien que me quedaba la ropa nueva.

«Claro que te queda bien», dijo de pronto Renzo, y yo sentí que me leía el pensamiento. Sin embargo, se lo decía a otra persona: estábamos por fin a las puertas de la sala en la que Renzo y su compañía libraban su arte, y lo que teníamos enfrente, más que una persona, era un meteorito con piernas. Eso, en realidad, lo supe después, porque en principio me convencí de que aquello era un hombre disfrazado de albóndiga. Tan confuso era todo para mí, que llegué a conectar las albóndigas de nuestro almuerzo con el disfraz de goma espuma que apresaba al chico aquel.

Se llamaba Lolo y tenía que viajar a Campo del Cielo, un pueblo perdido en el que alguna vez —según Renzo, un millón de años atrás; según Lolo, apenas unas cuantas décadas— cayeron enormes meteoros. El pueblo tenía su fiesta —La Fiesta del Meteorito— y alguien había contratado a Lolo para que se disfrazara de meteorito y entretuviera a los turistas. El disfraz se completaba con un casco de ciclismo, medias canchán y zapatillas, todo en ese tono amarronado que tienen los meteoritos. Renzo le preguntó a Lolo si ya tenía bien ensayado el personaje.

«Es muy fácil —dijo Lolo—: tengo que impostar la voz y contar cosas del espacio.»

Efectivamente, cuando hizo la representación su voz me sonó como esas que uno escucha en los documentales de televisión, una voz que podía ser de cualquier lugar del mundo, siempre que en ese lugar hablaran castellano, claro está.

Dijo Lolo: «Hace muchos años, un cometa surcó el espacio y luego de hacer inmersión en Júpiter provocó un estallido del cual resultó una gran dispersión meteórica que apuntó sus esquiras hacia la Tierra, más concretamente a esta zona, a Campo del Cielo».

Me fascinó la cuestión —el espacio, los meteoritos, Júpiter—, pero Renzo le dijo a Lolo que no exagerase los gestos de la cara, que de tanta morisqueta su interlocutor se perdería la esencia de la información. Para que su consejo quedara claro, Renzo me miró y me dijo que les contara a ellos dos, a Lolo y a él mismo, de qué había hablado el meteorito. Se me ocurre que fue por la presión, pero apenas si me salió un balbuceo con estas tres palabras: «Júpiter, espacio, cielo».

«Te das cuenta —dijo Renzo—: el pobre chico no entendió nada.» Después hizo una muestra, una pequeña actuación, del modo en que debía hablar el meteorito. Dijo más o menos lo mismo que había dicho Lolo, con la impostura de voz incluida. Pero hubo algo, algo que yo no pude ni puedo precisar, que le sumó encanto a la frase. Quizá fuera el bigote de Renzo, que se movía a la par de cada gesto, como si las palabras salieran de ahí, del bigote mucho más que de la garganta. O bien puede que haya sido idea mía, que de pronto sentía interesante cada cosa que Renzo decía.

Pero a Lolo, en vez de agradecer el consejo, le dio por ofenderse. Que estaba harto, dijo, que su esfuerzo nunca se valoraba, que siempre los papeles importantes iban para los demás y que él, mientras tanto, tenía que andar con un disfraz ridículo como aquel.

Lejos de apaciguar los ánimos, Renzo redobló la apuesta: «Será el papel que te merecés», dijo. Eso fue suficiente para que Lolo se quitara la goma espuma y quedara en remera y canchán. Era un chico muy flaco y, con esa vestimenta más el casco en la cabeza, parecía simplemente un loco. Tiró la goma espuma en el piso —la tiró como si pretendiera un gran estruendo— y cruzó la calle de una corrida, como si escapara de algo.

«El problema de ese muchacho —dijo Renzo más tarde, cuando ya me había mostrado la sala y me había presentado a unos cuantos de los actores con los que trabajaba, y una vez que me nombró como sucesor de Lolo en el papel de meteorito—, su problema es que nunca se tomó en serio este trabajo.»

Para demostrar que yo sí me lo tomaba en serio, puse mucho empeño en el primer ejercicio: mi cuerpo era un edificio sobre el cual tenía que imaginar ventanas, abrir los brazos como si fueran ventanas, abrir las piernas como si fueran ventanas, abrir la cabeza como si la cabeza fuera una gran ventana. Nadie me dijo si estaba bien o mal lo que hacía, pero cuando pregunté si en el papel de meteorito también correspondía que imaginara ventanas, una chica de nombre Paula se acercó y me dijo que sí, que las ventanas estaban en todos lados y en todas las cosas.

Paula tenía unos pocos años más que yo y, de la veintena de actores que ensayaba con Renzo, no solo era la más linda, sino que además fue la única que me dirigió la palabra.

«Te acompaño a tomar el colectivo», me dijo.

Renzo me había dado unos pesos y las indicaciones para no perderme en Campo del Cielo. Que una vez que llegara al pueblo, me indicó, busque la comisaría y pregunte por un tal oficial Ruchi.

«Allá se manejan así —explicó—: el policía es como un intendente o un alcalde.»

Quise despedirme con un abrazo, alguna forma efusiva, pero Renzo habilitó apenas un apretón de manos y unos buenos deseos bastante sosos. Guardé el disfraz de meteorito en una bolsa de nylon y emprendí, junto a Paula, el camino a la terminal de ómnibus.

Era una tarde agradable y caminamos todo el trayecto sin hablar. De a ratos yo miraba de reojo y me parecía ver que Paula caminaba con los ojos cerrados. También daba la impresión de sonreír, como si estuviese recibiendo en la cara alguna brisa llena de buen aroma o algo así. Me preocupaban nomás los cruces de calle, las avenidas especialmente peligrosas, pero en cada cruce

me permití mirarla bien, de frente, y comprobar que ella iba con los ojos abiertos, como cualquier ser humano, y con una seriedad implacable. Pero después lo mismo, subíamos a la vereda y me invadía la sensación de que me acompañaba un fantasma risueño.

En la terminal compré chipá y comimos en silencio a la espera del colectivo. Cuando llegó — un colectivo derruido, lleno de abolladuras—, le pregunté a Paula si quería venir conmigo, que tener compañía en Campo del Cielo me iba a venir bien, pero ella largó una terrible carcajada y dijo que ni loca —«pero eso sí que ni loca»— se iba de nuevo para Campo del Cielo. Me dio un beso en la frente y se fue antes de que yo pudiera preguntar o decir cualquier otra cosa.

Por dentro, el colectivo era aún peor. Había una mezcla de olores que me dificultaría conciliar el sueño. Una mujer de tamaño generoso ocupaba mi lugar. Le mostré mi boleto, con el número de asiento indicado, pero la mujer volvió la vista hacia la ventanilla y le dijo al hombre a su lado que eso era lo único que le faltaba.

«Que me saquen de acá si se animan», dijo.

No estaba en mi ánimo incordiar. Estaba, en realidad, bastante cansado. Así que me acomodé en el pa-

sillo del colectivo, puse la bolsa de nylon con el disfraz como almohada y me recosté lo mejor que pude. Me dio pena nomás mi ropa nueva, que se ensuciara con la mugre del colectivo.

El viaje hasta Campo del Cielo, sin embargo, no fue tan largo. Lo único molesto fue el permanente bamboleo, como si en vez de movernos por una ruta hubiésemos viajado por el agua, sobre un mar embravecido. Desde mi lugar en el piso pude pispiar los cambios de tono en el cielo, de la oscuridad total a distintas formas de violeta y hasta un rojo furioso. Pensé en los buenos cuadros que podría pintar si, por lo menos, supiera manipular un pincel, un lápiz.

Con un empujón del pie, algo como una patada leve, la mujer que ocupaba mi asiento me hizo saber que estábamos en destino. Le liberé el camino, cosa que pudiera salir sin obstáculos, pero aun así le costó moverse, como si las horas quieta sobre el asiento la hubieran dejado lisiada. Refunfuñó unas cuantas veces hasta que al fin logró salir. Yo seguía en el piso, sentado, y le sonreí, le dije que tuviera unos buenos días.

A la luz de la mañana no era una mujer tan fea como yo había imaginado. Le vi una mancha a la altura del cuello y, cuando enfoqué mejor, vi que era parte de un tatuaje, un San la Muerte. Me preguntó si tenía a dónde ir y, para no ser descortés, le acepté la invitación a desayunar.

Se llamaba Tita y me dijo que Campo del Cielo era un lugar peligroso. A juzgar por el primer impacto, más que peligroso me resultó desolado. No parecía que viviera gente en aquel sitio.

«Sí que hay gente —me corrigió Tita—: pero más vale no encontrarla.»

Su casa era una construcción precaria al borde de una calle de tierra, como eran casi todas las calles del pueblo. Abrió una ventana para ventilar el ambiente y la luz que entró hizo más visibles las penurias. Después Tita preparó unos mates que acompañamos con galletas saladas y me preguntó para qué venía yo a Campo del Cielo.

«Para ser artista», respondí, y Tita dijo que eso era algo muy bueno, que en Campo del Cielo había de todo, pero que escaseaban los artistas. Después quiso saber qué clase de artista era, qué cosas hacía. En vez de contestarle, preferí ponerme el disfraz de meteorito y regalarle mi primera actuación en público.

No fue mi intención ni mucho menos, pero cuando cerré el número —después de cinco minutos, un tiempo apropiado para un solo espectador—, Tita empezó a llorar, a decirme, entre lágrima y sollozo, que nunca alguien había hecho algo así por ella.

Para ser mi primera actuación, pensé, no había estado nada mal. Le propuse a Tita que saliéramos a dar vueltas por el pueblo y que, de paso, me acompañara hasta la seccional de

policía, a buscar a ese oficial Ruchi. Pero Tita no estuvo de acuerdo.

«Hace calor —dijo—, mejor nos quedamos en casa», y cerró la puerta con llave. También cerró la ventana porque, según dijo, a esa hora —ya estábamos cerca del mediodía— se mete en la casa toda la mugre del pueblo.

Quizá fue la penumbra que llenó el ambiente, o tal vez el repentino cambio de tono en la voz de Tita —más grave, más ronco—, pero por alguna razón empecé a sentir miedo. Se me ocurrió decirle que muy bien, que se quedara en la casa, incluso que preparara un almuerzo para los dos, que mientras tanto yo iría en busca del oficial Ruchi, simplemente para dar aviso de mi llegada.

A Tita no le gustó mi propuesta: empezó a los gritos, a decir cosas incoherentes, que al final de cuentas yo era como el resto del mundo, ingrato y maleducado. Me quedé quieto en mi lugar, vestido de meteorito y con la sensación de que estaba metido en un lío.

Tita lloraba ahora como si le hubiera sucedido una tragedia. Cuando intenté hablar, decirle que todo estaba bien, que una vez que me presentara ante mi empleador volvería a su casa y pasaríamos juntos el resto del día, lloró aún más fuerte, como una nena caprichosa.

Aquello no tenía mucho sentido, así que me moví lentamente hacia la puerta. Las manos me temblaban por los nervios y cuando agarré la llave no pude evitar el tintineo contra el llavero. Era un llavero simpático, con forma de meteorito en miniatura.

Tita levantó la vista en el preciso momento en que yo introducía la llave en la cerradura. No dijo nada, simplemente levantó el mate y me lo tiró por la cabeza. De no haber sido por el casco de ciclista, el golpe me hubiera desmayado.

Aturdido y todo, me las amañé para abrir la puerta. Una vez afuera empecé a correr. Corrí, agitado y confuso, bajo el terrible sol de Campo del Cielo. Unos perros que dormitaban a la sombra de un arbolito se pusieron en guardia y, cuando me tuvieron a tiro, corrieron detrás de mí, ladrando como enloquecidos.

No encontré la seccional de policía. Antes, me topé con la parada de colectivos, con el servicio de las doce a punto de salir. El chofer me abrió la puerta muy a su pesar, como con desgano. Se rio de mi indumentaria, de mi disfraz de meteorito, pero más aún se rio de los perros, que seguían ladrando ahí afuera.

El colectivo iba casi vacío, a no ser por un par de caras que se asomaban desde el fondo. Me dije que ya era mucho, que mejor no hablar con nadie, y me senté en el primer asiento, solo y con ganas de sacarme el calor de encima.

El chofer dijo alguna otra cosa —sobre el calor, sobre los meteoritos y los perros—, pero ya no le llevé el apunte. Preferí concentrarme en mi siguiente paso como artista y me dormí en cuestión de segundos.

Conocí Campo del Cielo por la descompostura de mamá. A media mañana me llamó un tal Sánchez para darme aviso y pedirme que fuera a buscarla. Hablaba mal Sánchez, con errores gramaticales y en un tono de voz muy bajo, por lo que me costó una barbaridad asimilar el mensaje. Además de que hacía por lo menos dos años que yo no hablaba con mamá, lo poco que sabía de ella era por su perfil de Facebook; que de repente me llamaran por asuntos suyos era como recibir noticias de otra galaxia.

Tuve que subir al auto —un Clio que compramos a medias con Elena y que cuidábamos como a un hijo— y dejar un tendal de trabajo pendiente.

Escribí «Campo del Cielo» en el GPS y me dejé llevar.

Pensé en mamá, en el tiempo que llevábamos sin vernos. Había hecho estudios de posgrado sobre culturas indígenas y podía ser que un día la vieras en fotos dando cátedra sobre los tobas chaqueños y que al día siguiente apareciera en alguna región peruana, usando algún vestido mucho más ridículo que originario. Le escribí unas cuantas veces contándole mis cosas, lo mal o bien que me iba en esto y aquello, y me respondió cada vez con caritas tristes o felices, o con labios grandotes que simbolizaban un beso. ¿Qué hacía ahora en Campo del Cielo? Supuse que dictaría algún curso, algún taller sobre culturas medio antiguas. Como sea, la cuestión es que no me dejaba más alternativa que salir en su ayuda.

La ruta a Campo del Cielo, muy pronto lo descubrí, era un desastre de baches y animales sueltos. Entre caballos, burros y vacas dispersos en la banquina divisé también unas cuantas especies de lo más extrañas —por lo menos para mí, que siempre fui bastante ignorante en ese aspecto—, criaturas que asocié con un mundo fantástico y hasta un poco terrorífico.

También la vegetación y con ella el paisaje cambiaron bruscamente en pocos kilómetros: de pronto era todo más áspero, como violento y venido a menos.

El sol tremendo hizo que el calor dentro del auto se pusiera insoportable y no me dejara más remedio que poner el aire acondicionado al máximo. Entiendo que por eso —por el gasto extra que supuso el aire— me quedé corto de nafta. Aminoré la marcha y bajé las ventanillas con resignación; sin el aire acondicionado, bastó medio segundo para que me empapara en sudor y para que el polvo del camino se filtrara, invasivo, en cada rincón del auto.

Iba ya para el colapso nervioso cuando encontré por fin una estación de servicio. Era más bien una casucha con un par de surtidores llenos de óxido y dispuestos a la buena de Dios. Frené delante del que tenía escrita la palabra «Súper». Un viejo echado sobre una silleta me hizo señas de que ya venía. El esfuerzo que puso para levantarse —aun de lejos pude apreciar el temblequeo en sus piernas y brazos— me hizo sentir incómodo de antemano. Como si, más que cargar combustible, mi intención hubiese sido molestarlo.

Fue precisamente la incomodidad, no saber a ciencia cierta cómo comportarme, lo que me empujó a tender una mano y a ofrecer una información que el hombre no pedía.

—Me llamo Héctor —dije—: voy para Campo del Cielo.

El hombre se frenó en seco ante mi mano tendida y me miró fijo, como si acabara de descubrirme. Tenía un bigote del tipo manubrio, muy descuidado, y era de una flacura apabullante.

—Medina —se presentó, y estrechó mi mano con fuerza. La suya era una mano rugosa, como

una madera curtida, pero a la vez tenía un no sé qué de resbaloso.

No dijo ni una otra cosa. Se quedó, los ojos achinados por el sol y siempre fijos en mí, como a la espera.

—¿Me llena el tanque? —pregunté.

En vez de cumplir mi pedido, Medina se sonó la nariz apretándose con índice y pulgar. Después hizo estrellarse en la tierra el producto inmundo de su destreza. De puro instinto, y por miedo a que me salpicara, pegué un salto hacia atrás.

—No se asuste, compañero —dijo Medina y soltó una carcajada desagradable. Se tomó aun su buen rato antes de poner manos a la obra. Y una vez que lo hizo, una vez que tomó la manguera del surtidor y la arrimó al tanque de nafta, siguió riéndose, contento de su guasada.

Un poco para distraerme y otro tanto para amainar mi culpa —había salido de casa a las apuradas, sin avisar—, me refugié en el teléfono celular y llamé a Elena. Ya en el tono de voz, en la pretendida indiferencia con que me atendió, noté su enojo. Me tomé un par de segundos extra antes de explicarle por dónde andaba y con qué preocupaciones.

«¿Campo del Cielo?!», casi gritó desde el otro lado. Me molestó que no me preguntara por mamá, que fijara su atención en mi destino y no en mi situación familiar. De alguna manera, su deslíz me sirvió para diluir mi remordimiento.

Aun así, exageré un poco mi sensibilidad: que mamá tenía un problema, le dije, y que si mi madre me necesitaba yo era capaz de ir a cualquier lado, a la China, al África, a donde sea. En el envión, dejé que la voz me saliera aguda, con ese toque de histeria que tanto me disgusta.

Quedamos en silencio, como si de un lado Elena midiera la intensidad de mis palabras y del otro yo mismo analizara su veracidad. Fue un instante de confusión —o más bien de aturdimiento— que se incrementó cuando me topé con la mirada de Medina, que aún con la manguera en el tanque me estudiaba con seriedad, ya sin restos de su risita socarrona.

Le dije a Elena que más tarde, una vez que solucionara el percance de mamá, la llamaría. Y corté la comunicación sin esperar su respuesta.

—Cuánto debo —le pregunté a Medina, haciendo el esfuerzo de que mi voz sonara esta vez un tanto recia.

—Lo que marca ahí —respondió, y me señaló la cifra en el surtidor.

Le pagué y subí rápido al auto. Quería irme cuanto antes.

Medina me pasó el vuelto por la ventanilla y retomó la sonrisa de hacía un rato, esa expresión sobradora. Se agachó casi hasta meter la cabeza por la ventanilla del auto y dijo algo que no alcancé a entender porque justo en ese momento puse en marcha el motor. Lo que dijo después lo entendí perfectamente.

—... tá apurada la mami.

Bajé el mentón como una reverencia y dije, a mi vez, bien claro aunque en un susurro:

—Viejo de mierda.

—¿Cómo dice...? —quiso saber Medina, pero para entonces yo ya había arrancado y empezaba a dejarlo atrás. Me quedé atento a su figura en el retrovisor, refugiada apenas bajo una sombra y envuelta en el remolino de tierra que levantaron las ruedas del auto.

De nuevo sobre la ruta y con el aire acondicionado otra vez a pleno, me puse los lentes de sol y solté un grito, algo como un alarido liberador. Insultar a Medina me había puesto eufórico. Me sentía libre de algo que no sabía muy bien qué era, pero que aun así atribuí a mis idas y vueltas con Elena, a las discusiones absurdas que nos surgían en los últimos meses. Por alguna razón —los años de convivencia más probablemente— no atravesábamos una buena etapa, y de los dos yo era el más problemático.

La entrada a Campo del Cielo fue confusa, entre otras cosas porque en el pueblo no había un alma. Las casas todas muy feas y cerradas me provocaron resquemor, la idea de que todo allí era una gran maqueta, pero una maqueta vieja y precaria.

Manejé lento, como a paso de hombre, y sin decidirme a bajar la ventanilla. La tierra y la sequedad del paisaje me abrumaban. El GPS tampoco me ofrecía ninguna opción, ningún lugar al que acudir en busca de asesoramiento.

Cuando me cansé de dar vueltas en vano, sin encontrar nada ni a nadie, frené en una esquina cualquiera y llamé al número del tal Sánchez. Si bien atendió al toque, tardó más segundos de lo normal en hablar, lo que me permitió percibir claramente otras voces a su alrededor, aunque no lo que decían. Como si hablaran en otra lengua. Tampoco me reconoció de inmediato Sánchez.

«¿Quién habla?», preguntó varias veces, por lo menos tres, y otras tantas veces se empeñó en decir que no, que yo llamaba a un número equivocado.

«Héctor, el hijo de Isabel —dije yo cada vez que Sánchez preguntó—, el hijo de la profesora Bergallo», y Sánchez, ya un poco hastiado de la conversación, apartó por un segundo la boca de su teléfono para hablarle a otra persona, alguien ahí junto a él: «No sé quién es, no sé qué quiere», le escuché decir.

Empecé a desesperarme. Aporté un par de datos sobre mamá —su especialidad académica, su manera de hablar, su elegancia—, datos que a Sánchez no le dijeron nada. O al menos me dio esa impresión.

Sánchez insistió con que no, con que yo estaba equivocado, y sentí nuevamente el dejo de histeria en mi voz cuando casi le grité: «Soy el hijo de la profesora descompuesta».

Entonces pareció que el enredo se aclaraba.

«Claaaro —dijo Sánchez—: el hijo de Tibisai.»

En modo alguno el nombre de mi madre era Tibisai, pero por la vida de mamá, por su espíritu andariego, se me hizo de lo más probable que en su deriva alguien la hubiera rebautizado de aquella manera.

«La mamá de usted está en el médico», me informó Sánchez y se dispuso a darme indicaciones. Me costó trabajo entender, los nervios no me permitían razonar con claridad y las palabras de Sánchez, por momentos, eran un simple embrollo.

«Sabe qué hacemos —propuso—: usted se queda donde está, que yo voy y lo encuentro.»

No me quedó más remedio que aceptar y, una vez que cortamos la comunicación, llevé el auto hasta la sombra enclenque de un arbolito. Pese al gasto de nafta, no apagué el motor y dejé puesto el aire al máximo. No había otra manera de soportar aquel calor.

Pasaron un par de minutos y no apareció nadie. El zumbido del aire sumado al ritmo acompasado del motor en marcha empezaba a embotarme. Probé sintonizar la radio, pero apenas si pude captar interferencias, voces entrecortadas y ramalazos de música mal ejecutada.

Por estar en eso, distraído, no vi aparecer a Sánchez. Aunque golpeó suave sobre la ventanilla, me hizo dar un respingo que, a ojos de cualquiera, se habrá sentido grotesco.

—Me perdonará —dijo Sánchez—, no sabía cómo anunciarme.

Por la piel morena y los ojos un tanto rasgados, deduje que Sánchez era indígena, miembro de alguna etnia local. Pero más que nada lo deduje por su manera de hablar, entre cortante y solemne.

—Su mamá de usted está bien —dijo—, está recibiendo atención médica especializada.

Abrí la puerta del acompañante y subió al auto. Junto con una feroz ráfaga de calor y tierra entró un tufo como a humo y a cosas quemadas. Estuve a punto de comentar algo al respecto, pero comprendí a tiempo que aquel olor era suyo, que Sánchez lo traía consigo.

—Qué le pasó a mi madre... —pregunté—. ¿Se encuentra mejor?

Sánchez no me contestó de inmediato. Primero sacó su teléfono celular de un bolsillo del pantalón y envió unos cuantos mensajes de texto. Aunque lo sentí maleducado, imaginé que aquel comportamiento tenía que ver con nuestras diferencias culturales y, solo por eso, lo toleré. Pero pasado un par de minutos seguíamos en la misma situación —o peor: en un momento Sánchez recibió un mensaje que le provocó una gran carcajada y hasta tuvo que refregarse los ojos para contener unas lágrimas—.

Volví a preguntar, entonces, por mamá, que me dijera por favor qué le había pasado. Por fin Sánchez me dedicó su atención. Lo hizo de una manera ciertamente extraña, como si yo le hubiese interrumpido un asunto impostergable.

—Tibisai... —suspiró—. Vamos hasta la salita así se entera.

La «salita» era el centro de salud de Campo del Cielo. Estábamos a escasas tres cuadras; de hecho, en mi recorrida inicial por el pueblo, yo había pasado por lo menos dos veces frente a la salita.

Antes de llegar, Sánchez me dio una idea de lo que había pasado.

—La madre de usted se puso mal —empezó—, le dieron mareos, como golpes de calor. Si no se está alimentado como corresponde, se sufre en abundancia. Su madre aceptó un té de yuyos y se frotó luego una pomada por el pecho...

Lo interrumpí para preguntarle qué tipo de yuyos había tomado y qué clase de pomada había usado mamá, pero a decir verdad lo que más llamó mi atención fue el uso que Sánchez hizo de la palabra «abundancia». Asociar abundancia, calor y sufrimiento me sonaba retorcido.

Sánchez me devolvió a la realidad —o a esa forma extraña de realidad en la que me había sumergido— hablándome de la pomada.

—Está hecha de meteorito —dijo—, del polvillo que se saca rascando el metal.

Después me vino con historias que yo ya conocía: que en esta región del país alguna vez cayeron cantidad de meteoritos y que, donde uno hace un pozo, siempre encuentra alguno. Meteoritos gigantes, meteoritos enormes, o bien meras esquirlas de meteorito. Campo del Cielo, pretendió explicarme, no es más que un gran sembrado de meteoritos.

La cuestión es que, de tanto hablar de bueyes perdidos, Sánchez acabó por inquietarme. Sentía que no me hablaba con franqueza, que la situación de mi madre era más preocupante que lo que él insinuaba.

—Usted me está ocultando algo —le dije cuando su perorata iba ya en aumento y se ligaba con cuestiones que, a mi entender, no concernían a mi madre. Sánchez me miró, no diría ofendido pero sí con un cierto asombro, y se limitó a decirme que frenara, que habíamos llegado.

La precariedad de la salita era la previsible: una construcción vieja, comida por la mugre y la pobreza. En la sala de espera había poco más de una docena de personas, en su mayoría mujeres jóvenes con sus hijos. El olor que antes le había sentido a Sánchez gobernaba la sala, y concluí que gobernaba también todo Campo del Cielo.

Me quedé pasmado ante la imagen de un niño de por lo menos seis, siete años, que, de pie y un poco mecánicamente, mamaba la teta de una chica que con suerte llegaría a los veinte. También me impresionó la mansedumbre, la mirada vacía de la chica —y la de todos los que estaban en la sala, como si tuviesen la mente puesta en otro mundo—.

Sánchez me tocó un hombro y me señaló con el mentón a una mujer desparramada sobre un gran asiento de chapa. La cabeza le colgaba afuera del asiento y por eso la melena negra le llegaba al suelo. Por sus rasgos —similares a los de Sánchez y a los de casi todos en la salita— di por sentado que era indígena. Y también como la mayoría, estaba muy mal vestida: camiseta de grafi y pantalón largo de corderoy, ropas que poco tenían que ver con la temperatura de Campo

del Cielo.

—Su mamá —dijo Sánchez con la vista clavada en la mujer—: pobrecita Tibisai.

De ninguna manera aquella mujer guardaba algún parecido con mi madre, pero aun así tuve el impulso tonto de rastrear en ese cuerpo baqueteado alguna huella, algo aunque sea minúsculo que me condujera de una vez por todas hasta el destino de mi madre.

Sánchez se acuclilló junto a la mujer y le habló al oído:

—Tibisai —le dijo—: levántate que te vinieron a buscar.

Las palabras de Sánchez me sacudieron como una trompada y, aunque ligeramente, me hicieron reaccionar.

—Esta señora no es mi madre —dije.

Como Sánchez no me llevó el apunte, repetí la frase, agregándole el dato elemental de que mi mamá no se llamaba Tibisai, que el nombre de mi madre era Isabel, Isabel Bergallo.

Tampoco esta vez conseguí provocar efecto alguno, porque justo en ese momento un hombre vestido con guardapolvo de médico salió de un consultorio —o por lo menos de una habitación que supuse que se usaba para eso— y se acercó a Sánchez, que seguía en cuclillas junto a la mujer.

—Hay que llevarla de urgencia a un hospital de la ciudad —dijo el hombre.

Sánchez giró y me clavó una mirada inquisitiva.

—No hay problema, doctor —dijo—: acá está su hijo, que la va a llevar.

El médico pareció aliviarse ante ese dato. Era un hombre joven, casi un muchachito, y al enterarse de mi parentesco con Tibisai se me vino encima y me abrumó con recomendaciones.

—Controle que no le den aspirinas —me dijo—, y que no ingiera nada sólido por lo menos hasta mañana. Que le hagan análisis de sangre y, de ser posible, una tomografía...

Hablaba con un frenesí impropio del pueblo, como si toda la urgencia de Campo del Cielo hubiese hecho centro en él. Me sentí abrumado y hasta un poco descompuesto. Intenté una vez más explicarles a esas personas que todo era un error, que mi madre probablemente ni siquiera estaba en el país, pero la voz se me atoró en la garganta y apenas conseguí liberar un balbuceo.

—No se quede ahí —me ordenó el médico—: denos una mano.

Entre él y Sánchez se esforzaron por poner en pie a Tibisai, que con la boca entreabierta y los ojos en blanco se bamboleaba como un borracho. Tuvieron que sostenerla con fuerza para que no se les cayera, aunque más que caerse, parecía que ese cuerpo estuviera próximo a una disolución, a fundirse con el aire y la tierra que ahí, en ese ambiente, hacían una sola cosa.

No tuve el reflejo necesario para impedirlo y, en un periquete, Sánchez y el médico se las amañaron para que un brazo de Tibisai me rodeara un hombro.

—Vamos, Tibisai —dijo Sánchez—: haga un esfuerzo, que el auto está cerca.

Quise protestar, pero por algún extraño prurito —una especie de culpa absurda— las caras de los otros pacientes me intimidaron. No quería que pensarán mal de mí.

Me moví unos pasos hacia la puerta, con Sánchez y el médico a un lado y otro del dueto vacilante que hacíamos Tibisai y yo. En el bamboleo, la cabeza de Tibisai se pegó a la mía, dejándome su boca a la altura de la oreja. Comprendí que hacía el intento de hablar.

—Quiere decir algo —avisé—, por ahí es algo importante...

—Divaga —dijo el médico, cortándome en seco y empujándome con decisión afuera de la salita.

—Es la pomada de meteorito —aportó a su vez Sánchez—: si no estás bien alimentado, se introduce en tu cabeza y te inventa ideas raras.

Pese a la incomodidad que suponía el cuerpo de Tibisai tan pegado al mío —sobre todo por

su boca, que entre un balbuceo y otro me echaba un aliento escandaloso a la cara—, una vez más reparé en la manera de hablar de Sánchez, en las asociaciones que hacía. Y más aún reparé en el hecho de que, al menos por su tamaño, Tibisai no se veía muy mal alimentada. Aunque bien pensado, me dije, puede que lo de mal alimentada viniera precisamente a cuento de eso, de su inminente gordura.

Fue por perderme en esas cavilaciones —en Tibisai y su alimentación—, que no percibí a tiempo la actitud de Sánchez: una vez que estuvimos afuera de la salita, el muy cobarde inició una prolija retirada, como quien ha cumplido su parte y ahora se ocupa de ultimar detalles antes de salir disparado.

—Sánchez —lo llamé—: mire que esta mujer no es mi madre.

El sol se me incrustaba de nuevo en el centro del cráneo y el cuerpo de Tibisai oscilaba ya de un modo exasperante. Sánchez —que ya se había apartado a una distancia considerable— hizo de cuenta que atendía el celular y que daba inicio a una charla. Levantó la mano libre como pidiéndome paciencia, como si lo suyo, su evidente falsa llamada, demandara una atención inmediata. Después siguió caminando, lenta pero ostensiblemente, alejándose de mí sin reparos.

Busqué al médico, que también se había apartado. No lo vi pero alcancé a escuchar su voz, perdiéndose en las profundidades de la salita y soltando consejos a diestra y siniestra para toda esa gente de aspecto abatido que tanto lo esperaba.

Cuando volví la mirada a la calle, ya no encontré a Sánchez. Lo llamé con un grito pero no hubo caso, se había hecho humo. Apenas si conseguí que, desde adentro de la salita, se asomara el chico que un rato antes mamaba la teta de su madre. Tenía restos de leche y mugre alrededor de la boca y la mirada asustadiza de un animalito.

—Nene —le dije—: haceme el favor de llamar al médico.

El chico recibió mis palabras como si fueran un maleficio. Abrió grandes los ojos y se metió apurado de nuevo en la salita. Supe que nunca jamás llamaría al médico; se refugiaría en los brazos de su joven madre, que sin conmovirse lo cobijaría como al cachorro que era.

Tibisai me susurró no sé qué cosa al oído y, de tan fastidiado, tuve la idea de recostarla bajo alguna sombra, subir al auto y mandarme a mudar de Campo del Cielo. Pero me frenó a último momento el temor a una denuncia, la sensación de que —aun en su despoblada espesura— alguien me seguía los pasos.

Aferré entonces con más fuerza el cuerpo de Tibisai y, un poco a los tumbos, retomamos el trayecto hasta el auto.

Para darme ánimos, empecé a hablar: «Vamos, Héctor —me di fuerzas—, vamos que no es difícil». Lamenté los años sin ejercicio físico, la vida sedentaria que llevaba y que en momentos así se hacía más evidente. Qué pensarían mamá y Elena, me dije, si llegaran a verme ahora, abrazado a una miserable desconocida.

Cuando al fin llegamos hasta el auto, apoyé a Tibisai a la altura del baúl, cuidando que no se deslizara en caída libre, y a duras penas abrí las puertas. Más que acostarla, la desparramé en el asiento trasero. Tuve otro momento de zozobra y desesperación al intentar que sus piernas no quedaran colgando fuera del auto. Era mover un soberano peso muerto. Terminé por ubicarla a los empujones y zarandeos, tolerando los borborismos, los sonidos indescifrables que le recorrían el cuerpo y le estallaban en la boca como pequeños soplidos.

Me senté por fin al volante y, antes de dar marcha, acompasé el ritmo de mi respiración. Cerré los ojos y cotejé una última vez mis opciones, pero el cansancio ya no me dejó sacar nada en claro.

Entonces me vibró el celular. Era Elena. Pensé en dejarlo pasar, llamarla más tarde y ver en

qué podía servirme de ayuda. Pero me ganó el impulso de atender.

«Corazón —dijo Elena, con la voz adecuadamente compungida—, ¿cómo está tu mamá?»

Giré para mirar a Tibisai, que dormía mal, despatarrada en el asiento trasero, y contesté que bien, que mi mamá estaba bien.

Corté la comunicación y puse el auto en marcha.

Nicky González habla entre sueños

Leí en el diario sobre la muerte de Nicky González, el músico de rock, y de inmediato llamé a mi hermano para darle la noticia. A Claudio no le extrañó. Incluso me dijo que cómo, que ¿no había muerto hacía ya mucho Nicky González?

Nicky González había sido algo así como un héroe de nuestra juventud, de la mía y de mi hermano. Que ahora Claudio me hablara de él, de Nicky, con semejante frialdad me dejó tan perplejo como la noticia del diario.

Nicky, decía el diario, saltó de un quinto piso después de perder un partido de fútbol a la PlayStation. Jugaba con Luciano, baterista de su banda, y en rigor había perdido tres partidos. «Si no gano el que sigue —advertió antes del cuarto—, me tiro por la ventana.» Perdió ese cuarto partido y, desde luego, cumplió su palabra.

Años atrás, mi hermano y yo escuchábamos los discos de Nicky con devoción, nos vestíamos como él y estábamos seguros de llevar una vida como la suya, una vida más o menos intensa.

Pero lo cierto es que no pasábamos de fumar marihuana a escondidas y de emborracharnos los fines de semana. También escuchábamos la música bien fuerte, a un volumen alto, cosa de molestar a mamá y a papá y a los vecinos. Con eso nos alcanzaba para forjarnos una reputación, la idea de que Claudio y yo, y algunos de nuestros amigos, éramos personas a tomar en serio.

Esa idea, esa sensación, se reforzó cuando recibimos el pedido de contactar al mismísimo Nicky. Fue para el primer Festival del Meteorito en Campo del Cielo. Alguien de la organización habló con mi hermano y le pidió por Nicky, que con Nicky en el evento podían atraer un público, dijeron, más juvenil. Había plata para Nicky, también dijeron, pero no les daba el presupuesto para dejarnos algo a nosotros. Sin embargo, nos explicaron que el trabajo podía servirnos a futuro. Que lo tomáramos como un entrenamiento para la producción de eventos y cosas por el estilo. No sé por qué, pero de alguna manera sentimos que aquello —que no cobráramos por el trabajo— tenía mucho sentido.

Del Festival del Meteorito era muy poco lo que Claudio y yo sabíamos. En realidad no sabíamos nada, pero hacíamos de cuenta que sí, que estábamos al tanto. Y es que de repente todo el mundo hablaba del tema, toda la gente en la ciudad hacía planes para escaparse por unos días al Festival del Meteorito. Pero a nosotros, hasta que nos pidieron por Nicky, no nos interesaba.

Aun así, fue muy fácil ponernos al día: una vez habían caído meteoritos en esa zona de la provincia y ahora aprovechaban para recrearla como sitio turístico. Por eso, entre otras cosas, le habían inventado un festival.

El intendente tuvo la ocurrencia de armar un anfiteatro en el cráter que había dejado uno de los meteoritos. Según los especialistas, semejante idea era una bestialidad, pero la gente del pueblo estaba contenta. Tenían un anfiteatro con capacidad para unas mil personas y, desde que se lanzó el festival, tenían garantizadas unas cuantas actuaciones y fiestas anuales. Había artistas, además, que se entusiasmaban con la idea. Incluso bajaban el precio de sus honorarios con tal de meterse a cantar en ese pozo. Como si el cráter los contactara con algo del cosmos, como si hubiera allí alguna respuesta para un interrogante esencial, o cosas por el estilo.

A Nicky, por ejemplo, mi hermano lo convenció por ese lado. Consiguió el número de

teléfono de su representante —en aquella época todavía no usábamos correo electrónico— leyendo el librito que traen los CD. Perdido entre los datos discográficos y las letras de las canciones de Nicky —letras muy cortas, más bien consignas de dos o tres líneas que se repetían a lo largo de todo el tema, durante minuto y medio, a lo sumo dos— había una leyenda que decía «Contrataciones», y a su lado, un número.

Dimos un par de vueltas, que llamaba Claudio o que llamaba yo, hasta que, por suerte, acabó llamando él. Recuerdo los gestos de mi hermano al teléfono, los nervios una vez que marcó el número, mi bailoteo alrededor, con la idea de que del otro lado atendería el mismísimo Nicky. Mi hermano habrá creído lo mismo, porque cuando al fin atendieron la llamada, la voz le salió aflautada: «¿Nicky?», preguntó. Esperó cosa de un segundo y, después de un carraspeo y con la voz más firme, dijo: «¿Hola?». Pero ya le habían cortado. Se tomó un par de minutos para recuperar coraje y volver a marcar.

Lo atendieron rápido, casi al instante, y Claudio esta vez no titubeó: que llamaba desde Resistencia, provincia del Chaco, dijo, de parte de la gobernación. No esperó a que le respondieran y se apuró a comentar del Festival del Meteorito, de su, dijo, «nivel de convocatoria». Habló como un robot. Aunque me sonó raro, no pude menos que admitir que lo hacía bien. No habló con Nicky, por supuesto, sino con un tipo de nombre Peter. El representante, el encargado de llevar adelante la carrera de Nicky.

En aquel momento, me pareció de lo más lógico que una persona como Nicky —mí ídolo— contara con alguien que le organizara esa parte quizá menos creativa de la vida artística. Pero con el tiempo empecé a sentirlo como una contradicción: Nicky y su... ¿cómo llamarla?... ¿actitud ante la vida?... no admitían esas cosas. Ahora —ahora que todo ha pasado y que Nicky terminó como terminó— ya no sé qué pensar.

Lo cierto es que, de pronto, mi hermano hizo a un lado la propuesta oficial y pasó a comentar el provecho artístico que Nicky podría sacar de los meteoritos y su festival. Que muchos músicos y poetas, dijo, viajaban a Campo del Cielo en busca de inspiración, en busca de nuevos caminos. Que los meteoritos escondían un saber ancestral que estaba ahí, a la mano de quien se atreviera... Dijo cosas, Claudio, que nunca se me hubiera ocurrido que tuviera en la cabeza. Pero lo que haya sido sirvió para que el tal Peter no cortara la comunicación y lo escuchara hasta el final.

Mi hermano tenía diecinueve años cuando hizo aquella llamada, pero cuando colgó el teléfono parecía envejecido, como si hubiera hecho el trabajo de un minero. Tomó aire y me dijo que muy bien, que la presencia de Nicky en el Festival del Meteorito estaba garantizada en un, calculó, noventa por ciento. Apenas hacía falta que este tipo Peter le transmitiera la propuesta a Nicky y que Nicky diera el ok, cosa muy probable según el tipo.

Esa noche celebramos. Claudio me contó, una y otra vez, y como si yo no lo hubiera presenciado, el diálogo telefónico. Me describió la voz de Peter, desde las inflexiones hasta los latiguillos —abusaba, por lo visto, de los «ajá» un tanto afectados, un tic que juzgamos muy porteño—; me contó de su ánimo y de sus sensaciones en cada segmento de la charla —sentía, de a ratos, que Peter no lo tomaba en serio—, me lo contó todo. Pero lo que más nos excitaba era la posibilidad cada vez más concreta de conocer a nuestro héroe.

Nicky González llegó a Resistencia la mañana de un sábado de septiembre. Fuimos a buscarlo a la terminal en el auto de papá. La idea era comer algo en algún bar del centro, echarnos después una siesta en casa y salir tipo tres de la tarde, en el auto, para Campo del Cielo. Con que estuviéramos a las siete, nos dijeron desde la organización del festival, alcanzaba para acomodarnos. Pasaríamos la noche allá y volveríamos al mediodía siguiente. Un plan simple.

Nicky vino solo. Si bien la idea del Festival del Meteorito le había gustado, le pareció que la plata era muy poca como para venirse con toda su banda. A mí más bien me dio la sensación de que el resto de la banda prefirió quedarse en Buenos Aires, que todo el verso místico de mi hermano alrededor de los meteoritos alcanzó, apenas, para seducir a Nicky.

Como sea, el tipo que bajó del micro en la terminal de Resistencia era una especie de muerto en vida. Pese a ser bastante retacón, casi un gordito, caminaba como un esmirriado. Quizás el estuche de la guitarra, que le bamboleaba en un hombro, favorecía esa sensación, la de una persona muy frágil. Vestido por completo de negro y con la cara torcida por el mal sueño, Nicky miraba para un lado y para el otro, buscando a sus anfitriones. A Claudio y a mí, o sea. Ni siquiera los anteojos oscuros alcanzaban a esconder que, a un simple golpe de vista, Nicky era un muchacho de lo más feo.

Claudio se le fue encima y, en el entusiasmo, le estampó un abrazo que me sonó excesivo. Sobre todo por la cara de Nicky, que se desfiguró un poco más por la sorpresa.

Aunque no podía definirlo con exactitud, sentí como una primera decepción. El aspecto de Nicky, su parquedad, chocaban con la idea que me había hecho de él.

No sé si a Claudio le pasó como a mí, porque no paró de hablarle hasta que llegamos al auto. Le habló del clima del Chaco, del calor imperturbable de la región; le habló de lo mucho que nos gustaba su música —a Nicky no le quedó más remedio que esbozar una sonrisa— y le habló de lo que, según él, implicaba ser honesto musicalmente. Cerró su parloteo hablando de los meteoritos: que los indios chaqueños, dijo, eran los custodios del secreto.

Como yo no estaba al tanto de secreto alguno —y como en buena medida agradecía que Claudio se tomara el trabajo de inventar una charla—, dejé que la cuestión pasara de largo. Pero Nicky se interesó. Hundió una mano en su mochila —una mochila de jean de lo más mugrienta— y sacó de allí cuaderno y birrome. Que no quería perder tiempo, dijo, que cualquier cosa que pudiéramos decirle de los meteoritos le vendría bien.

Bien para qué, quiso saber Claudio, ¿para escribir canciones o para alguna otra cosa? A Nicky le gustó el interés de mi hermano —por lo menos eso dio a entender: «Qué curiosa tu pregunta», dijo—, porque si bien explicó que sí, que el tema de los meteoritos le interesaba para escribir canciones, también trascendía un poco ese propósito. La idea, en realidad, era dedicar un disco entero a canciones sobre los meteoritos, a demostrar que la caída de esos meteoritos determinó la conducta y las costumbres de la gente en los alrededores. El disco, resumió Nicky, se llamaría *Campo del Cielo*.

Como el tema de los meteoritos seguía sin llamar mi atención, no se me ocurrió nada que decir al respecto. Tampoco a mi hermano, que aferrado al volante se limitaba a asentir con la cabeza cada cosa que Nicky decía.

Cuando nos instalamos en el bar previsto, Nicky seguía dando vueltas alrededor del tema, de las letras que tenía más o menos proyectadas y de las cuestiones que esperaba resolver en su visita al Festival del Meteorito.

Llamé al mozo y me pedí un café con leche. Claudio, en cambio, pidió una gaseosa. Entonces fue que Nicky empezó con las quejas, un poco en broma pero más bien en serio. Que nos pidiéramos una cerveza, dijo, que celebráramos el encuentro y el proyecto de Campo del Cielo. Yo no tenía ganas de tomar cerveza —más que nada por el horario, pero también porque tenía el estómago un poco revuelto—, pero no quise desairar a Nicky, así que dije muy bien, que arrancáramos con el festejo. Claudio cambió, entonces, nuestros pedidos.

Apenas pedimos la segunda cerveza, Nicky sacó su guitarra del estuche —una guitarra acústica, pintarrajeada con aerosol— y la emprendió con un par de canciones. En realidad eran

meros pedazos de canciones, la estrofa de una, el estribillo de otra. Nicky cantaba mal y la guitarra sonaba muy desafinada. Aun así, su entusiasmo hacía que esos detalles quedaran al margen.

Pedimos otra cerveza. Y otra más. En cosa de unos minutos, lo de Nicky en la guitarra se había vuelto un puro griterío. El mozo, un tipo de lo más amable, se acercó a pedirnos que bajáramos el tono. «Un poco, nada más», dijo. A pesar de sentirme entonado por la cerveza, reconocí que el hombre tenía razón, que tal vez los otros clientes preferían la música suave y discreta que, hasta nuestra llegada —la llegada de Nicky más bien—, se venía escuchando en el bar.

Nicky, sin embargo, no le dio importancia al pedido del mozo y, entiendo que adrede, la emprendió con una de sus canciones más escatológicas. Era una canción que yo conocía bien y que incluso disfrutaba escuchar en casa con mi hermano, cantándola los dos a grito pelado. Pero ahora en el bar sentí vergüenza.

Miré al mozo: el tipo nos miraba, a su vez, desde la barra. Más que de enojo, su expresión era de asombro. Eso me hizo sentir aún más apenado.

Fui al baño y, después de mear, me mojé la cara. Todavía nos quedaba el trayecto hasta Campo del Cielo, unas tres horas por ruta. Agradecí no saber manejar. Me miré al espejo y, en vez de atender a mi cara, percibí el repentino silencio. O más bien, el cambio en el sonido ambiente: ya no era la cantinela de Nicky lo que llegaba desde las mesas, sino un simple escándalo de gritos.

Salí del baño a las apuradas y me encontré a mi hermano, que tironeando un brazo de Nicky intentaba separarlo del mozo. «Fascista», gritaba Nicky. El mozo se lo quitó de encima de un sacudón —y con él se quitó de encima también a mi hermano— y les apuntó con un dedo: «Fuera», dijo. Suave, la voz del mozo, la voz de una persona tranquila.

El sol entraba con furia por las ventanillas del auto y, por ahorrar nafta, Claudio no encendía el aire acondicionado. Por los ruidos del motor —una especie de grosero canto gregoriano— deduje que íbamos a una velocidad considerable. Tampoco me venía bien que Nicky llevara dos horas hablando, a los gritos, de los meteoritos y de su proyecto musical. La lengua pesada le hacía arrastrar cada frase y, a duras penas, se largó a recitar un mito indígena: «Alguien quemó el gigantesco árbol que conectaba cielo y tierra. Los hombres que estaban arriba se hicieron constelaciones y, desde entonces, solo se puede subir a través de la danza y el canto, el agua o el humo».

Después del recitado nos quedamos en silencio, como si analizáramos la historia que Nicky acababa de contar. Yo iba sentado atrás, con espacio suficiente para desparramarme. Me acomodé para echar una cabeceadita y en cosa de un minuto empecé a soñar. Soñé con el anfiteatro de Campo del Cielo, que Nicky, mi hermano y yo cantábamos dentro de ese cráter. Yo no había visto nunca el anfiteatro, nunca estuve siquiera en Campo del Cielo, así que aquello era pura idea mía. Un lugar blanco y de paredes blancas, como de algodón; y nosotros, en contraste, vestidos de negro. Aunque no teníamos instrumentos a la mano, ni una mísera guitarra, nuestras poses —poses de músicos de rock, lo que uno ve en los recitales de TV—, nuestras poses daban la sensación de que sí, de que estábamos seguros de lo que hacíamos. Claudio contaba «un dos tres», como para que arrancáramos nuestro show, pero por alguna razón, y por mucho que abriéramos la boca, no conseguíamos sacar sonido alguno. Podíamos, apenas, decir «un dos tres». Al final no hacíamos más que mirarnos, desesperados y mudos.

Me despertaron la angustia del sueño y un grito de mi hermano. Discutía con Nicky, que no fumara adentro del auto, que después el olor no se iba más. Nicky se reía. Hizo el amague de prender un porro, solo para molestar, y Claudio —ya bastante hartito— le pidió que esperase:

«Aguantá que freno en una estación de servicio», dijo.

Apenas bajamos nos atropelló un viento caluroso que nos dejó sucios de tierra. La única señal de vida en la estación de servicio eran tres perros maltrechos que se nos acercaron entre la curiosidad y el recelo. Me agaché para acariciar a uno, pero le vi una herida —como un largo raspón entre los ojos— y me contuve. El perro ni se mosqueó, siguió mirándome como si nada.

Un barbudo de piel rosada y aspecto cansino se apareció de repente y preguntó si nos llenaba el tanque. Claudio contestó que sí y le pidió, de paso, que se fijara en el agua y el aceite. El barbudo se pasó una mano por la cara, como si meditara —o más bien como si nos midiera—, y recién después de unos segundos que se hicieron muy largos se abocó a su tarea.

Nicky aprovechó para mandarse al mercadito de la estación. «Compro más cerveza», anunció. Claudio me hizo un gesto para que lo acompañara mientras él se ocupaba del auto. También me dio unos pesos para aportar con la compra.

El chico encargado del mercadito parecía nervioso y miraba a Nicky con desconfianza. Lo saludé, quizá, con excesiva educación. El chico estaba muy pendiente de Nicky como para devolverme el saludo.

En un costado, medio desparramado sobre una mesa de plástico, había un tipo dormido. Lo miré con atención y le calculé una soberana borrachera. Nicky terminó de elegir las latas de cerveza y comentó algo que, por lo atropellado de su tonada porteña, no alcancé a entender. El que entendió fue el chico del mercadito, que acompañó el comentario de Nicky con un simple «tal cual».

Después, y sin que se lo pidiéramos, nos informó que ya había llamado a la policía y que en un rato venían a sacarle ese tipo de ahí.

Miré, ahora, al chico con un poco más de cuidado: era un pobre diablo, un pavote. Nicky también lo miró, de arriba abajo: «Vigilante», le dijo después. Temí que se iniciara una pelea, que el chico nos echara de su negocio, pero justo en ese momento entraron dos hombres vestidos de policías. Tenían caras de fastidio y las camisas celestes con grandes aureolas de sudor, en la panza y en los sobacos. No dijeron nada, se mandaron simplemente contra el tipo dormido. Lo levantaron medio a los empujones.

«Cabrera —le decían—, levántate Cabrera, estás detenido.»

Cuando Cabrera levantó la cabeza, me di cuenta de que era indio, o por lo menos una cruz de indio y otra cosa. Miró a los policías como si fueran marcianos, como preguntándose en qué mundo estaba. Desde un costado, Nicky intervino en su favor:

«Déjenlo dormir —dijo—: si no jode a nadie.»

Los policías miraron, entonces, hacia nosotros. Me pareció que dudaban, que medían cuánta atención merecíamos. Uno de ellos —el que parecía más viejo y, por eso mismo, con más autoridad— apuntó con un dedo al chico del mercadito y dijo: «A él lo jode, lo vive jodiendo». Después volvió sobre Cabrera, con la insistencia para que se levantara.

A duras penas, el indio se puso en pie. Por un momento pensé que sonreía, pero no, eran los ojos entrecerrados, el esfuerzo por abrirlos. Sin muchas ganas de tocarlo, uno de los policías fue enderezándole el andar a medida que lo sacaba del mercadito.

«Gracias, don Ruchi», le dijo el chico al policía más viejo, que devolvió el agradecimiento apenas con un gesto de mentón. Ya afuera, el otro policía agarró a Cabrera de un brazo y lo condujo hasta un auto. Llevado así, el indio parecía flamear.

Nicky se arrimó a la puerta del mercadito y les pegó un grito: «No le hagan nada».

Los policías no se tomaron el trabajo de responder, pero el chico, siempre detrás del mostrador, dijo por lo bajo que ya era hora de que a Cabrera «le dieran para que tenga».

Nicky abrió los ojos bien grandes, como asombrado por la insolencia del otro. Me adelanté, entonces, a pagar la cerveza, cosa de saldar cualquier posible embrollo y emprender la retirada. Pero entonces Nicky dijo que basta, que no le íbamos a pagar nada a ese boludito. El chico, lejos de amedrentarse, levantó la apuesta: «Vamos afuera», dijo y señaló con el mentón hacia el mundo de calor y tierra arremolinada de la estación de servicio.

Aunque intenté calmar los ánimos, ya el daño estaba hecho. Provocador, Nicky prendió un porro y se acomodó la ropa, esperando al otro: «Vení, vigilante», le dijo.

El chico del mercadito era un mísero flacuchento, pero había algo en su expresión —como un gran hartazgo— que le sumaba puntos. Tanto así, que no me animé a frenarlo cuando me pasó por al lado y apuntó hacia Nicky, que apagó el porro a las apuradas y lo guardó en un bolsillo del pantalón. Quedaron los dos frente a frente, el chico y Nicky, a unos dos metros uno del otro.

Nicky empezó a dar saltitos y a probar golpes al aire. El chico, mucho menos efusivo, se plantó en su lugar y quedó a la espera. Supe que se llamaba Julio porque llegó un grito del barbudo de piel rosada: «Eh, Julio —dijo—: qué es lo que pasa ahí».

Pero Julio no se dejó distraer. Cuando tuvo a Nicky —que saltaba de una manera ya muy ridícula—, cuando lo tuvo a corta distancia, simplemente lo cazó de los pelos y le estampó un par de sopapos que lo dejaron, a Nicky, tendido en la tierra. Quise meterme, interceder de alguna manera —de pronto me sentía un mero cobarde—, pero Julio me frenó en seco: con un dedo arriba, casi tocándome la frente, me dijo que me quedara en el molde, que juntara lo que tuviera que juntar, que levantara a mi amigo y me rajara de ahí.

Su consejo me sonó de lo más sensato.

Mi hermano puso el auto en dirección a Resistencia y nadie se opuso. Nicky, sentado adelante, era una mezcla de lloriqueo y quejidos. Que lo iba a matar, decía, que a ese pendejo vigilante se la iba a hacer pagar. Todos gritos y amenazas que ahí, dentro del auto, sonaron intrascendentes. Le sangraba la nariz al pobre Nicky, y el movimiento de sus hombros, el espasmo que le generaba el llanto, me daban mucha pena.

Pero más me apenaba el silencio de mi hermano. Imaginaba el torbellino en su cabeza, las cosas que deberíamos solucionar una vez que estuviéramos en casa.

En algún punto del trayecto Nicky se durmió. Me di cuenta porque dejó de llorar y de quejarse. En cambio, empezó a balbucear. Aquella fue la primera vez que vi y escuché a alguien hablar entre sueños.

El boxeador y su extraterrestre

Se llama Julio y es el boxeador del pueblo. Tiene veintidós años y la mirada torva de los boxeadores, los ojos rasgados que revelan su aprensión por el mundo alrededor. Sin embargo, Julio es un buen muchacho, lo suyo pasa más por una cierta timidez y una cierta rusticidad que por alguna malquerencia.

Tampoco es exactamente un boxeador, si consideramos que se gana la vida como empleado en una estación de servicio. Su empleador —o su encargado, para decirlo con mayor precisión— es de nombre Medina y es también quien lo entrena. Dedicán al boxeo un mes al año, cuando se avecina la fiesta del pueblo: la Fiesta Provincial del Meteorito. Se trata de una celebración de lo más variada. Hay números musicales, ferias de comidas, noches de peña... Y boxeo, por supuesto. Aunque el boxeo no esté, como suele decirse, habilitado oficialmente. Son peleas de carácter clandestino, pero de una clandestinidad más bien ambigua: todos en el pueblo están al tanto, y todos están —quien más, quien menos— a la expectativa.

Cada año, la Fiesta del Meteorito recibe boxeadores de pueblos vecinos e incluso de pueblos bastante alejados. Un año, por ejemplo, llegó un riojano. Buen boxeador, el riojano, a tal punto que alcanzó la instancia de semifinales. Ahí ya lo hicieron perder, tampoco es conveniente que alguien muy de afuera se lleve el primer premio.

Por lo general, se estipulan seis peleas a cuatro asaltos, establecidas en primera y segunda rondas, octavos de final, cuartos de final, semifinales y final, lo que da la pauta de la gran cantidad de pugilistas que se inscriben anualmente. Claro que también hay muchos improvisados, gente que se anota por entretenimiento, por temeridad o por simple y llana insensatez. En cierto modo, es irresponsable la admisión de estos luchadores por parte de la organización, pero también son necesarios: ellos hacen que los boxeadores de carácter más profesional alcancen las instancias finales con los músculos a pleno, con la gimnasia adecuada para dar lustre al evento.

Julio, el boxeador del pueblo, llegó a disputar dos finales, una de las cuales estuvo muy cerca de ganar. Si perdió, fue por su manía de dejarse pegar. El mareo que le provocan los golpes, dice Julio, no es tan grave como supone el común de la gente. Bien llevado, hasta puede ser placentero.

Pero por mucho que intente explicarlo, a su entrenador le preocupa la dejadez con que su pupilo recibe los golpes.

«Hay que mejorar la guardia —le insiste Medina—, muchos golpes en la cabeza te pueden dejar tonto.»

El primer golpe que Julio recuerda se lo dio su propio padre. Un idiota, su padre, un típico malandra de pueblo. Julio no tiene del todo clara la situación, pero hace un esfuerzo y trae a su mente la imagen de su madre en la cocina, lavando platos o tal vez amasando algo. Pero no, su madre no era una mujer que amasara. Su padre, también en la cocina, toma un mate o toma un tereré. Por la jarra de metal que sostiene, Julio está casi seguro de que su padre toma tereré, con esa jarra el agua mantiene una cierta frescura.

Más complicado le resulta desentrañar el enojo de su padre, el porqué de sus repentinas y

frecuentes explosiones. Quizá una palabra inoportuna pronunciada por su madre, tal vez algún contratiempo de gente mayor, que a él —que por entonces no pasa de los seis años— lo excede. Lo que sea, le alcanza a su padre para soltar un alarido, un grito como de loco, y trascartón golpear a Julio en la cabeza. Lo golpea con la jarra, a la altura del parietal izquierdo, un terrible mamporro que aún resuena en los oídos y en la mente de Julio.

Más tarde, con el paso de los años, Julio recibirá más golpes de su padre. Pero será aquel primer golpe, la jarra fría —seguramente llena de algún jugo y trozos de hielo— estampándose en su cabeza, el golpe indeleble.

En la estación de servicio Julio se siente a gusto. Atiende el mercadito, vende cosas para esa gente que anda de paso y que consume más por aburrimiento que por necesidad. Bebidas, más que nada, o algún tentempié.

A Julio le gusta estar solo, pero también le gusta escuchar a sus clientes. Que le hablen del clima, de la abundancia o escasez de trabajo, que le suelten algún chisme del pueblo... que le hablen de cualquier cosa.

Medina elige, en cambio, instalarse afuera, sentarse en su silleta y pasar el rato en silencio, mirando hacia la ruta polvorosa y repleta de baches. Una ruta, por eso mismo, peligrosa. Los accidentes son cosa muy común en la zona. Aunque nunca lo diría, Medina disfruta cada vez que ocurre alguna fatalidad. Él calcula que se suceden a razón de seis por año. Confluyen el estado de la ruta, los animales sueltos y la impericia de los conductores.

«No conocen —suele decir Medina a quien le habla del tema— y aceleran cuando hay que aminorar.»

A Julio también le interesa el tema de los accidentes. Qué fuertes serán los golpes, piensa, para que las personas acaben muertas. Qué tan rápido vendrán, que no pueden frenarse a tiempo. En qué irán pensando. ¿Se darán cuenta?

Medina, que habla del tema con cualquiera que se le ponga delante, no abre la boca si el que viene con la cuestión es Julio.

Alguna vez Julio intentó hablarle del extraterrestre, pero Medina lo cortó en seco: «No me vengas con boludeces», le dijo. Así que Julio se quedó con las ganas de intercambiar impresiones al respecto con su encargado y entrenador. Tampoco le dio el coraje para decírselo a otra gente, como si temiera, en algún punto, hacer el ridículo.

Como sea, Julio está seguro de que, de tanto en tanto, cuando recibe un golpe en la cabeza, se le viene la imagen de un extraterrestre. La primera vez fue con su padre. Julio estaba distraído, echado sobre una silleta a la sombra de un arbolito. Su padre le llegó de atrás y muy de repente. Le reclamó la silleta —«es mía esa silleta», le dijo— y antes de que Julio tuviera tiempo de una mínima reacción, antes de que tuviera tiempo incluso de hacer lugar al reclamo y devolver la silleta, le estampó su padre un soberano coscorrón en la base del cráneo, que dejó a Julio mucho más sorprendido que apenado. Sensación que se hizo más intensa por el descalabro visual que el coscorrón provocó en la percepción de Julio, una mezcla de colores estirados, colores chillones entre los cuales Julio distinguió la figura del extraterrestre.

Intentó decírselo a su padre, señalarle la figura que se movía de un lado a otro como un patinador, un bailarín monstruoso y colorinche. Pero su padre, otra vez, no le dio tiempo a pronunciar palabra: lo agarró de una oreja y lo levantó de la silleta como si Julio no pesara nada, como si en vez de ser un muchacho de once años —la edad que tenía por entonces, cuando vio por primera vez al extraterrestre—, hubiese sido apenas un animalito, un gato o un perro, algo de un

tamaño semejante.

Con el paso de los años y la seguidilla de golpes, la curiosidad se impuso: de dónde viene el extraterrestre, se pregunta Julio, por qué intenta conectarse conmigo. Mientras tanto se esfuerza, sobre el ring o en los entrenamientos, en recibir el golpe exacto, el golpe que le permita establecer contacto con aquel ser de otro mundo.

A cada golpe, Julio responde con un grito. Los espectadores dicen que es su marca —o una de sus marcas— de boxeador, pero Medina preferiría que Julio no se dejara pegar. Además de que no soporta los gritos de su pupilo. No son gritos normales, no son gritos de dolor, ni siquiera son gritos producto de algún esfuerzo. Tampoco están pensados para asustar al rival. Son gritos que tienen algo amanerado, una inflexión extraña que no se corresponde con los modos de una pelea de boxeo.

Para colmo, Julio acompaña cada grito con una especie de sacudida, mueve la cabeza de manera tal que pareciera quitarse de encima el impacto que acaba de recibir.

Medina intentó, en principio, disuadirlo. Le dijo que esos gritos le harían gastar energía en vano, energía que bien podría utilizar en devolver los golpes que recibe. Pero pese a decir que sí, que lo tendrá en cuenta, en cada pelea los gritos se repiten.

Medina se resignó, entonces, a soportar el griterío. Lo único que hace, como para contrarrestar un poco la cuestión, es cerrar los ojos cada vez que a Julio le pegan y el alarido se adueña del ambiente. Piensa, Medina, que al cerrar los ojos deja en claro su desacuerdo con los modismos de su pupilo.

El público local, en cambio, se entusiasma y en ocasiones se confunde: celebra el grito como si, en vez de haber recibido el golpe, Julio lo hubiera propinado.

Un buen motivo para mantener a Julio fuera del pueblo, confinado a la estación de servicio, es la molestia que supone la muchachada. Se amparan los muchachos en la incierta norma que le impide a Julio verse envuelto en peleas callejeras. Alegan que por ser profesional es obligación suya cuidar al prójimo, nunca lastimarlo.

Las más complicadas son las fechas inmediatamente posteriores a los festivales, una vez que se acaban los torneos de boxeo. Las dos finales que Julio perdió le valieron el repudio de su propia gente, que no toleró ver que el triunfo se escapara cuando lo tenían —en realidad era Julio quien lo tenía— al alcance de la mano. Pero la manía del boxeador del pueblo de mantener la guardia débil, o directamente no mantenerla, estropeó lo que eran victorias seguras.

Los muchachos veían a Julio dando vueltas por alguna vereda del pueblo y se le iban encima.

«¿No te enseñaron a vos cómo se pelea?», le preguntaban de mala manera. Después empezaban los empujones, los escupitajos, algún manotazo. Como Julio tenía y tiene bien claro aquello de que no debe responder improprios, soportaba los embates en silencio y con la cabeza gacha.

Los peores, los más ensañados, eran dos hermanos mellizos. Dos infelices del pueblo que andaban siempre en cosas turbias y que, por algún motivo, se comportaban como si Julio les debiera algún favor. No eran tipos que a simple vista inspiraran algún respeto, eran más bien unos pobres diablos. Pero había algo, sin embargo, una especie de impertinencia y bravuconería, que era demasiado para Julio.

«Peleá como hombre —le gritaban—, que para eso te pagamos.» Por supuesto, los mellizos no pagaban nada. La miseria que Julio conseguía por cada pelea ganada salía de algún rincón oculto del municipio. Y quien la recibía era Medina, que administraba las cuentas del boxeador.

Aun si fuese tan poco, incluso absurdo, lo que hubiera que administrar.

Antes de iniciar cada pelea, era la voz de los mellizos lo que llegaba con más insistencia a oídos de Julio. Dicen los expertos que los buenos boxeadores focalizan su ira en imágenes, en sonidos, en recuerdos que les traen de regreso algún viejo dolor, alguna pena mal camuflada. Medina, que algo al respecto intuye, alentaba en su pupilo la invasión de alguna vieja ira torrencial. Lo instaba a que se dejara llevar por sus instintos y a que, por Dios, mantuviera la guardia en alto.

Pero Julio estaba hecho de otra madera, y por muchas voces hostiles que le llegaran desde las tribunas, su naturaleza lo empujaba a llevar las cosas en calma. Como un boxeador llegado en son de paz.

Al margen de la cuestión —o no tanto—, recibir un golpe de Julio tampoco es buen plan. Son como latigazos, dicen los que saben, Medina entre ellos.

No se ve con absoluta nitidez el movimiento de sus brazos, tampoco el puño al momento de chocar contra las costillas o la cabeza de su contrincante. Incluso las pocas filmaciones con que se cuenta —en su mayoría salidas de teléfonos celulares— no alcanzan a captar ese momento crucial y tan esperado por los lugareños.

Hay algo de un orden sobrenatural en los golpes de Julio. Se lo ve, a Julio, como atento a cualquier otra tarea, perdido en algún pensamiento extraño, mientras su rival circula nervioso por el cuadrilátero y lo estudia y proyecta el resquicio por el cual filtrar el siguiente golpe. Sin embargo, en la mayoría de los casos, no es Julio quien recibe el castigo. Como afectados por algún soponcio fulminante, sus rivales se desmoronan y, si por esas cosas consiguen ponerse en pie, pierden cualquier posible envidia. Hay algo que los neutraliza, algo que los deja atontados y sin ánimo de reacción.

Lo que resta de pelea en esos casos —en los casos en que el rival de Julio consigue ponerse nuevamente en pie— no es más que el bailoteo aletargado de dos boxeadores que parecen muy ajenos al motivo que los convoca. Unos cuantos minutos exasperantes.

El pueblo entero celebra los triunfos de Julio. Son momentos memorables, pero el poco entusiasmo de Julio, su desgano y desdén a la hora de los festejos, hacen que la cosa pase por otro lado. Por borracheras y bailes callejeros, una manera de conmemorar y a la vez repudiar las dotes del valor local.

«Qué es lo que pasa con tu chico», suelen preguntarle a Medina. Él apenas contesta con una sonrisa amarga y, por dentro, se hace la misma pregunta: «Qué pasa con este pendejo».

Hace poco, en el pueblo y sus alrededores apareció una gran cantidad de perros muertos. Alguien o alguna criatura del monte se dedicaban a matar perros. Los pobres animales aparecían de a grupos, mutilados o simplemente destripados. Un paisaje aterrador que puso a funcionar una enorme rueda de versiones y argumentos. La gente andaba con miedo, no se explicaba tanta crueldad.

Hubo quienes hablaron del chupacabras, esa criatura mítica y monstruosa que, dicen, asola los campos y zonas rurales alimentándose del ganado o de cualquier animal que anduviera más o menos a la deriva. Decían que la situación del pueblo, la pobreza creciente y el clima tan inestable habían hecho que el chupacabras —o los chupacabras, nadie estaba muy seguro del modo en que se mueven estos seres— se desplazara hacia las zonas más habitadas y, ante la falta de ganado, se lanzara sobre los pobres perros.

Cuando le llegó el chisme, y después de escuchar unas cuantas descripciones del chupacabras

—una criatura del tamaño de un hombre de baja estatura, jorobada y de un color indefinible aunque sí muy estridente—, Julio se tomó un descanso del entrenamiento y de la estación de servicio para interiorizarse en el tema. La gente, pensó Julio, se confunde: no se trata del chupacabras, se trata del extraterrestre.

En la seccional de policía encontró al oficial Ruchi junto a un grupo de lugareños. Se repartían armas —diferentes rifles y escopetas— y organizaban guardias y salidas de inspección para dar con el asesino de perros. Ninguno de los que formaba parte del grupo hablaba del chupacabras; se referían al responsable de las muertes a partir de insultos: «Ese hijo de puta», «ese canalla», «ese hijo de una gran siete» y así.

A Julio le llevó un buen rato conseguir la atención del oficial Ruchi, que hacía las veces de coordinador del grupo y explicaba al resto la manera de moverse en las misiones de aquella envergadura. En el patio de la seccional, los hombres practicaban tiro al blanco y ensayaban poses y movimientos de camuflaje. Julio sintió que, de algún modo, estaba adentro de una película.

El oficial Ruchi se acarició el mentón después de escuchar la historia del extraterrestre. A diferencia de la mayoría, Julio le caía bien. No cualquiera es así de humilde —pensaba Ruchi— siendo el boxeador del pueblo.

Julio le comentó del parecido entre el extraterrestre y el chupacabras, tenían que ser la misma cosa. Un poco para salir del paso —por lo menos esa sensación le dio a Julio—, Ruchi le pidió que dibujara la criatura en cuestión. Que fuese hasta su oficina, le indicó el oficial, que buscara un lápiz, una birome, cualquier cosa que le sirviera, y que le improvisara un identikit.

Julio le hizo caso, aunque solo a medias. Iba por la mitad del dibujo cuando sintió que aquello no tenía sentido, que lo de Ruchi era una manera de mantenerlo distraído. Además de que con una simple birome no había modo de ilustrar el embrollo de colores que conformaban el cuerpo del extraterrestre.

«Que se jodan los perros», pensó, y dejó las cosas así, papel y birome sobre el escritorio, y emprendió el camino de vuelta a la estación de servicio.

Ante la inminencia de un nuevo Festival del Meteorito, Julio y Medina entrenan a fondo, más duro que lo habitual, aunque con objetivos ciertamente distintos.

«Es tu última oportunidad», le repite Medina mientras Julio da saltos a un cable como quien salta a la soga. Con cada salto levanta un remolino de tierra, pequeños estallidos de polvo que suben como una niebla y los ensucian muy de a poco, a Julio y a su entrenador, que quedan con las caras negruzcas.

Cortan el entrenamiento cada vez que aparece un coche, alguien que viene a cargar nafta o a comprar alguna cosa al mercadito. La gente que viene de afuera o que simplemente desconoce las rutinas del boxeador del pueblo mira a Julio y a Medina con una cierta desconfianza, como con ganas de irse rápido. Quienes están al tanto y guardan alguna simpatía por Julio dejan su palabra de aliento, alguna recomendación. Pero también están los otros —los mellizos, por ejemplo—, que se acercan ya en tono amenazante.

«Más vale que ganes —le dicen—, mirá que en este pueblo somos bien machos.» Después hacen la compra que tienen que hacer, sin aflojar en momento alguno la tensión, las caras de piedra con que ilustran su advertencia.

Julio, y también su entrenador, se cuidan muy bien de no responder, perdido cada uno en su propio anhelo. El de Julio, por supuesto, establecer contacto con su extraterrestre. Y la única manera de hacerlo, según sus cálculos y experiencia, es aguantando unos cuantos golpes.

Como es habitual en este torneo, los dos primeros combates resultan poco menos que un chiste. Julio se los quita de encima como quien se sacude una mosca. No sin antes probar, desde luego, que algún puño rival lo alcance, que le acierte en el punto exacto del cerebro donde —él está convencido— habita aquel extraño ser. Mejor dicho, aquel punto de su cerebro que se abre a guantazo limpio y le revela nuevos planos a su visual.

En un intento por atraer la atención de Julio, Medina le ha regalado un nuevo short de boxeo, de color marrón: el color del pueblo, según dice, que es también el color de los meteoritos. De esa manera, tal vez, Julio estará más en sintonía con el festival alusivo.

Juzga como positiva la primera jornada, con aquellas dos peleas, aunque le queda, a Medina, el resquemor de siempre, la sensación de que de un momento a otro su pupilo se dejará llevar, se abandonará a los pensamientos de su cabeza. «Como si se aburriera», piensa el entrenador y, aunque sabe que la cosa, el problema de Julio, no pasa por ahí, le insiste con la guardia, que la mantenga en alto.

El rival a vencer en esta ocasión, favorito en las apuestas, fue campeón en años anteriores. Un muchacho de la capital sin grandes cualidades, aunque sí muy convencido de su papel. Tiene una cara horrible, cara de perro, que usufructúa mucho más que sus escasas virtudes deportivas. De hecho su bravuconería le sirve para verse de un tamaño mayor al de sus adversarios. Se llama de nombre Sena y su apodo es «Jabalí», se supone que por su gran capacidad de embestida. Julio nunca ha peleado contra él y a decir verdad tampoco es una cuestión que le quite el sueño. Por cómo se ha dado el sorteo, la única manera de que se enfrenten será en la instancia final. Si es que llegan hasta esa instancia, por supuesto.

Como para compensar la indiferencia de Julio, Medina sigue con disimulada atención las peleas del Jabalí y concluye que, por su habitual dispersión, el boxeador del pueblo no tiene posibilidades.

Sin embargo, una vez finiquitada la tercera pelea —correspondiente a los octavos de final— Julio se siente entusiasmado. Cree haber vislumbrado algo, una señal, hacia el ocaso del tercer asalto.

Abrazado a su contrincante —un indio del pueblo, otro pobre muerto de hambre—, sintió cómo un puño se hacía un claro en el embrollo que eran ambos cuerpos y se le estampaba por detrás de una oreja. Fue un aturdimiento suave, una sensación elástica que Julio acompañó con su correspondiente grito. Un grito que, por lo demás, dejó a mitad de camino, porque durante ¿cuánto?, ¿un segundo?, ¿una milésima de segundo?, ¿menos tiempo aún?, consiguió materializar los contornos del extraterrestre, la silueta difusa de esa criatura que tanto lo persigue como lo acompaña.

Después del golpe, el indio avanzó creído de que ahora nomás era cuestión de cerrar la contienda con una buena combinación. Pero dio apenas un paso —quizá menos, quizá solamente alcanzó a manifestar la intención del paso— y encontró una resistencia extraña, una fuerza que, más que golpearlo, lo vaciaba por dentro. Como si le comieran la fortaleza. El indio cayó y el referí —una vez que apuró el conteo a diez—levantó el brazo derecho del boxeador del pueblo.

Ahora Julio se abraza a Medina en un rincón del ring y le pregunta, casi a los gritos, cuánto falta para la siguiente pelea. «Un par de horas —le dice Medina—: calmate que te faltan un par de horas.»

Al entrenador le preocupa esa semejante euforia, que no se condice para nada con la instancia que acaban de sortear.

La pelea de cuartos de final transcurre, para Julio, sin pena ni gloria. Su rival es un correntino que no aguanta siquiera más allá del segundo asalto y cae simplemente fulminado. Cae con los brazos abiertos en cruz, cosa que hace la caída más impresionante. En los papeles —en las apuestas, o sea—, se trataba de un adversario de temer, un boxeador con experiencia. Pero no alcanzó a propinar un mísero golpe.

El público local, por su parte, lejos de la celebración, quedó más bien aturdido. La imagen del correntino caído —«parecía muerto», comentó alguien desde las tribunas— lo dejó sin aliento. Recién cuando lo vieron reaccionar a los estímulos de los paramédicos, a las palabras de su propio entrenador, volvieron muy de a poco a sentirse las primeras voces, el ordinario griterío. Pero así también empezaron a mirar a Julio de otro modo. Como si no fuera un simple boxeador, como si Julio fuese algo, de momento, no del todo definible.

Pero Julio está ocupado en otros menesteres. De tan anodino que siente el desempeño de su último rival, tampoco le vienen ánimos de celebración. Si sonríe, es para responder de algún modo al cumplido de Medina, que le palmea los hombros y le dice que muy bien, que está encaminado, aunque Medina en realidad —y al igual que el resto de la afición— intenta desentrañar qué hay en el alma de su muchacho.

Julio, mientras tanto, deposita toda su esperanza en las dos últimas peleas.

Cada edición del Festival del Meteorito tiene su particularidad. Alguna revelación, algún evento que se impone por sobre los demás, algún amorío irrisorio. Medina lo tiene bien claro y — pese a los evidentes puntos en contra— especula con que el suceso de esta edición sea el boxeador del pueblo.

Lo invaden el temor y la angustia cuando ve a Julio recibir golpe tras golpe, cuando escucha cada grito amanerado de su pupilo que —plantado en medio del cuadrilátero, con los ojos abiertos sin parpadear— parece haber caído en un abismo de lisa y llana alienación.

Hasta que su rival —un boxeador preparado, un profesional macizo y resuelto— se desmorona como se desmoronan últimamente los rivales de Julio: como un muerto.

Aunque un poco aturdido, el boxeador del pueblo ha llegado de nuevo a la instancia final.

La fiesta del Meteorito está en su apogeo. Los grupos folclóricos estiraron la celebración, cada noche, hasta bien entrada la mañana. Hay euforia y reina un ambiente de felicidad. Incluso los turistas este año se han multiplicado y se estima que será récord la entrada de dinero a las arcas municipales.

Ajenos a ese jolgorio, Julio y Medina miran la ruta. Medina, desde su silleta; Julio, de pie a unos pocos metros. Casi no hablan, apenas comentarios sueltos sobre los coches que pasan cada tanto. Medina se mueve en la silleta como si buscara ganar espacio. Hasta que habla: «Capaz que mejor si no peleás esta noche», dice.

Julio mantiene la vista fija en la ruta y no contesta. Hace visera con la mano para ver una camioneta que se acerca. Es una camioneta de la policía, con la amortiguación amenazada por la cantidad de hombres que trae encima. Julio los cuenta, una vez que la camioneta ingresa a la estación de servicio —a una velocidad imprudente— y se detiene a centímetros de la silleta de Medina. Son once hombres, seis apretados en la cabina y cinco atrás, en la caja. Julio los identifica fácil, es una de las partidas que anda tras el chupacabras. Están sucios los hombres, con caras de cansancio. Ni se mosquean por saludar. Tampoco bajan, permanece cada uno en su sitio, como si no les quedara un resto de ánimo.

Mientras Julio llena el tanque de la camioneta, desde la caja le llega la voz de uno de los

hombres: «Más vale que lo mates al Jabalí», le dice.

Julio mira hacia la caja pero no distingue al dueño de la voz. Pudo haber sido cualquiera.

El chofer de la camioneta, un policía que Julio no conoce, saca una mano por la ventanilla y le paga con un vale del municipio. Cuando Julio agarra el papel, el chofer se toma un segundo antes de soltarlo. Se miran fijo y muy serios. Es un hombre de unos cuarenta años el chofer, escondido detrás de una barba grasienta y llena de tierra. Antes de arrancar, le pellizca un cachete.

«¿No serás vos el chupacabras?», le dice con seriedad, los ojos achinados como si intentara ver a través de Julio. Después pisa el acelerador y la camioneta, pesada y envuelta en un remolino de polvo, sale al fin hacia la ruta.

Julio se pasa una mano por el cachete, como limpiándose. No piensa en el Jabalí Sena, tampoco en Medina —que sigue ahí en su silleta, hundido en sus cavilaciones— ni, mucho menos, en los hombres de la camioneta. Piensa que falta poco, cada vez menos, para encontrar a su extraterrestre.

Mi mujer y su chupacabras

Tuve un sueño extraño y me desperté mal. Un sueño que, por su naturaleza, no parecía un sueño mío. Aunque después sí. Soñé que un cometa surcaba el espacio y hacía inmersión en Júpiter; el estallido resultante provocaba una dispersión meteórica que apuntaba sus esquirlas hacia la Tierra, más concretamente a esta zona, a Campo del Cielo. No sería la gran cosa —ningún sueño, entiendo, es la gran cosa para quien escucha e incluso padece su narración—, no sería nada si yo mismo no hubiese sido parte del meteorito en cuestión, el meteorito que se venía sobre la Tierra. En mi sueño era entonces yo quien atravesaba el espacio, yo era el meteorito. No es para menospreciar, por eso mismo, el vértigo que la sensación me provocó. Al dirigirme hacia la Tierra, como de punta, podía ver el planeta entero venírseme encima —aunque era yo, por supuesto, quien avanzaba sobre el planeta—, sentía la velocidad en aumento, la sensación de viajar sobre una montaña rusa trastornada. Grité, en el sueño grité, y me temo que habré gritado también en este plano, el de la realidad, digamos, efectiva, pero eso no tengo modo de comprobarlo. Sí puedo decir que de pronto, en el sueño, otro grito se acoplaba al mío, un grito que en principio no reconocía pero que al cabo de unos pocos segundos se me hizo muy fácil de identificar. Era Lucre la que gritaba. No sin esfuerzo miraba yo de reojo, en plena caída y sin detener en momento alguno mi propio griterío, y la descubría a ella, a Lucre, hecha también un meteorito y cayendo conmigo hacia la Tierra. Mi mujer y yo, a punto de estrellarnos.

Desperté solo y empapado en sudor. Pensé que me había meado, pero al arrimar la nariz sentí en la sábana solo el vaho de mi transpiración. Después me quedé quieto por un rato, con la esperanza de fijar los detalles del sueño: el resplandor que era mi cuerpo, la intensidad de mi grito, la expresión enloquecida de la pobre Lucre.

Una vez que me armé un paisaje, una idea general, me pasé una mano por la cara como para despejarme y pasar así a considerar otros aspectos. Empecé por desechar la parte del sueño que involucraba a Lucre. Se me hizo la parte más obvia. No atravesábamos un buen momento y era poco menos que vulgar hacer que cada nimiedad se volcara a nuestra situación, digámoslo así, sentimental. Me concentré entonces en los meteoritos y recordé un viejo mito indígena: dice que alguien quemó el gigantesco árbol que conectaba cielo y tierra; los hombres que estaban arriba se transformaron en constelaciones y, desde entonces, solo se puede subir a través de la danza y el canto, el agua o el humo. Busqué mi anotador y, con birrome, transcribí el mito, así tal cual, y lo cotejé con mi sueño. Por mucho que me esforcé, no pude conectar uno con el otro. Para empezar, porque yo me había soñado meteorito, no constelación. Y para seguir, que en ningún momento había canto ni danza, sino una terrible caída libre y un grito estruendoso. Decidí hacer a un lado esos divagues y preocuparme por Lucre, que me había dejado solo en la habitación.

La idea de ir a Campo del Cielo había sido mía. Quería escribir una serie de crónicas sobre los meteoritos que cayeron en esta región del país, sobre la gente de los pueblos aledaños —que, dicen, no es gente muy normal que digamos—; quería escribir también sobre el mercado negro de meteoritos, sobre los científicos y exploradores que inician investigaciones en toda ley y que, una

vez conocido el paño, acaban por corromperse. Un gran mundo que mueve sumas importantes de dinero y cuyo manejo desdeñoso repercute en la vida de personas que no están al tanto, personas ajenas a esa semejante marabunta.

Lucre se sumó al periplo, aunque sin mucho entusiasmo. Nuestra última discusión había sido desagradable por demás. Incluso dolorosa. En el enojo, le hablé mal. Le dije que, por su culpa, yo me había resignado a no ser padre. Era una mentira, incluso una mentira bastante estúpida.

El problema, en realidad, era que nuestros tiempos, el deseo de cada uno, nunca coincidieron. Cada vez que ella sentía que era el momento, a mí me daba por embarcarme en proyectos que no se acoplaban a una posible paternidad. Pero lo mismo hacía ella. Unos pocos días antes de venir a Campo del Cielo dijo que una mujer, para sentirse y realizarse como mujer, no necesita parir un hijo. También suele opinar distinto, aunque es una opinión que percibo sobre todo en gestos, en sus ojos brillosos cuando sostiene en brazos el bebé de alguna amiga, en su propensión a usar tonos maternales, a enojarse por mis descuidos o en algunas proyecciones que —entiendo que sin querer— deja escapar: «Cuando tengamos nuestro hijo...», «un lindo nombre sería...», y frases por el estilo.

El viaje fue un suplicio, por varias razones. En primer lugar, el calor inhumano, que ni el aire acondicionado ni los vidrios polarizados del auto —un Ford Fiesta muy bonito que prácticamente estrenábamos— pudieron contener. En segundo lugar, por el estado de la ruta: es comprensible que haya tantos accidentes en esta zona, con tantos pozos y baches. Además de que está lleno de animales sueltos. Casi nos estampamos contra un burro que andaba, como si tal cosa, pegado a la banquina —el encargado del hotel me explicó que los burros se juntan en la ruta a comer los restos de trigo que caen de los camiones que trasladan la cosecha—. Pero en verdad molesto era la expresión de Lucre, su permanente cara de culo. Una sola vez intenté iniciar una conversación —le hablé de Campo del Cielo, del último meteorito desenterrado—, pero ella no mostró interés, se abanicó con una revista y mantuvo la mirada —camuflada por los lentes de sol— en la ruta. Cuando estacioné frente al hotel —bautizado muy apropiadamente como «Hotel Meteorito»—, Lucre tardó en bajar del auto. Pensé que se vendría algún tipo de escena, algún muestrario de su implacable histeria, pero la puerta del Fiesta se abrió y ella fue bajando muy de a poco, casi en cámara lenta, como si quisiera demostrar que aquello —soportar el calor, el paisaje odioso que teníamos por delante y los cuatro días que demandaba mi empresa— muy poco tenía que ver con su idea de fortalecer una pareja venida a menos. Cuando al fin acabó de bajar del auto, me clavó la oscuridad de sus lentes de sol en la cara y con desdén —hasta diría que con algo de lástima— me dedicó una sonrisa. Pero una sonrisa horrible.

A los problemas que apreciamos a un simple golpe de vista, el encargado del hotel sumó otro, quizá el más escabroso: desde hacía unos días venían apareciendo, en el pueblo y los alrededores, gran cantidad de perros muertos. Desde perros vagabundos, sin dueño definido, hasta perros con un hogar y una familia. De repente, una calle cualquiera en Campo del Cielo, un baldío, una zanja aparecían sembrados de perros muertos. Nadie sabía muy bien a qué fenómeno o mente enferma adjudicar aberración semejante, aunque el encargado del hotel barajaba por lo menos tres opciones: un linyera, indio y resentido que se las agarraba con los pobres animales para castigar a todo el pueblo —según el encargado la opción más factible—; algún puma o tigre cebado, que por la escasez de animales silvestres buscaba su alimento en zonas cada vez más urbanas; o bien algún tipo de criatura ya de otro orden, «una cosa maldita», a decir del encargado. «Muchos hablan de un chupacabras —dijo, y se apuró a agregar—: pero yo no creo.»

Me interesó el tema —los perros muertos y las posibles causas—, pero Lucre ya se había

mandado para la habitación y consideré poco prudente dejarla sola. Me fui pensando qué sería peor, si el ataque de un linyera resentido, de un puma o de un chupacabras. Me decidí por el linyera, uno nunca sabe hasta dónde es capaz de llegar un ser humano enojado.

El pelo de Lucre era, para mí, del color de los meteoritos. Cobrizo, decía yo. Pero ella no estaba de acuerdo, decía que su pelo era más bien algo cercano al gris plomo. Lo discutimos bastante. Yo escribía en Google «cobrizo» o bien «gris plomo» y le daba luego a la tecla «Imágenes», cosa que el buscador ofreciera la paleta de colores indicada. Le mostraba a Lucre el resultado, convencido de que, ahora sí, debería aceptar que yo tenía razón. Pero no. Ella insistía con que lo suyo, lo de su pelo y de los meteoritos, era gris plomo.

Cuando el encargado del hotel —no el que me habló de los perros muertos, sino uno nuevo, el del turno mañana— me pidió una descripción de mi mujer, quise arrancar por el color del pelo y me vi envuelto en una disyuntiva. Acabé contándole de nuestra eterna discusión, que donde uno decía cobrizo el otro contestaba gris plomo. Me di cuenta de la digresión porque me percaté de un afiche pegado a la pared detrás del encargado: tenía la foto de un meteorito. «Ese —le dije—, ese es el color de su pelo.» El muchacho —porque era un muchacho— observó el afiche con atención, movió la cabeza a un lado y a otro y concluyó que para él ese color no era cobrizo ni gris plomo, para él era un simple color marrón.

Se llamaba Juan el encargado del turno mañana y, según me explicó, pertenecía a la etnia mocoví, una de las tantas variantes indígenas que ocupaban el territorio antes de la conquista española. Como se tomaba su buen tiempo antes de responder a mis preguntas, pensé que sería un típico adolescente maleducado, pero cuando supe de su origen indígena adjudiqué su comportamiento a esa manera tan particular de concebir el mundo y las cosas que tiene esta gente. Debe ser cierto, pensé, que manejan sus propios tiempos. Como no habíamos logrado entendernos con el color del pelo, que si era cobrizo, gris plomo o marrón, pasé a decirle que Lucre era de textura más bien pequeña y de rasgos delicados. También le comenté de sus lentes de sol —con una mañana como aquella, tan luminosa, era improbable que Lucre saliera sin aquel escudo—. Juan me miró fijo, se llevó un dedo al mentón y me pidió que intentara, de nuevo, ser más específico con el color del pelo. Que tal vez, dijo, lo que yo llamaba cobrizo él lo llamaba marrón, que muy probablemente hablábamos de lo mismo, aunque de maneras distintas.

Hasta ese momento yo me sentía tranquilo, sin malos pensamientos, pero por alguna razón la manera que tenía Juan de decir las cosas hizo que me inquietara.

La noche anterior no habíamos hecho nada. Quiero decir que llegamos y —una vez que hice a un lado las historias sobre perros muertos del encargado del turno noche— nos refugiamos en la habitación. Puse el aire acondicionado al máximo y encendí la tele, como para ver alguna serie, pero la conexión —o alguna cosa del televisor— era un desastre. Se veía pura lluvia.

Lucre se metió en el baño y yo me resigné a hojear aquella revista que, un par de horas antes, ella había usado de abanico. Era una revista extraña, en apariencia dedicada a la moda, pero una de las notas pretendía formular una crítica al consumo desmedido. El título de la nota era, de por sí, un tanto apocalíptico: «El futuro de la humanidad depende de frenar el consumismo». Me entretuve con la contradicción de la revista, plagada de publicidad, con invitaciones a viajar, a vestirse bien, a probar buenos vinos... Cuando Lucre saliera del baño, me dije, se lo comentaría. Nos reiríamos juntos, gracias a la revista saldríamos —al menos por un rato— del marasmo en que estábamos inmersos.

Seguí con la revista, con un artículo sobre avances tecnológicos. Hacía hincapié en los

teléfonos celulares, en los pros y contras que suponían a nuestra vida. Me molestó la redacción del artículo, su mala calidad y lo poco riguroso de cada afirmación. También me molestó que no llevara firma, como si nadie quisiera hacerse cargo del semejante esperpento.

Di un par de cabezadas, el cansancio del viaje se me venía encima y Lucre tardaba demasiado en el baño. No sé en definitiva cuánto tardó, pero cuando salió estaba desnuda, por completo desnuda. Ni siquiera se había dejado puesta la bombacha. Se me hizo gracioso verla así, hasta estuve a punto de hacer un comentario en broma. Pero ella me cortó en seco: «Hagamos ahora el hijo ese», me dijo. Y se zambulló en la cama.

Juan, el encargado del turno mañana, me mostró un plano del pueblo y del parque donde se exponían los meteoritos. Me dio algunos datos que yo más o menos manejaba y que, en ese momento, cuando mi único interés era saber dónde estaba mi mujer, sentí exasperantes. Imagino que Juan percibió mi hartazgo, porque de pronto pasó a hablarme en voz baja, casi en susurros, y me dijo que en realidad él desconfiaba de toda esa información. Habló aún más bajo y fue entonces que me contó de su origen mocoví y de aquella idea según la cual los meteoritos son fragmentos de la luna —él usó la palabra «pedazos», no «fragmentos»—, fragmentos que se desprenden cada vez que un puma cebado hace sangrar a la luna. Lo dijo con tal solemnidad, que mi primera reacción fue dar un paso atrás, alejarme un poco del mostrador y de ese muchacho tan extraño.

Antes de salir del hotel, y como para estar bien seguro, le pregunté una última vez por Lucre. El tono de mi voz —algo entre lo afeminado y timorato— hizo que me arrepintiera enseguida de haber insistido. Más me arrepentí cuando Juan, en vez de responder, se hundió furiosamente un dedo en la nariz, como si buscara algo con urgencia. Asqueado, abrí la puerta y salí a la calle de Campo del Cielo.

Un sol horrible se me clavó en el cráneo. Abrí el plano —un planito, en realidad, el pueblo era pequeño— y busqué referencias de algún bar o café donde Lucre pudiera haber ido a pasar el rato. Al menos en el plano, no había nada de eso. Apenas la iglesia, una plaza y la seccional de policía. También un taller mecánico. Todo estaba más o menos cerca, pero el calor me quitaba las ganas de caminar, así que opté por subir al Fiesta y hacer una recorrida lenta, a paso de hombre.

El pueblo era feo, muy venido a menos o como si estuviera a medio erigirse. La mayoría de las construcciones eran ranchos desvencijados, y a lo que era de material se le notaba la falta de mantenimiento. La calle de tierra y el poco aire hacían que el Fiesta, a su paso, levantara polvo y que ese polvo quedara levitando como una nube sucia. Poceada la calle, en un estado calamitoso, y vacía. Como mucho, unos perros flacuchentos desparramados aquí y allá, lo que hacía el paisaje aún más desolador. Recordé la historia de los perros muertos y me pregunté si no sería simplemente el hambre, la mala vida, lo que acababa con estos animales.

Me llamó la atención —y me asustó bastante— un perro deforme, con la cabeza torcida, que corrió unos metros detrás del auto hasta que, por lo visto, se cansó. Lo miré por el retrovisor: el perro ahora daba vueltas en círculos, como al rastreo de algo, hasta que simplemente se dejó caer en la tierra, bajo el sol. Por si acaso, y a pesar de los pozos, pegué una acelerada para alejarme.

En la cuadra siguiente me topé con el taller mecánico que anunciaba el plano. Al menos eso intuí por la cantidad de autos —en su mayoría autos fastuosos y de modelos bastante nuevos— que atestaba la entrada a lo que parecía ser un garaje. Me sorprendió la ostentación del taller, insólita para lo que era el pueblo. Vi a un hombre trabajando sobre uno de los coches, parecía que lo lustrara. Era un hombre de tamaño importante, rosado de tan blanco. Un típico enorme gringo de pueblo. Detuve la marcha, con la idea de consultarle algo —pero qué— y bajé la ventanilla.

Estaba por saludar cuando se me apareció, de frente y con una tremenda pinta de loco, otro tipo, muy parecido al que trabajaba sobre el auto, aunque visiblemente más joven. Saludé con una mano, la derecha, pero el tipo ni se inmutó. Quedó fijo delante del Fiesta, con el soberano sol cayéndole en la frente. Por no saber qué decir y mucho menos qué hacer, pregunté por mi mujer, si no la habían visto por ahí. Desde ese lugar, casi encima del capó del Fiesta, era imposible que este hombre me escuchara, así que me dispuse a hablar más alto y, también, un poco más firme. Pero el hombre se me adelantó y, después de tomar aire, pegó un tremendo golpe a puño cerrado contra el capó. Se me escapó un quejido, casi un gimoteo, y quedé duro tras el volante. Después de pegar un nuevo golpe contra el capó, el hombre —era un muchacho, pero su evidente trastorno y el tamaño lo hacían parecer más grande— rodeó el Fiesta largando patadas, rompiendo faros y un retrovisor. Pero lo peor era el gesto, esa expresión de chiflado. Ya lo tenía encima cuando apareció el otro, el hombre mayor, y lo agarró de un brazo, como si el loquito fuera un maleante.

«Quieto, Quique —le dijo—, tranquilo que este pelotudo no te va a hacer nada.» El tal Quique no opuso resistencia, pero me clavó una mirada horrible que, junto con el miedo, me hizo apretar el acelerador y salir disparado.

Encontré la seccional, como todo en ese pueblo, sin querer. Pero antes había llorado. Y es que de repente se me juntaron muchas cosas: Lucre y lo retorcida que se había vuelto —o que yo sentía— nuestra vida de pareja; el hotel y su encargado indio, que me hablaba de aquel modo tan raro; los hombres del taller, que me atacaban sin razón; los espantosos perros de Campo del Cielo y los meteoritos que, para entonces, habían dejado de importarme. Frené el auto en una esquina y lloré. Lloré durante unos cuantos minutos, hasta que vi, en medio de un espasmo, a dos niños que me observaban como si yo fuera una criatura extraña, de otro mundo. Tuve ganas de atropellarlos.

Lo que hice, en cambio, fue arrancar y buscar el camino de vuelta al hotel. Fue entonces, en ese deambular, que encontré la seccional de policía. Iba a pasar de largo, pero pensé en las abolladuras del Fiesta, en el espejo y el faro rotos y sentí injusto que los hombres del taller no pagaran de alguna manera su afrenta.

La seccional era, desde luego, otra de las tantas construcciones feas de Campo del Cielo. Despintada y maltrecha, llena de perros flacos y sucios en su entrada. Había, también, dos hombres —gente del pueblo, imaginé— que hablaban como enfrascados en un asunto grave. Eran bien gringos, como los tipos del taller. Me pasé una mano por la cara, me restregué los ojos y bajé. Un perro de ojos colorados me gruñó cuando pasé junto a él; los hombres, en cambio, no me dieron la más mínima importancia.

Cuando estaba por ingresar a la seccional, un policía joven, apenas un muchachito, me salió al cruce y me preguntó, un poco a las apuradas, si necesitaba algo. Empecé entonces a contarle mi historia, el ataque de los hombres del taller y, ya que estaba, consulté por el paradero de Lucre, si tenía alguna idea de dónde podía instalarse una mujer en aquel pueblo. Pero al policía, evidentemente, muy poco le importaban mis problemas. Me hizo callar con una mano en alto y me dijo que, en ese preciso momento, estaban en medio de una gestión impostergable.

Fue uno de los gringos el que, entrometiéndose, me informó de aquella gestión: «Hay un chupacabras suelto —dijo—: nos vamos a cazarlo».

Por cómo venían las cosas, no consideré descabellado que de las opciones posibles esta gente eligiera al chupacabras como responsable de los perros muertos. Me quedé a la espera de una explicación más detallada, o de que alguien me hablara de una manera más sensata. En vez de eso salieron de la seccional, en tropel, cerca de diez hombres armados con rifles, machetes y bidones supuse que de algún líquido inflamable.

También había uno con un rastrillo; lo manipulaba como si fuera un bastón de artes marciales, tirando golpes al aire. Fue el único que se fijó en mí. Me miró y elevó el mentón en gesto pendenciero. Me salió hacerle una pregunta estúpida: «¿Van por el chupacabras?». El hombre — de ojos achinados como casi todos los gringos de Campo del Cielo— detuvo el movimiento del rastrillo para confirmar mi pregunta: «Lo vamos a hacer mierda», dijo.

Un policía mayor —el hombre al mando del grupo— gritó algo que no entendí y el resto de los hombres contestó con un grito igual de incomprensible. Se me ocurrió que tal vez hablaban en otro idioma, quizá en una lengua indígena. Lo que haya sido tampoco tuve oportunidad de descifrarlo: a un nuevo grito del policía —grito que, por supuesto, tampoco entendí—, los hombres salieron disparados para un lado y otro de la calle y yo quedé solo y asustado a las puertas de la seccional.

Volví al hotel con ganas de encerrarme en mi habitación, pero Juan, el encargado indio, me hizo señas para que me acercara. Que me anduviera con cuidado, dijo, que la gente del pueblo estaba medio nerviosa. Le dije que sí, que lo había notado, y le pregunté si era por el chupacabras, por los perros que ese monstruo había matado.

«Es absurdo creer que fue el chupacabras —me dijo Juan—: esto es obra de un ser de otro mundo.»

No tuve ánimos para seguir la charla. Dije simplemente que sí, que podía ser lo que él decía, y me apuré a seguir el camino hasta la habitación.

El desorden era el mismo que yo había dejado al momento de salir. Me eché en la cama e intenté distraerme, una vez más, con la revista de Lucre. Leí una nota —un fragmento de nota, mejor dicho— sobre el ocaso de los barrios privados en las grandes ciudades, su caída en desgracia. La nueva tendencia aconsejaba la vida en comunidad, en lo que llamaban «barrios abiertos», donde uno podía establecer relaciones más humanas entre pares. El cansancio y la dispersión no me permitieron asimilar los argumentos esenciales de la nota. Estaba a punto de entregarme a un sueño liviano, una simple cabeceadita, cuando golpearon la puerta. Golpearon a lo bruto.

Abrí y me topé con la cara de Juan. A diferencia de sus golpes, a él —a su expresión— se lo sentía tranquilo. Aun así sus palabras me revolviaron el estómago:

«Ahí está su mujer —dijo—: parece que la violó el chupacabras.»

No sé por qué, quizá por el embotamiento, lo que me salió decirle fue que eso era imposible, si él no creía en el chupacabras.

De mí pueden decirse muchas cosas. Que no soy del todo valiente, o que me asusto fácil; que soy inquieto, por no decir histérico; que soy intolerante y hasta un poco remilgado..., pero la verdad —aquello que yo siento como una verdad— es que mi comportamiento apunta siempre a encontrar una armonía. Las cosas suceden luego de maneras que no podemos controlar, por mucho empeño que pongamos.

En el hall, Lucre bebía agua de un vaso de plástico y mantenía la vista apuntando al techo. Había algo raro en su aspecto; en principio, que estaba muy despeinada. Lo más perturbador, sin embargo, eran los tres hombres junto a ella: el del taller mecánico que había golpeado mi auto, el del rastrillo en la seccional y el policía más viejo, aquel que dirigía al grupete de cazadores.

Caminé apurado hacia mi mujer, pero el policía se interpuso: «Soy el oficial Ruchi —me dijo y señaló a Lucre—: está en situación de shock». Me quedé quieto entonces, como si las palabras de aquel extraño contuvieran el grado de lógica que, desde mi llegada, yo venía reclamándole a

Campo del Cielo.

El oficial me agarró de un brazo y me llevó aparte. Vi que el mecánico abanicaba a Lucre con un almanaque de cartón, vi el retrato o bien el dibujo del meteorito que ilustraba el almanaque y recordé, por un instante, el motivo original —el único motivo— de mi viaje.

«La encontramos perdida en medio del monte —me dijo, en voz baja, el policía—. Le dio un golpe de calor y se desorientó, a duras penas pudo decirnos que se alojaba acá.» Antes de irse, Ruchi me dio un apretón de manos y, en tono aleccionador, me sugirió que cuidara mejor a mi mujer. «Esta zona es más peligrosa de lo que parece.» No me dio tiempo a contestar, a decirle que no tenía derecho a venirme con el cuento aquel, a pretender darme consejos. Se dio vuelta y salió a las apuradas. Detrás de él, y no sin antes dedicarme una mirada que sentí socarrona, salió el tipo del rastrillo.

El mecánico, en cambio, se acercó y me entregó el almanaque. «No crea lo que le dicen —me sugirió; su voz sonaba rastrera, como la voz de una persona medicada—. No fue el calor: a su señora la violó un chupacabras.» Después sí salió detrás de los otros dos hombres.

Me dio lástima Juan. El chico se sentía responsable. Quise tranquilizarlo, que no era por su culpa ni por el hotel que nos íbamos: era por mi mujer, que algún médico tenía que verla pronto. Entre mareos y arcadas, Lucre me decía que no era para hacer escándalo, que lo suyo era una mera descompostura. Pese a su estado, al fin se la veía de buen humor, como feliz de verme nervioso.

«El chupacabras...», decía y me rozaba el pantalón con una mano laxa, mientras yo la conducía hacia el auto. Dejó escapar también un par de carcajadas que, mucho más que a mí, inquietaron a Juan. «Qué cosa más rara», decía el chico y se hundía, como antes, un dedo en la nariz. Por si acaso, antes que un apretón de manos preferí palmearle la espalda.

Subí al Fiesta y arranqué. Me quedaba un resto de ganas de llorar, pero la risa de Lucre —que mezcló con unos eructos decididamente masculinos— hizo que me contuviera.

A la salida del pueblo, apenas ingresados a la ruta, nos frenó un retén policial: ahí estaba, como no podía ser de otra manera, el oficial Ruchi. «Qué sorpresa», dijo, pero la verdad es que no se lo veía sorprendido. Señaló el faro roto, el espejo caído y a Lucre, que no se había puesto el cinturón. «¿No le dije que la cuide mejor a su mujer?», preguntó.

Pensé que ya no aguantaría, que ahora sí dejaría escapar el torrente de lágrimas, pero Ruchi se apiadó. Que era comprensible, dijo, que el calor de Campo del Cielo es bravo para gente que no está acostumbrada. Acarició con un dedo el retrovisor —que colgaba enganchado de unos cables— y metió la cabeza por la ventanilla. Miró a Lucre y le dedicó una sonrisa amplia, que dejó a la vista su dentadura enorme y blanca. «Vuelvan pronto —dijo—, en Campo del Cielo siempre serán bien recibidos.»

El artista de otro mundo

Para Juan Puyó

Juan Prause era el artista del pueblo y, por ese motivo entre otros, era poca la gente que lo soportaba. Decían que se daba aires de importancia, que saludaba cuando quería y que, en definitiva si era tan distinto a los demás como él mismo insinuaba, no era posible que viviera en este pueblo miserable. El pueblo miserable del que hablaban era Campo del Cielo y lo cierto es que, como todo artista que se precie, Juan Prause renegaba pero a la vez encontraba allí mismo su fuente de inspiración. Su madre, la madre de Juan Prause, coincidía con los vecinos: «Si tanto te disgusta esta tierra —le decía—, armate un bolso y mandate a mudar». Juan Prause reía a carcajadas con los dichos de su madre, pero en el fondo —y no tan en el fondo— sus palabras lo lastimaban.

Juan Prause tenía problemas de obesidad y, por supuesto, no le gustaba que la gente se burlara. «Que digan de mí lo que quieran —decía—, pero no de mi enfermedad.» En su problema incidían dos cuestiones: por un lado, la genética —era hijo de padres obesos— y, por el otro, la mala vida, su adicción a los carbohidratos, a la coca cola y al cigarrillo. La india Rosita era la persona con la que hablaba de estos asuntos. Desde hacía muchos años —mucho antes de que Juan Prause naciera— que Rosita vendía torta-parrilla en un puesto que instalaba, cada mañana, a pasitos de la casa de Juan Prause. El artista del pueblo compraba dos o tres tortas cada día, que comía ahí mismo, mientras hablaba con Rosita. «La gente es muy malintencionada», decía Juan Prause, y la india Rosita asentía y colocaba nuevas porciones de torta a las brasas. Desde la casa, llegaba el grito de su madre, que le avisaba a Juan Prause que el desayuno estaba servido.

Una vez, en la escuela, la maestra llevó a Juan Prause y a sus compañeros a visitar el parque de Campo del Cielo. A enseñarles sobre los meteoritos que hay en ese parque y sobre los cráteres que formaron esos meteoritos al caer. Les habló de la lluvia de meteoritos que miles de años atrás asoló el pueblo y lo dejó así, lleno de esos pozos. Fue una suerte, dijo la maestra, que en aquella época no hubiera hombres sobre esta tierra. Los alumnos estuvieron de acuerdo, pero el niño Juan Prause quiso saber por qué no había hombres. A lo que su maestra simplemente lo mandó a callar. Después les contó, la maestra, del mito indígena que dice que en realidad los meteoritos no son otra cosa que fragmentos de sol. Que el deber del hombre es unir esos fragmentos y hacerlos llegar al cielo. El niño Juan Prause quiso saber entonces para qué había que unir esos fragmentos. La maestra no se anduvo con rodeos: le dijo que no tenía la menor idea, pero que si tanto le interesaba, que fuera y que hablara con los indios.

El niño Juan Prause hizo caso y, a la mañana siguiente de aquella visita al parque de

meteoritos, fue y habló con la india Rosita. Por qué es necesario, preguntó, unir los fragmentos de meteorito y hacerlos llegar al cielo. La india Rosita se tomó su tiempo para responder. Antes de hacerlo, encendió un cigarrillo y le dio dos buenas pitadas. Y luego quiso saber quién le había dicho al niño Juan Prause semejante pavada. Juan Prause se lo dijo: fue la maestra. La india Rosita respondió entonces que, como muchos en ese pueblo, su maestra era una ignorante. No hubo ninguna lluvia de meteoritos, dijo Rosita. Nunca. En ningún lado. Los meteoritos, explicó la india, no han caído del cielo: los meteoritos brotan de las entrañas mismas de esta tierra. Una vez que lo dijo, arrojó su cigarrillo al suelo y lo aplastó con la suela de su alpargata. Juan Prause, a su lado, comía su torta-parrilla y meditaba sobre aquellas palabras de la india.

Cuando más tarde volvió a hablar con su maestra sobre el tema, la maestra le dijo que aquello era evidencia de que no podía confiarse en los indios. Son gente taimada, dijo, ventajeros. Y así como así dio por saldada la cuestión. El niño Juan Prause, desde luego, no podía quedar satisfecho con ese argumento. Además él conocía bien a Rosita y estaba seguro de que de ella podían decirse muchas cosas, pero nunca que fuera mentirosa. Dos compañeros de escuela que le tenían poca estima vieron en su interés por los meteoritos un motivo para molestarlo. Le ofrecieron visitar juntos el parque y hacer una investigación exhaustiva. «Hasta conocer la verdad», le dijeron. A Juan Prause le pareció un plan estupendo. Sobre todo le gustó que alguien hablara con él. Una tarde de aquellas, una típica tarde calurosa de Campo del Cielo, Juan Prause y sus dos compañeros partieron rumbo al parque. Una vez allí, revisaron minuciosamente los meteoritos emplazados, los tocaron, les calcularon el peso y el tamaño. Media tonelada, dijo uno. Diez toneladas, dijo otro. ¡Mil toneladas!, gritó Juan Prause, dando muestras de su temprana grandilocuencia. Se llegaron luego al pie de un cráter. Era de los menos profundos y por lo tanto las autoridades del parque no habían visto la necesidad de cercarlo. Midamos la profundidad, propuso Juan Prause, pero sus compañeros estaban ya bastante hartos de dar vueltas alrededor del parque, de sus meteoritos y sus cráteres. Y estaban hartos, sobre todo, de Juan Prause. Cuando Juan, ingenuo y ensimismado como él solo, se asomó al cráter más de lo debido, bastó que uno de sus compañeros le apoyara una mano apenas pesada en la espalda para que el futuro artista del pueblo desbarrancara. Cayó como un saco lleno de piedras. Un revolcón soberano. Quedó tendido allá abajo, sucio de tierra, las rodillas y los codos pelados. Quiso gritar, pero en vez de un grito le salió un llanto a borbotones. Sus compañeros emprendieron la huida y lo dejaron ahí, a merced de sí mismo. El niño Juan Prause lloró, de rabia y vergüenza más que de dolor. Hizo el intento de trepar, pero el pobrecito era muy torpe. Como mucho si lograba ganar un metro antes de volver a caer. Lo intentó seis veces hasta que se dio por vencido. Abrió la boca llena de tierra y soltó, ahora sí, un grito desgarrado en dirección al cielo. Pronto pasó la tarde y así cayó la noche. Juan Prause sabía ya que, por lo menos hasta la mañana siguiente, no saldría de aquel horrible pozo.

Lo sacó un viejo encargado del parque. Un hombre que el niño Juan Prause había visto muchas veces dando lástima en los almacenes del pueblo. Se llamaba de apellido Tapia, pero todos le decían Tape. El Tape era un hombre callado y serio y, según algunos, afecto a la bebida. Su trabajo era mantener a raya la vegetación del parque, una vegetación nada difícil, puesto que el clima de la zona es más bien árido, por lo que su trabajo, mucho más que contener, suponía avivar a las pobres plantas que a duras penas subsistían. En todo caso, a lo que el Tape más se abocaba era a cuidar el parque de los vándalos y de los animales salvajes. También, según él, a cuidarlo de la cantidad de criaturas de este y de los otros mundos que invadían Campo del Cielo. Por eso, cuando descubrió al niño Juan Prause lloriqueando enloquecido en aquel cráter, creyó en principio que se trataba de alguna criatura de aquellas. Y así fue que del susto pasó a la risotada

más grotesca. Sin dejar de reír, fue en busca de una soga que lanzó luego a Juan Prause. Nadie me lo va a creer, decía el Tape mientras tiraba de un extremo de la soga y Juan Prause se aferraba al otro extremo. Esto sí que nadie me lo va a creer. Y en eso el Tape tenía razón, porque era muy poca la gente que se lo tomaba en serio. Ganaba siempre su fama de borracho. Tiró y tiró de la soga y arrastró al niño por la tierra dura y seca de que estaban hechas las paredes de aquel cráter. Y así el llanto quedo del niño Juan Prause y la bruta risa del Tape se fundieron en la mañana bochornosa de Campo del Cielo.

Por supuesto, el niño que el Tape sacó del pozo ya no era el mismo que había caído. Después de las burlas del Tape, el niño Juan Prause caminó de vuelta a casa y una vez ahí tuvo que soportar la indiferencia de sus padres. Los había imaginado presas de una terrible preocupación, inquietos, desesperados en la búsqueda de su hijo. Sin embargo, ahí estaban los dos, echados en silleas tomando mate y comiendo pan con manteca. Menos crueles le resultaron las risas del Tape. Así fue que, tras limpiarse un poco el pegoteo de tierra que le cubría la piel, y tras frotarse jabón sobre las heridas, el niño Juan Prause tomó unos pesos de la alacena y caminó luego en dirección a la india Rosita. Pagó tres tortas y se quedó de pie junto a ella. Y qué, le preguntó Rosita, averiguaste más sobre los meteoritos. Sin dejar de masticar, la boca llena de masa, el niño Juan Prause miró fijo a la india y le dijo que sí, que lo había descubierto todo: los meteoritos no eran más que una grandísima estupidez, una gran mentira. La india Rosita, entonces, prendió un cigarrillo, dio unas pitadas y dijo que sí, que en eso estaban muy de acuerdo.

Algunos en el pueblo decían que Juan Prause era muy hablador, que no se callaba nunca. Otros decían exactamente lo contrario, que Juan Prause era mudo o que, por lo menos, se hacía el mudo. Es comprensible. Juan Prause pasaba temporadas de plena verborrea y otras de exasperante mutismo. La mudez se correspondía con sus etapas de creación, cuando el artista del pueblo se ensimismaba, cuando se alejaba del común de los mortales y en su mente se cruzaban las ideas más disparatadas o bien las más geniales. En cambio, era cuando se le daba por exponer esas mismas ideas que se ponía pesado y hablador, de un carácter ya medio afectado. Así era como lo conocía, por ejemplo, el intendente de Campo del Cielo, que al menos una vez al año tenía que soportar las arremetidas de Juan Prause, que se llegaba hasta las dependencias municipales y, presa del entusiasmo, se embarullaba explicando sus propuestas artísticas. El intendente, resignado, lo dejaba hablar y, casi siempre, le decía que sí, que avanzara con todo, que la intendencia y el pueblo estaban a su disposición. No era porque sí esta buena voluntad del intendente; había mucho de culpa en sus permisos a Juan Prause: el intendente había sido, ni más ni menos, el niño que empujó a Juan Prause hacia las profundidades de aquel cráter milenario en el parque de meteoritos. De alguna manera el intendente se sentía responsable de la criatura que ahora se había convertido en el artista del pueblo y a quien, paradójicamente, el pueblo miraba con tanto recelo.

La primera gran ocurrencia de Juan Prause fue utilizar el salón municipal para exponer las especies animales típicas de Campo del Cielo. Con ayuda del Tape, el inoxidable cuidador del parque, pasó dos meses de cacería hasta hacerse de una colección de animales lo suficientemente amplia como para dar un panorama posible: cazaron un coatí, un hurón, una nutria, un zorrino, un zorro, una víbora yarará, un tatú mulita, una corzuela, un chanco salvaje, un oso hormiguero y un tapir. Les quedó la espina, sin embargo, por no haber dado con un felino; no digamos un yagareté,

pero sí un gato montés, un puma, que eran las principales motivaciones de Juan Prause. Fue así que el artista del pueblo se contentó armando figuras de felinos en cartón madera, un procedimiento que —una vez vistos los resultados— podría haber empleado desde un principio, ahorrándose los padecimientos de la cacería. Eso fue, al menos, lo que planteó el Tape. Pero la idea de Juan Prause era otra: con los cadáveres de esos animales expuestos en el salón municipal, el artista pretendía ofrecer un mensaje contra la caza furtiva. La exposición de esos animales, bruta y dispuestos aquí y allá, debería persuadir a los cazadores, enseñarles la barbarie intrínseca de aquella actividad. «Es lo que provoca —dijo Juan Prause— la irrupción de un elemento determinado en un ámbito que no es el suyo. Es el arte, en definitiva.» Pese a la confusión y al trastorno que generó la semejante exposición entre los vecinos, el intendente la sostuvo y hasta ofreció recursos —una partida de cazadores bien pertrechados— para completar la muestra de animales. Pero no hizo falta. Para ese momento, Juan Prause ya estaba con nuevos asuntos en la cabeza.

Una vez se le dio por pintar apareamientos. Animales de cualquier especie en pleno coito. El intendente financió la compra de óleos y lienzos, sobre los cuales Juan Prause trabajó incansablemente durante meses. Fue quizá su etapa de mayor esplendor artístico, aunque también la de menor repercusión. Muy pocos en el pueblo captaron el mensaje en aquellas obras —un mensaje que, por cierto, el artista no se preocupó esta vez en explicitar—; se dijo, tan solo, que Juan Prause era un pobre gordo depravado. El artista dio entonces una vuelta de tuerca a su exposición y agregó pinturas con apareamientos entre miembros de distinta especie. Un zorro y una corzuela, un mono y un puma, un tapir y un hombre... Más que escándalo, la obra de Juan Prause empezaba a ser motivo de diversión. Él hacía de cuenta que los comentarios le resbalaban, que eran producto de la ignorancia y de la poca disposición del pueblo hacia las artes. Pero lo cierto es que, dentro de él, empezaba a reclamar algún reconocimiento. Lo habló con la india Rosita, mientras fumaba cada uno un cigarrillo, y la india le dio la razón: «Este pueblo —le dijo— está repleto de ignorantes. La gente come mal, se alimenta de manera torpe, y si uno mete en su cuerpo cosas que su cuerpo no está preparado a recibir, uno acaba entonces por actuar mal, por hablar mal, por vivir mal». Dicho lo cual Rosita se llevó el cigarrillo a la boca y le dio una larga y profunda pitada, al punto que Juan Prause admiró el poder de su organismo —del organismo de Rosita, por supuesto— para asimilar aquel compuesto de humo y nicotina.

Al año siguiente, Juan Prause inauguró en el salón municipal una exposición de cuerpos indígenas: seis indios de la etnia qom, tres mujeres y tres varones de distintas edades, vestidos con su ropa habitual y cercados por una cuerda, que se ofrecían expuestos cual obras de arte. El artista llamó a su muestra *Mente sana en cuerpo sano*. Se trataba, según dijo, de una vuelta al origen, un homenaje a las culturas originarias y a toda su sabiduría. El trabajo de los indios durante la muestra era mirar fijo a los espectadores, de ser necesario perseguirlos con la mirada. Juan Prause estableció un horario de visita: de nueve de la mañana a doce del mediodía, de cinco de la tarde a ocho de la noche. También consiguió que el municipio les pagara a sus modelos un estipendio a manera de jornada laboral. La muestra incomodó al intendente, que por primera vez intentó persuadir al artista. Lo instó a que optara por la pintura, a que encarara el homenaje —si es que de eso realmente se trataba— de otro modo. Pero Juan Prause estaba convencido. Contaba, además, con el apoyo y visto bueno de la india Rosita: «Si a tu pueblo —le dijo la india— le molesta mirar a un indio de frente, es porque el tuyo es un pueblo culposo». Con la muestra *Mente sana en cuerpo sano*, Juan Prause pretendía curar de culpa a Campo del Cielo.

Un día el pueblo despertó horrorizado: esparcidos por las calles, abiertos en canal, aparecieron cantidad de perros muertos. Alguien dijo treinta, pero hubo quien llegó a decir que fueron al menos cien perros muertos. Nadie supo explicar semejante estropicio. Hablaron, apenas, de almas inocentes víctimas de una mente enferma. Desde el municipio, y con apoyo de la policía, se iniciaron las averiguaciones pertinentes. Un rastrillaje legendario en busca de pistas, de cualquier cosa que permitiera dilucidar el caso. Hubo acusaciones al voleo —algunos señalaron al Tape, «viejo borracho y resentido»—, pero lo cierto es que no se llegó a nada. Cuando la cuestión amenazaba con caer en el abandono, alguien habló de un chupacabras, esa criatura mítica que habita las zonas rurales. Que un chupacabras, dijeron, había sido visto en los montes de un pueblo vecino. La flacura del ganado, la miseria general, hacen que el chupacabras se arrime a las zonas urbanas y se arregle con lo primero que tiene a mano. Y los perros siempre están ahí, como a la orden del día. Si bien al intendente la historia no le cerraba —y mucho menos que se hablara de miseria—, organizó una cuadrilla de hombres que, con armas y rastrillos en mano, salió en búsqueda de la bestia en cuestión. Se revisaron casas, ranchos, gallineros y galpones, hasta los rincones más ocultos del pueblo. Se establecieron guardias y se propuso el entrenamiento de perros de caza que vengaran la muerte de sus compañeros de especie. En esa faena estaba el pueblo cuando alguien —pero quién— cambió el eje de la búsqueda: que no había sido un chupacabras, sino lisa y llanamente un extraterrestre. Que Campo del Cielo —y muy probablemente los pueblos vecinos— eran territorio de patrullaje alienígena. La matanza de perros no es otra cosa que un aviso, dijeron: los próximos seremos nosotros. Esta vez el intendente decidió cortar la investigación, las cosas se salían de cauce y la vida en el pueblo podía complicarse. Pero no había lugar donde no se hablara del tema. En las iglesias, en la escuela, en el almacén, en las casas, en los dos míseros bares, la inminencia de un ataque extraterrestre era la cantinela obligada. Durante todo ese tiempo, Juan Prause prefirió mantenerse callado. No habló ni siquiera con la india Rosita.

Con ayuda del Tape, Juan Prause llenó de herbicida una veintena de bidones de cinco litros cada uno. Sesenta litros de herbicida financiados por el municipio. Cargaron los bidones en dos carretillas —una carretilla para Prause y otra para el Tape— y en plena noche se internaron en los campos de un vecino acaudalado de Campo del Cielo. Sumaron al equipamiento quince metros de sogas y una estaca de madera y anduvieron por el breve monte hasta dar con un amplio claro. Césped reluciente y terreno plano y uniforme. Juan Prause y el Tape clavaron la estaca en un punto determinado del terreno y le ataron un extremo de la soga. Con el extremo libre en una mano, el Tape caminó hasta llegar al punto de tensión de la soga. Una vez allí, se ató la soga alrededor de la cintura. Juan Prause le llevó un primer bidón de herbicida y el Tape empezó a caminar y a desparramar herbicida sobre el pasto. Cuando un bidón se vaciaba, Juan Prause ya le tenía preparado el siguiente, de manera que el Tape no cortara su caminata. Repitieron el procedimiento tres veces, clavando la estaca en distintos puntos del terreno, hasta vaciar los bidones. No se dijeron una sola palabra. Se escuchaban nomás las risotadas del Tape y, muy de fondo, el sonido del herbicida cayendo sobre el pasto. Ya para el amanecer era posible divisar las marcas, los tres enormes y perfectos círculos de pasto quemado.

El dueño de aquellos campos era de apellido Ruchi y era también el comisario del pueblo. Junto al intendente, Ruchi había encabezado la investigación sobre los perros muertos. El incidente, su irresolución, lo había dejado mal parado. Uno de sus peones fue quien se apersonó en la comisaría para dar aviso de las marcas en el pasto del terreno. «Unos redondos enormes», dijo el hombre. Hacia el mediodía llegó Ruchi hasta el lugar. Vio los tres círculos que formaban, a

su vez, un gran triángulo y le dijo al peón que no hablara del tema con nadie. El peón le dijo que no se preocupara, que nadie se iba a enterar. Pero para ese momento el hombre ya había dicho, por aquí y por allá, por todo el pueblo, que en los campos de Ruchi había marcas de nave espacial.

A los pocos días, Campo del Cielo era ya un hervidero de gente, entre periodistas, turistas y ufólogos llegados de todo el país para estudiar la veracidad de la cuestión. De un pueblo vecino alquilaron una avioneta que, por unos pocos pesos, hacía lo que llamaban «el recorrido de los ovnis». Al intendente, en principio, aquello le pareció una vergüenza: se tomaban su pueblo para la chacota. Pero una vez que vio las posibilidades económicas que el asunto ofrecía, se puso a la cabeza de su explotación. Mandó diseñar un logotipo del pueblo, un logo que resaltara a Campo del Cielo como ruta extraterrestre. El resultado fue bastante obvio: el triángulo formado por los tres círculos de pasto quemado y por debajo el nombre del pueblo escrito en letras un poco estrambóticas. Se estamparon gorros y camisetas con aquel logo y, en acuerdo económico con Ruchi, se organizaron paseos de inspección a sus campos. Juan Prause y la india Rosita compartían, como siempre, cigarrillos y torta-parrilla y hablaban mientras tanto de lo rara que es la gente. «Los extraterrestres siempre existieron —decía Rosita—, este lugar está lleno. No se entiende que ahora estén todos así, tan locos por esos redondos.» Juan Prause, en cambio, opinaba que no era tan difícil de entender: «Es el arte —decía—, el arte aflige a las personas. Por eso andan así, como tarambanas».

Fue unos días después que el comisario Ruchi no fue a trabajar. Nadie se hizo mucho drama, Ruchi hacía esas cosas. Bien podía ser que la noche anterior se hubiera empedado o que simplemente estuviese con gripe. Pero pasó ese día y al siguiente tampoco se supo nada del comisario y, llegado ya el fin de semana, empezaron a decirse cosas. Fueron a buscarlo hasta su casa, pero no encontraron a nadie. «Estará en los campos», se preguntaron, y tardaron un día más en decidirse a buscar por ahí. Pero en la zona de los campos —donde el comisario tenía otra casa y sus plantaciones de soja— tampoco hubo caso. Encontraron, sí, un enorme galpón lleno de autos. Autos nuevos, autos viejos, algunos pura chatarra, otros desguazados. Los dos empleados de Ruchi —que se presentaron como cuidadores de la propiedad— tampoco supieron aportar datos que sirvieran, ni sobre el paradero del comisario ni sobre el origen de tantos automóviles. De todos modos, el intendente ordenó que se los detuviera hasta que confesaran algo, lo que fuera. «Nadie desaparece así de un día para otro», dijo el intendente. Pero Leiva, un oficial de policía segundo de Ruchi, le contestó que, habiendo un galpón lleno de autos de por medio, cualquier cosa era posible.

A Juan Prause la suerte de Ruchi lo tuvo sin cuidado hasta que le escuchó decir al Tape que al comisario se lo habían llevado los extraterrestres. «Por jodido —argumentó el Tape—: de tanto buscar, Ruchi habrá encontrado algo y los tipos se la están haciendo pagar». Juan Prause le dijo al Tape que se estuviera listo, que de un momento a otro saldrían a buscar al comisario. También se lo anunció al intendente: «Una mirada artística —le dijo— puede ver cosas más allá, puede ver lo que otros no ven». El artista dijo aquello en el municipio, en medio de una reunión llamada de urgencia para afrontar los acontecimientos extraños que asolaban al pueblo. Había muchos vecinos en esa reunión, hombres y mujeres que escucharon a Juan Prause con desdén, sarcasmo y resentimiento. Cuando el artista pidió dinero y equipamiento para emprender una investigación

por su cuenta, se levantaron ya sin contención las voces en su contra. Entre otras cosas, lo trataron de farsante, de oportunista y de gordo mugriento. El oficial Leiva quiso golpearlo. «Con eso no se jode —dijo—: Ruchi era como mi hermano.» Tuvieron que frenarlo entre cuatro vecinos para que la cosa no llegara a mayores. Juan Prause, sin embargo, no se preocupó. Una vez cerrada la reunión —y sin que se decidiera el paso a seguir— el intendente lo llevó aparte. «Estas cosas me las tenés que pedir en privado», le dijo y puso a disposición del artista el dinero y los medios que pedía para encontrar al comisario.

Juan Prause no encontró a Ruchi. De noche, junto al Tape, se internaron una vez más en el monte. Iban pertrechados con overoles y cascos de minero. También llevaban rifles cruzados en bandolera, un detector de metales y un dron que el intendente encargó a la ciudad. Al dron lo llevaban empaquetado y, aunque el Tape se cansó de preguntar, Juan Prause nunca llegó a decirle para qué pensaba usarlo. «De golpe —contaría el Tape más tarde—, las luces de los cascos se apagaron y se hizo una oscuridad terrible.» Dijo el Tape que no vio nada, pero que escuchó el grito espantoso de Juan Prause. El Tape se quedó quieto en su lugar hasta que, así como se habían apagado, las luces de los cascos volvieron a encenderse. «Pero el casco de Juan Prause —dijo el Tape— estaba vacío, tirado ahí alumbrando el suelo.» El Tape lo llamó, primero en susurros y después ya con un simple alarido, pero nadie le respondió. No había siquiera los ruidos típicos del monte. «Antes que me secuestraran a mí —pareció excusarse el Tape—, me mandé de vuelta para mi casa.» Nadie en el pueblo se tomó en serio el cuento. Si antes ya no le llevaban el apunte, ahora mucho menos. Pero lo cierto es que tampoco volvió a saberse algo de Juan Prause. Y a nadie le interesó salir en su búsqueda. Del artista de Campo del Cielo quedaron apenas unos lienzos que, una tarde y tras una minuciosa jornada de limpieza, un empleado municipal guardó en el depósito, así a la buena de Dios. Cada tanto aparecen en los campos nuevos círculos de pasto quemado y entonces los vecinos del pueblo elevan, instintivamente, la mirada hacia el cielo.

Jorgelina

La cantora de nuestro pueblo se llama Jorgelina. Canta en fiestas de cumpleaños, en bautismos, casamientos y también en actos oficiales. Canta donde la llamen. Si bien es joven —no pasa de los treinta—, su trayectoria es importante. Un poco gracias al entusiasmo de su padre, que se llama Brodsky, es dueño de un ramos generales y muy pronto percibió las dotes artísticas de Jorgelina y la motivó a sacar provecho de ellas. Pero también otro tanto gracias al convencimiento de los vecinos del pueblo, que aceptaron de buena gana que Jorgelina fuera considerada la cantora oficial.

La especialidad de Jorgelina son los ritmos folclóricos, con la zamba y la chacarera a la cabeza. La zamba y la chacarera son los ritmos predilectos de nuestro pueblo, y son muy pocos los vecinos que alguna vez no los frecuentaron, ya sea en el canto, en el baile o en el manejo de algún instrumento. Jorgelina hace las tres cosas y puede que en eso resida su ventaja sobre los demás. Porque a decir verdad, si uno se dedica apenas a buscar, encontrará gente capaz de entonar canciones mucho mejor —o mucho más afinado— que nuestra querida Jorgelina.

Por supuesto, nadie se atrevería a decir tal cosa en público. Lo aceptado ya fue aceptado. Y aunque puertas adentro la gente admita que Jorgelina no es la mejor cantante, también es cierto que ella, como bien decíamos, reúne aquellas tres habilidades: canta, baila y toca el bombo.

Y además cuenta la actitud, el carisma de nuestra cantora, que arrasa con cualquier sombra de duda acerca de su condición. Porque cuando la vemos actuar no podemos más que entregarnos a su canto, a su baile, a su ritmo.

Dice su padre que Jorgelina tenía cuatro años y él, guitarra en ristre, la emprendió con una versión de «Luna cautiva». Cuando quiso darse cuenta, la voz chillona de Jorgelina se había unido a su vozarrón y —siempre según Brodsky— consiguieron juntos una interpretación maravillosa. «El día que Jorgelina repita aquella actuación —dice él, muy convencido—, debería retirarse del canto.»

La primera actuación en público llegó unos años después. Fue durante el cumpleaños de un pariente, un tío o una tía, ya ni su padre sabría precisarlo. Y fue Brodsky —quién si no— el encargado de amenizar aquella celebración, una fiesta de esas que se extienden a lo largo de toda una jornada. Mucha comida y mucho alcohol. También muchos invitados. Promediando el asunto, Brodsky se calzó la guitarra y, apenas hubo ofrecido los primeros rasguidos de «Entre a mi pago sin golpear», la voz de Jorgelina se impuso al bochinche ambiente y atrajo toda la atención hacia ella.

De la incredulidad, la parentela pasó a la plena euforia, a vitorear el atrevimiento de aquella niña que, tan naturalmente, se lanzaba a ofrecer su mayor virtud. Aunque —todo hay que decirlo— Brodsky había planeado al detalle la entrada de Jorgelina. Habían hecho una semana de ensayos intensivos.

En horas de la siesta —cuando al ramos generales no entraba más que el eterno polvo del pueblo—, Brodsky llamaba a su hija y daban rienda suelta al entusiasmo cantor de la niña. No podía Brodsky evitar que entre tema y tema se le escapara un lagrimón. El mismo lagrimón que dejaría escapar cada vez que Jorgelina daba —lo que él entendía— un nuevo paso en su carrera

musical.

La madre de Jorgelina, la pobre Julia, había muerto joven, cuando Jorgelina apenas se iniciaba en el canto. Ese era un gran motivo de congoja para Brodsky, que de repente asumía cada interpretación de Jorgelina, cada canción, como homenajes a la esposa y madre muerta.

Se decía en el pueblo que Brodsky había tenido alguna responsabilidad en la muerte de Julia. Que minimizó la diabetes de su mujer, o que simplemente no le llevó el apunte. Que ocupado como estaba en alentar las virtudes de su hija, menospreció los achaques de la enfermedad. Y que tampoco Julia —atenta siempre a las necesidades de su hija y de su marido— se preocupó cuando en su primera gran indisposición le aconsejaron el cuidado en las comidas.

A Brodsky le dio gracia: «Alto el azúcar —dijo—: ya no saben qué inventar».

La pobre Julia se fue apagando, de a poco pero persistentemente. Cocinaba según el apetito de su marido —que siempre elegía platos inadecuados para ella— y se guardaba hasta donde le era posible de manifestar esos dolores silenciosos propios de la diabetes.

Aun cuando sobrevino la amputación de un pie, Brodsky siguió en sus trece, como quien mira para otro lado mientras el mundo a su alrededor se cae a pedazos.

Julia murió una mañana de septiembre. Su agonía fue, de alguna manera, discreta, en contraste con los gritos de su hija que —mientras ella, Julia, deliraba por lo bajo entre dolores de cabeza, dolores hepáticos y en las articulaciones— parecía inflarse de aire verso a verso, zamba tras chacarera.

En la ceremonia de velorio —celebrada ahí mismo, en el comedor de la casa familiar—, Brodsky hizo que su hija cantara, a capela, la «Zamba para decir adiós». Fue tan buena la interpretación de Jorgelina, que la gente que se acercó a despedir a Julia le pidió que la repitiera. A la cuarta vez, Brodsky entendió que mejor sería agregar otras canciones y, en susurros y a modo de sugerencias, le fue señalando a su hija con qué canciones seguir.

Así el velorio se extendió hasta bien entrada la noche y, cuando Jorgelina necesitó descansar, otros cantores se ocuparon de amenizar la ceremonia. Pero desde luego, ninguno consiguió llegar a los talones de la hondura interpretativa de la cantora del pueblo.

¡Qué loca se pone Jorgelina cuando el público se dispersa! Empieza por elevar el tono de voz y, si la cosa no da resultado, ensaya unos carraspeos grotescos —un ruido ronco que pareciera salido de sus tripas—, carraspeos que obligan a los eventuales dispersos a devolver su atención al escenario o a donde sea que Jorgelina se encuentre cantando. Si aun así el público no responde como es debido, Jorgelina es capaz de cortar abruptamente el canto y señalar al responsable o los responsables de la afrenta; se viven entonces momentos de tensión y de gran bochorno. Y peor aún si los señalados no tienen reparo en atender las amenazas de la cantora. Ocurre por lo general cuando ha corrido mucho alcohol y la, por llamarla de algún modo, química entre artista y público se desvanece. Lamentablemente, es algo que ocurre cada vez más a menudo, y en más de una ocasión ha sido imprescindible que intervengan personas capaces de enfriar los ánimos caldeados. Claro está que Brodsky no es una de esas personas.

Custodio natural y exacerbado del derrotero artístico de su hija, Brodsky ha sido responsable de penosas reacciones: abrió de un botellazo el cuero cabelludo de un muchacho de catorce años; partió una silla de madera sobre la espalda de una mujer; amenazó de muerte al intendente de un pueblo vecino, y otras cosas más o menos graves. Y siempre por defender el honor de Jorgelina, mancillado según Brodsky, cada una de esas veces, por la grosería de —lo que él llama— los crotos de siempre.

Cuando Jorgelina cumplió trece años y cantó el himno nacional para despedir a su promoción de escuela primaria, un par de sus compañeros cometió la tontería de simular —en plena interpretación de la cantora— unos aullidos de perro. Bastó que ella cortara el canto y los señalara para que Brodsky —apenas finiquitado el acto de colación— emboscara a los muchachitos a la salida de la escuela. No los castigó, sin embargo, como se hubiera creído. Les habló de Jorgelina, de lo mucho que Jorgelina trabajaba para convertirse en la cantora oficial del pueblo, de la pena que inspiraba su canto, de la madre perdida, del cuidado con que elegía su repertorio, les habló largo y tendido hasta asegurarse de que aquellos chicos captaban el sentimiento que él ponía en cada palabra, en cada confesión. Hasta tal punto y tan sinceramente les habló Brodsky, que acabó por largarse a llorar. Lloró como un niño.

Los dos compañeros de Jorgelina se miraron sin saber qué hacer. Uno optó por escapar; desapareció en cosa de segundos y de una corrida. El otro se quedó ahí, frente a Brodsky, y cuando la situación ya no dio para más, se arrimó y le dio un abrazo. Brodsky, entonces, lloró aún más fuerte. Lloró sobre el hombro de ese muchachito.

Ese muchachito era yo. Y no sé si fue a causa del cuento de Brodsky o qué, pero la cuestión es que con el tiempo me enamoré perdidamente de Jorgelina.

Aunque en principio hubo una como desconfianza, muy pronto Brodsky aceptó de buena gana que yo empezara a trabajar como asistente de su hija. Mis padres tampoco pusieron obstáculo; de hecho les gustó que planeara una actividad para mis vacaciones de verano en vez de andar a la deriva como andábamos todos los niños y jóvenes en este pueblo de mala muerte. Para cerciorarse de que todo estuviera bien, y como además no quería problemas —al menos problemas de ese tipo—, Brodsky se acercó hasta mi casa y habló con mamá y papá. Les pidió permiso de llevarme a trabajar con él y con Jorgelina.

«Haga lo que crea conveniente», le dijo mamá. Brodsky entonces me agarró de la mano y me arrastró así hasta su casa. Me dio un poco de vergüenza caminar de la mano con él, a plena luz del día, por las veredas del pueblo. También me cayó mal que hablara de mis padres como gente irresponsable: «No les importó nada —dijo—: ¿y si yo fuera un delincuente?». Pero Brodsky no era un delincuente; como mucho si era un hombre desesperado. Cuestión que, desde luego, merecía que uno se mantuviese atento.

No digo que fue fácil, pero al principio sí que fue todo muy estimulante. Como el nuestro es un pueblo chico, Brodsky se sabía las fechas de cumpleaños de todo el mundo; estaba al tanto de los bautismos, de los casamientos, de los velorios, de la ceremonia que se estuviera organizando, y así como cosa suya me mandaba con una esquelita a que avisara los horarios de presentación de Jorgelina. «Una cortesía», según Brodsky.

La gente recibía el regalo —porque el canto de Jorgelina era eso, un regalo— con una mezcla de sorpresa y resignación. Aceptaban que llegásemos, Brodsky, Jorgelina y yo, y que dispusiéramos la ubicación adecuada para el espectáculo como dueños de casa. Jorgelina solía ponerse quisquillosa si percibía algún desorden. Me hacía correr muebles, subir o bajar persianas, pedir silencio a la concurrencia... Una situación de lo más incómoda si se tiene en cuenta que lo nuestro era una verdadera intrusión en la intimidad de aquellas personas. La gente, sin embargo, hacía cuanto estuviese en sus manos para aportar a la buena resolución del acto. Si a un bebé, por ejemplo, le daba por lloriquear, su madre tenía la buena predisposición de apartarlo. Y volvía la calma. Y seguido llegaban los primeros arpegios de Brodsky, que anunciaban el inminente canto de su hija.

Depende del ánimo de Jorgelina que el espectáculo dure cinco, seis o bien treinta canciones. Pero nunca la he visto interpretar menos de cinco. Tampoco puedo anticipar si tendremos una actuación corta o una de las largas. Si me dan a elegir, diría que prefiero las intermedias. Un entusiasmo promedio, digamos.

Si no pasamos de las cinco canciones, es porque Jorgelina ha sentido algún malestar, por su carácter inestable, que —por la razón que sea— va de los bajones a los subidones repentinos. Puede que, en medio de la interpretación más calma y solemne, la asalte algún mal recuerdo y le dé por soltar unos chillidos ensordecedores o ya unos soberanos gritos. En esos casos me toca correr hacia ella, taponarle la boca con una mano —con el consecuente riesgo de recibir un mordisco— y apretarla en un abrazo. Así hasta que se calme. Esta situación no dura más de uno o dos minutos, pero no deja de ser vergonzosa. Doy gracias a la discreción de las personas, que saben hacer de cuenta que no hay nada extraño en la conducta de Jorgelina. Simplemente miran hacia otro lado, reinician una charla dejada por la mitad o van en busca de más vino. Lo que sea con tal de no apenar a la cantora del pueblo.

Cuando la presentación se alarga, tampoco es fácil lidiar con Jorgelina. Percibe que las cosas están yendo bien, que el público responde con entusiasmo y se deja llevar por la euforia. Le da entonces, supongo que instintivamente, por cantar en tonos más altos, lo que supone un esfuerzo físico extra que no le conviene. La ves hacer muecas, desorbitar los ojos, estirar sus extremidades al límite, como si estuviera hecha de goma. Los cambios en el tono, además, obligan a que su padre —que, todo hay que decirlo, no es ningún virtuoso en la materia— ensaye verdaderas piruetas en la guitarra, todo lo cual hace a una interpretación deplorable.

También para estos casos hemos establecido una táctica de rescate, que no es otra que la improvisación. Al menos eso es lo que me señaló el mismísimo Brodsky: «Cuando las cosas se nos van de las manos —me dijo—, hay que sostenerlas con la inteligencia».

Creo que fui inteligente cuando se nos suscitó nuestra primera crisis. El Círculo de Jubilados del pueblo celebraba su fiesta anual y Jorgelina llevaba dos horas y media de espectáculo. Los ancianos se habían portado bien y habían aplaudido, tal vez, en demasía las versiones de Jorgelina; aplaudieron de una manera que no pude menos que juzgar de sospechosa. Miré con más atención hacia el entarimado que hacía las veces de escenario y vi la frente sudada de Brodsky, su expresión sufrida, los rasguídos a destiempo sobre la guitarra. Y vi, sobre todo, a Jorgelina, el pelo hecho un desorden de tanto revoleo y el color morado que le iba ganando lugar a la palidez de su piel; sentí su voz cada vez más aguda chirriándome en los oídos. Y sentí, finalmente, la mirada de Brodsky, que en parte me imploraba pero que mucho más me exigía una intervención. No se me ocurrió otra idea más que probar un grito: «Te amo, Jorgelina», grité. Y como a la primera de cambio el grito no logró imponerse al ruido ambiente, al propio canto de Jorgelina, volví a gritar aquella declaración: «Jorgelina, te amo».

No voy a decir que conseguí con eso acallar por completo a la cantora del pueblo, pero sí estoy seguro de que una vez que mi declaración de amor llegó a sus oídos —y al de toda la concurrencia— hubo un bajón en la intensidad de su voz. Como si de pronto el entusiasmo por cantar chacareras para aquellos ancianos se hubiese visto contenido por una manifestación que, por lo menos hasta ese momento, nadie había dedicado a nuestra cantora.

Empujados seguramente por la simpatía espontánea que inspiran las cuestiones del amor, los ancianos presentes celebraron mi grito con un nuevo vitoreo de palmas. Dieron por sentado que entre Jorgelina y su asistente había una relación que iba mucho más allá de lo estrictamente, digamos, laboral.

El perceptible titubeo de Jorgelina sobre el escenario, su inesperada sonrisa pudorosa,

invitaban a confirmar aquella sospecha.

Por mi parte, semejante idea me hacía feliz. A Brodsky, en cambio, era evidente que no.

A partir de la actuación en el Círculo de Jubilados, el trato de Jorgelina para conmigo cambió notablemente. Era, de pronto, más amable. Reía de buena gana con mis comentarios, por muy tontos o banales que estos fueran, y aprovechaba cualquier ocasión para mirarme a los ojos con una fijeza tan placentera como estremecedora. Cada vez que le acercaba un vaso de agua, por decir algo, procuraba ella que nuestros dedos se rozaran más de lo necesario. Un gesto que juzgué precioso.

También le dio por hablarme un poco más: «Qué bien me vendrían unas vacaciones», me dijo una vez. Estábamos en un parate de sus clases de canto y ella tomaba un tecito de abedul, una infusión importante, según ella, para mantener a raya el apetito. Jorgelina no quería engordar, pero la vida social a que la obligaba su condición de cantora del pueblo le jugaba en contra. Todos los días había un asado, un locro, una fuente de empanadas, que servían como pequeña y a la vez succulenta ofrenda a sus actuaciones. Además de las damajuanas de vino dulce, que si bien eran regalos para Brodsky ella no se privaba de probar y, más que probar, vaciar.

Cuando me habló de vacaciones, di por sentado que Jorgelina se refería a un descanso de aquellas costumbres. O quizá sea solo una idea mía y lo que Jorgelina en verdad pretendía era hundirse sin miramientos en los placeres que, para mí, eran su perdición. En fin, que mi cabecita loca empezó a partir de entonces a imaginarnos, a Jorgelina y a mí, de paseo por el mundo, recorriendo calles de ciudades lejanas, al margen, aunque más no fuera por una temporada, de nuestro apabullante pueblo.

Se me ocurrió que Jorgelina merecía una vida más sana. Y que no había nadie mejor que yo para ofrecerle aquella vida.

Brodsky se me rio en la cara cuando le hablé de unas vacaciones para su hija. «Lo que menos necesita —dijo— es un descanso. Si Jorgelina descansa se le llena la cabeza de ideas raras.» También me sugirió —o más bien me advirtió— que me abstuviera de darle tanta charla a Jorgelina, que si me pagaba era para asistirle y no para distraerla.

La cuestión es que Brodsky, cuando se acordaba de hacerlo, me pagaba muy poco. A veces ni siquiera con dinero, sino con mercadería de su propio ramos generales. Nunca me había parecido mal este medio de pago —Brodsky me preparaba un bolsón con elementos esenciales, paquetes de arroz, de fideos, harina, sal, papel higiénico—, me parecía una buena manera de aportar algo a mi casa, donde mamá y papá penaban mes a mes con sus salarios raquíticos.

Pero con el tiempo —digo yo que por cuestiones de la edad, iba creciendo y me interesaban de repente otras cosas—, con el tiempo quise también contar con algún dinero en el bolsillo. Más aún cuando Jorgelina empezó a insistir con la idea de hacer un viaje juntos. «Una escapadita», me susurraba al oído, y a mí, además de sus palabras, me venía un temblor en todo el cuerpo de solo pensar en algo así.

Ay, la voz de Jorgelina cuando se hace susurro... es algo tan dulce de oír. Si esa voz llegara a oídos del pueblo —en vez del vozarrón con que Jorgelina saturaba los salones—, estoy seguro de que el destino de este pueblo sería completamente otro. No sé si sería un destino mejor o peor, pero sería otro.

Con el correr de los meses Jorgelina se puso insistente. Si bebía unas copas de más —cosa

que sucedía cada vez con mayor frecuencia—, hasta se ponía un poco pesada. «Llévame lejos — me decía—: subime a un auto y llévame lejos.»

Aunque descabellado, su plan me gustaba. El único problema era que en modo alguno podía yo conseguir un auto. No tenía dinero, ni siquiera un amigo que pudiera prestarme el coche por unos días. Ese argumento me vino bien para tener más o menos a raya los embates de Jorgelina.

«Pero no tengo auto», le respondía yo, y ella, frustrada, se mordía los labios y volvía al escenario, donde Brodsky —cara de perro chinchudo— la esperaba pulsando las primeras notas de la siguiente canción.

Tal vez por su consumo excesivo de alcohol, pero mucho más por el desgano, empecé a sentir que las interpretaciones de Jorgelina sonaban cada vez más desprolijas y, por qué no, lastimosas. A veces hasta se daba el lujo de cambiar la letra a las canciones o simplemente se contentaba con hacer cantar al público. También entre el público percibí una creciente indiferencia. Como si se hubiera ido cansando de Jorgelina, como si se la tuvieran sabida de memoria.

Intenté hablar del tema con Brodsky, sugerirle una vuelta de tuerca al repertorio, pero el tipo estaba en malos términos conmigo. Se limitó a echarme la culpa por el estado de su hija y me advirtió que, de seguir así las cosas, tendría que ir buscándome un nuevo trabajo. Si por mí hubiera sido, hubiera renunciado ahí mismo —y tal vez hubiera sido lo mejor—, pero justo en ese momento vi a la pobre Jorgelina desparramada en una silla. Tenía los ojos abiertos y puestos en blanco, y le colgaban hilos de baba desde la boca entreabierta, que le había quedado suspendida como en medio de una palabra. Pobrecita Jorgelina. Por suerte para ella no había público atento a su situación —estábamos en una fiesta de cumpleaños—, la gente se movía ocupada en sus propios asuntos. Dejé de lado a Brodsky y a su berrinche y corrí a ocuparme de Jorgelina. Le llevé agua y la acomodé con un poco más de dignidad sobre la silla. Ella pareció reaccionar y, de entre los nubarrones de la borrachera, probó una sonrisa. Fue una sonrisa espantosa, pero la sentí como su más bella canción.

También sentí, por detrás, la voz de Brodsky: «No toques a mi hija, maricón», me dijo. Esta vez no pude contenerme. Simplemente me di vuelta, lo medí lo mejor que pude —aproveché también que él estaba un poco bebido— y le estampé un buen sopapo. Brodsky dio un paso atrás, después otro, agitó los brazos buscando algo que lo sostuviera y, cuando no pudo más, se desplomó como un rancho viejo.

De inmediato la gente dispersa se agolpó alrededor nuestro. Dieron por sentado que Brodsky había caído de puro borracho. Me cercioré de que Jorgelina estuviese bien, sentada sobre una silla y más o menos consciente, y, cuando nadie me vio, salí disparado rumbo a mi casa.

Pasó un día y luego el siguiente y no tuve novedades. A mamá y a papá les llamó la atención mi presencia, que de pronto me pasara el día encerrado, pero aun así se contuvieron de —o quizá, no les importó— hacerme alguna pregunta.

La nuestra es una casa pequeña —tres ambientes, por así decirlo—, y me costó mantenerme apartado. Procuré moverme lo justo y necesario, evitar los espacios comunes, que en cierto modo eran casi todos. Anduve como un fantasma.

Echado en mi catre, no hacía más que pensar en Jorgelina, tarareaba sus canciones predilectas y me imaginaba con el coraje necesario para conseguir un auto, subir a mi cantora y llevarla de paseo por la ruta que ella quisiera.

También pensé en Brodsky: por momentos con enojo pero la mayor parte del tiempo con pena. Pobre hombre... La vida se había comportado con él de manera muy extraña.

Para dormirme, para conciliar el sueño, no me quedó otra que recurrir a la radio. Cada tanto,

la FM del pueblo pasaba algún clásico de Jorgelina. Y aunque no fueran interpretaciones suyas — por lo general eran hombres, bravucones que cantaban a los gritos—, aunque no fuera ella, a mí me llegaba su eco, su amorosa melodía. Así podía dormir.

Una noche de aquellas me despertó algo que pegaba contra la casa. Se me ocurrió que podían ser pájaros ciegos o medio tontos, pero pronto me di cuenta de que eso era imposible. Los perros de la calle ladraban como desquiciados. Mamá y papá dormían y de la radio, en vez de música, se escuchaba nomás ruido de lluvia. El calor era agobiante.

Fui hasta la cocina y me asomé a la ventana. Entonces los vi: en plena noche, la cantora del pueblo bebía de una caja de vino y su padre, al lado, lanzaba cascotes. No les importaba ni que los perros les ladraran ni, mucho menos, que algún vecino se les quejara.

Les hice señas, pero estaba muy oscuro para que me vieran. Brodsky lanzó un cascotazo, alto, que fue a dar contra la chapa del techo. El estampido asustó a papá, que se apareció de repente, la cara torcida por el sueño, junto a mí: «Qué mierda pasa», dijo. «Brodsky», le contesté, y con eso quedó satisfecho, porque asintió con la cabeza y volvió a dormir a su habitación.

Me apuré a vestirme y salí afuera en el momento preciso en que Brodsky lanzaba un nuevo cascote. Aunque me pasó bastante lejos —fue a dar por los costados de la casa, más bien cerca del gallinero—, me moví hacia un costado, como esquivándolo.

«Ahí estás», dijo Brodsky al verme aparecer. Después dejó caer un par de cascotes que tenía entre las manos. Pensé que me buscaba para pelear, pero cuando quise darme cuenta, Jorgelina se adelantó unos pasos y se piantó ante mí.

«Vine a buscarte —dijo—: tenemos auto.» Me señaló con el dedo un coche estacionado a unos metros de la esquina, a los pies de un farol. A un golpe de vista se lo veía en buen estado.

«Más vale que salgan antes que amanezca», dijo Brodsky. Después dio media vuelta y se largó a caminar bajo la noche oscura.

«Chau, pa», gritó Jorgelina, y sin darse vuelta Brodsky levantó una mano, saludando.

Nos quedamos ahí afuera, la cantora del pueblo y yo, en silencio los dos. El olor a vino de Jorgelina, lejos de molestarme, se me hizo exquisito. No me contuve más y le estampé un beso en la boca. Ella me apartó y soltó una tremenda risotada. No tuve tiempo de ofenderme ni de apenarme porque, medio de sopetón, me tomó por el cuello y me besó como si fuera a comerme.

El auto, efectivamente, es un buen auto. Y Jorgelina maneja muy bien. Maneja y canta con esa voz que a mí tanto me gusta, esa voz que no es el vozarrón que el pueblo conoce, sino esa especie de susurro delicado que es mi perdición. Yo, de acompañante, voy cebando mates. Supongo que, más temprano que tarde, volveremos al pueblo. No es bueno que un pueblo se quede sin su cantora.

Cantá, Jorgelina, cantá que la ruta es toda nuestra.

Los orígenes

El hombre ve la caída del fuego. Está de pie, en un claro del monte. Hasta hace unos pocos segundos su atención estaba puesta en el guazuncho aquel que, ahora, tras quedar pasmado igual que el hombre por la estela de luz que cruza el cielo, emprende una huida pavota y sin rumbo.

El hombre, a diferencia del guazuncho, no huye pero tampoco es capaz de pronunciar palabra. Sigue el fenómeno de fuego con la boca entreabierta y parpadea con fuerza cuando la cola de luz impacta más allá, en la espesura del monte, y siente una oleada de energía que le cosquillea en las piernas.

Durante unos segundos, el mundo tiembla y los ruidos del monte se oyen como gritos lejanos. Pero es nada más que un rato, porque enseguida todo vuelve a ser como fue siempre. Aunque no.

El hombre se repone, se mira a sí mismo y se tantea el cuerpo, como confirmando que todo está en su sitio. Después devuelve la mirada al punto original, hacia el guazuncho. Pero el guazuncho, por supuesto, ya no está.

Más tarde, el hombre dirá que ha visto caer un pedazo de sol. Refugiado en la frescura de la noche, el resto de los hombres escuchará su historia con una mezcla de pánico y fascinación. Dedicarán jornadas enteras al debate.

Alguien dirá, muy sabiamente, que si el sol se está cayendo habría que salir en busca de sus pedazos. Para unirlos y devolverlos al cielo.

Se organizan expediciones. Cuadrillas de veinte hombres que se sumergen en los montes y, a medida que avanzan, hilvanan nuevas historias; estallidos de la imaginación que ofrecen, mucho más que respuestas, nuevos misterios. Y así avanzan, siempre un poco más, sin que importe hacia dónde.

Esto no es un pedazo de sol, dirá más tarde otro hombre, decepcionado a los pies de un inmenso cráter y con la vista hundida en el metal abrasador que humea desde el fondo.

Esto no es un pedazo de sol, repetirá, esto es un excremento de las estrellas.

Los hombres se dividirán, entonces, entre aquellos que veneren el metal caído del cielo y aquellos que lo repudien.

Alguno intentará conciliar posiciones y ofrecerá una lectura, quizá, más compleja. Mostrará la palma de una mano y dirá: aquí está el cielo; mostrará la palma de su otra mano y dirá: aquí la tierra. Cielo y tierra —explicará después, uniendo las manos— son una sola cosa. Y las cosas del cielo a veces pueden estar en la tierra y las cosas de la tierra a veces pueden estar en el cielo. Desunirá las manos el hombre y, con los dedos, imitará un revoloteo.

A veces estamos en un lugar y a veces estamos en el otro. Pero en definitiva, concluirá, eso no es lo importante.

El resto de los hombres querrá saber, desde luego, qué cosa es lo importante.

Para eso, les dirá el hombre, no tengo una respuesta. Y todos asentirán, conformes.

La historia que habla de una lluvia de meteoritos en Campo del Cielo, región del Gran Chaco, trae mala suerte. Que lo diga si no el adelantado Francisco Garay de Correa.

Al tanto de la leyenda indígena que menta un paraíso de metal a cielo abierto, Correa se apura a transmitir el asunto al gobernador de Tucumán, Gonzalo de Abreu y Figueroa. Mala es la fama que ostenta el gobernador. Se dice que es arrogante y cruel, taimado y negligente. Y se dicen aun cosas peores.

La primera vez, cuando Correa le viene con el cuento del metal precioso, el gobernador no le lleva el apunte. Hay otras prioridades que atender, la conquista se vive a pleno.

Pero Correa insiste. Vaya uno a saber por qué, tiene la idea fija, la certeza de que aquello que buscan —oro, plata, el Paraíso— está en la dirección que apuntan los indios chanés en sus relatos.

A la tercera o cuarta vez que encara al gobernador —en compañía de un chané, pensando que la presencia del indio revestirá de veracidad su presentimiento—, este, el gobernador, le dice que por Dios, por los reyes católicos, por la gracia del Imperio español, coloque su energía en cuestiones más urgentes.

Correa se encapricha. Desparrama, atolondrado, un torrente de datos con los que no consigue otra cosa que abrumar al gobernador. Para colmo, el chané se lanza detrás de él y —en su idioma incomprendible— pretende complementar la información que Correa suelta a borbotones.

El gobernador Figueroa se harta. Señala con un dedo a los dos hombres y, con ese mismo dedo, les hace una seña para que se vayan, para que lo dejen en paz. No tiene interés alguno en gastar recursos en historias tan vagas.

En vez de resignarse, Correa repite —ya en tono histérico— sus argumentos.

Otra seña del gobernador alcanza para que cuatro soldados se ocupen de liberarlo de esos dos enloquecidos. Al chané lo decapitan enseguida. Pero a Correa primero le cortan la lengua y, recién tras una penosa agonía, dan cuenta de su cabeza.

Un par de semanas después otro adelantado, Hernán Mejía de Mirabal, le viene al gobernador Figueroa con el mismo cuento: un paraíso de metal a cielo abierto.

Puede que Mirabal no se viera tan desesperado como Garay de Correa; tal vez haya sido más cuidadoso al pronunciarse. O bien puede que el gobernador no hubiese tenido la menor estima por Correa y encontrara en su hostigamiento —en el hostigamiento de Correa, claro— una buena excusa para quitárselo de encima.

Lo cierto es que ahora estudia a Mirabal, lo escucha con cuidado y le dice que sí, que organice una expedición.

Como era de esperarse, no le irá nada bien a Mirabal. Siete hombres le cede el gobernador —de los cuales dos son chanés—, pero ni un solo caballo. Y una partida de alimentos más bien miserable. De acuerdo con sus cálculos —los cálculos de Mirabal, que son, a su vez, los cálculos de algún indio—, deberán recorrer cerca de ciento treinta kilómetros hasta llegar a destino. Un destino a todas luces incierto, aun para aquellos hombres lanzados desde el vamos a una vida de incertidumbre.

Apenas iniciado el segundo día de marcha, entre un calor agobiante y arbustos pinchudos, se topan con una partida de indios chiriguano. Mirabal hace un intento por establecer comunicación, ha tenido ya encontronazos similares con indios de otras etnias —aunque le cuesta distinguir, todavía, unos indios de otros— y de todos los encuentros ha conseguido salir airoso. Tanto así que se ubica por delante de sus compañeros —hombres más brutos que él y también más cobardes— y procura una sonrisa.

El intento, sin embargo, queda a medias: un chiriguano, sin decir agua va, le ensarta soberano

flechazo en una pantorrilla. El estupor no le permite a Mirabal ni siquiera soltar un grito. Uno de los chanés emprende una carrera torpe y sin sentido; a lo sumo se aleja cincuenta metros, hasta que un chiriguano, muy tranquilo, ajusta una flecha a su pequeño arco y mira al cielo, a la copa de los árboles, antes de lanzar el flechazo que se clava limpio en el cuello del chané. El chané restante y los cinco españoles quedan duros, espantados por el ataque y por sentirse, de pronto, a merced de estos salvajes.

Los chiriguanos no los matan ahí mismo. Como se sabe, estos son indios antropófagos, y aunque es bien cierto que sienten especial predilección por la carne tierna —de niños, digamos—, su inquina contra los colonizadores les basta para una alteración en la dieta. Así es que Mirabal y sus hombres continúan la marcha, pero ahora como prisioneros.

Es probable que la flecha que Mirabal lleva atravesada en la pantorrilla tenga algún veneno en la punta, o bien puede que sea el simple y llano dolor lo que lo empuja al delirio. Pone los ojos en blanco Mirabal, la mirada en el cielo y los brazos extendidos como en plegaria. Pero de su boca no salen palabras reconocibles, ni para sus compañeros ni para los indios. Lo que sale de su boca, de hecho, junto con unos brotes de espuma, es un amasijo de sonidos.

Uno de sus compañeros pide permiso a los chiriguanos para cargar a Mirabal sobre sus hombros. Intenta explicarles que su jefe no puede caminar, pero los indios, por supuesto, no entienden ni jota y se vive entonces otro momento de tensión.

De pronto, estos desgraciados exploradores tienen un conglomerado de puntas de flecha direccionadas al centro mismo de sus ojos. El aire, como suele decirse, se corta con cuchillo. O con espada, o de un flechazo. Hasta es posible distinguir el aliento de cada hombre —chiriguanos y españoles—, el hálito invisible que levita en la selva caliente.

Es el propio Mirabal quien endereza la cuestión. Como hipnotizado, arrima un dedo tembloroso a una de las flechas que apunta a su frente, a la más cercana. Quizá por su expresión —una mera cara de loco—, el chiriguano dueño de la flecha lo deja hacer y no le hunde para siempre el entrecejo con un flechazo.

Mirabal toca la punta de flecha. La recorre con su índice y se convence: el hierro de esa punta no es cualquier hierro. Estos indios, comprueba Mirabal en su delirio, estos indios saben sacar provecho del metal caído del cielo.

Gordon Finch nació en 1937 en el centro oeste norteamericano, en una zona rural del estado de Misuri. De muy chico su padre le enseñó los rudimentos de la tierra, lo que suponía trabajar en una granja. En algunos aspectos, Gordon era un muchacho como cualquiera, inquieto pero obediente. Su problema —aunque más que suyo, era un problema para su padre— era esa manía suya de pretender entenderlo todo.

De dónde ha salido esta tierra, le preguntaba Gordon a su padre, sosteniendo entre sus manos puñados de la tierra que ayudaba a trabajar diariamente. Por qué los animales, los cerdos, los caballos, las aves de corral tienen esas formas; qué piensan estos animales, qué sienten.

Su padre quería mucho a Gordon, pero de alguna manera aquellas preguntas lo agotaban. Antes de ensayar una posible respuesta se miraba las manos, callosas, curtidas de años y años de trabajo duro. Qué podía él decirle a su hijo, a la mirada llena de brillo y vida con que el pequeño Gordon lanzaba cada pregunta.

Todo y todos somos creaciones de Dios, decía el pobre hombre. La tierra, los chanchos y las

gallinas, tú mismo, pequeño Gordon, todos somos creaciones de Dios. Se trata simplemente de eso.

Gordon, por supuesto, quería saber más.

Si es así, pensaba, si somos creaciones de Dios, por qué Él ha elegido estas formas, por qué esta tierra es como es, por qué es necesario madrugar... por qué.

Gordon Finch ingresó a la Universidad de Pittsburgh con dieciocho años. Diez años más tarde se doctoró en geología, a lo que sumó —dos años después— una especialización en astronomía.

Su padre —que junto con su madre había hecho cuanto estuvo a su alcance para que el pequeño Gordon saciara su, por así decirlo, hambre de conocimiento— le preguntó alguna vez qué era un geólogo. Gordon le ofreció una respuesta de manual: un geólogo, le dijo, es un científico cuyo objeto de estudio es la Tierra, su formación y evolución, los materiales que la componen y su estructura.

A su padre esa respuesta no lo dejó conforme, pero cuando Gordon completó su especialización le preguntó por qué astronomía, si se supone que a él, como geólogo, le interesaban las cosas de la Tierra, no las del espacio. Gordon estuvo a punto de ofrecer, otra vez, una respuesta como aquella, de manual y un poco vacía de significado. Pero miró a su padre, el ceño fruncido y viejo de su querido padre, y fue piadoso. Levantó la vista, como si la posara en el corazón mismo del cielo, y la bajó después, como si la clavara en la tierra. Luego se atenazó el mentón con índice y pulgar y respondió:

La cuestión, padre, dijo, es que cielo y tierra son la misma cosa. Las cosas del cielo pueden, de pronto, estar en la tierra; y las de la tierra puede que alguna vez estén en el cielo. Como tu alma, como el alma de mamá y —como espero que ocurra— como la mía. Hoy estamos en la tierra, pero pronto estaremos en el cielo.

Aunque no lo dijo, el padre de Gordon Finch sintió aquella vez que su hijo era una extraña especie de sacerdote.

Gordon Finch llegó a Campo del Cielo en 1972. Había leído estudios de elaboración muy tosca sobre la lluvia de meteoritos que cuatro milenios atrás había hecho centro en aquella región del norte argentino. Llegó sin demasiada expectativa y frustrado por sus anteriores exploraciones —un pirata astronómico se le adelantó un mes y se llevó de Namibia el meteorito más grande encontrado hasta ese momento en tierra, veinte toneladas de puro metal del espacio; a las pocas semanas, un geólogo de la Universidad de Columbia le ganó de mano al encontrar, bajo el hielo, una formación meteórica en Alaska—.

Finch se internó en el calor de Campo del Cielo como última opción, un poco a desgano. Fue la reticencia de los hombres y mujeres del lugar, su nula predisposición a brindar ayuda a un yanqui aparatoso, lo que lo decidió a quedarse.

La excentricidad de Finch provocaba burla y resquemor en partes iguales: al sombrero explorador le agregaba unas bermudas color caqui verdaderamente ridículas y la manía de usar medias de algodón y mocasines. Sus pantorrillas, blancas y enclenques, quedaban así a la vista y se hacía muy difícil no deslizar algún comentario socarrón.

Sus modales, por otra parte, tampoco eran los mejores: en un castellano chapucero repartía órdenes a diestra y siniestra, tanto a los seis miembros de su equipo —dos de los cuales eran indígenas reclutados en el lugar— como a cualquier otro ser humano que se detuviera un segundo a curiosear en las tareas y menesteres de aquel personaje.

Finch tenía los nervios de punta. Los fondos que la Universidad de Pittsburgh había destinado

a su misión estaban a punto de agotarse y él no había divisado un mísero cráter. Los indios que había sumado al equipo —cada vez lo tenía más claro— eran meros estafadores: amparados en las complicaciones con el idioma, uno decía una cosa y, trascartón, el otro decía absolutamente lo contrario. Finch se volvía loco.

Acostumbrado al trabajo duro, curtido en la vieja granja por su padre y la labranza, el calor de Campo del Cielo no era un obstáculo para él, pero sí para los miembros de su equipo que habían venido desde la universidad. Se deshidrataban fácilmente, acusaban golpes de calor, mareos... Finch los miraba y oía sus lamentos con desprecio. Apenas si se tomó en serio a la doctora Elizabeth Cross, quien pasó dos días de diarrea por confiarse y beber la misma agua que bebían los lugareños.

Gordon Finch estaba enamorado de la doctora Cross. Era unos pocos años mayor que ella; compartían, por supuesto, inquietudes similares, pero a él le resultaba imposible entablar un diálogo que trascendiera el terreno académico. Frente a ella era básicamente torpe: tartamudeaba, se ensuciaba la cara al comer, transpiraba...

Elizabeth Cross, en cambio, además de ser una pelirroja hermosa era una tromba. Todos los hombres del equipo le habían echado el ojo, pero ella era demasiado inteligente para dejarse engatusar por cualquiera. Sumado al hecho, increíble pero cierto, de que encontrar meteoritos era casi lo único que le interesaba.

A tal punto esto era así que —una vez que se liberó de los efectos del agua mala— la doctora Cross se introdujo una noche en la tienda de campaña de Finch para contarle su plan.

Está claro, dijo, los indios nos toman el pelo. Saben todo acerca de los meteoritos, pero como los consideran algo sagrado se niegan a ofrecer información.

En eso, Finch estuvo de acuerdo. Pero cuando Cross le habló de su intención de seducir a cuantos indios hiciera falta para llegar hasta los meteoritos, el pobre Gordon Finch casi vomita. Que no, dijo finalmente, que no permitiría semejante locura.

La doctora Cross, sin embargo, tenía el asunto resuelto: no vine aquí a pedir permiso, dijo, vine a participar una decisión.

Gordon Finch y su equipo dieron con el llamado Meteorito del Cielo a fines de aquel 1972. Era el meteorito más grande jamás hallado, treinta y dos toneladas, una verdadera leyenda astronómica.

La fama y el prestigio de Finch crecieron junto con los fondos que le destinaron a partir de entonces, desde el mundo académico, desde el mundo político y también desde sitios impredecibles. Si hasta le ofrecieron tomar parte en publicidades de golosinas.

Alguien habló de los cráteres de Campo del Cielo y señaló sus similitudes con los cráteres de la luna. Así pusieron en pie de igualdad las hazañas de Gordon Finch y las de Neil Armstrong.

Finch no lo manifestó, pero consideró justa esa comparación: las cosas del cielo y las cosas de la tierra están aquí y, de repente, están allá, se dijo a sí mismo.

Aunque ahora mismo Gordon Finch piensa en la doctora Cross y, por mucho que se toque el pecho, no sabe decir dónde está su alma.

El hombre ve el fuego que atraviesa el cielo y se lanza a correr. Corre tras la estela de luz que

pocos segundos después se perderá en el horizonte, allá entre los árboles.

Una explosión y su posterior resplandor frenan su carrera, aunque solo por un momento. El hombre se palpa el cuerpo, revisa que cada cosa esté donde tiene que estar, y retoma el trote frenético. Supone, aunque no sabría cómo explicarlo, que tras aquella pelota de fuego hay una historia, algo que merece ser contado. Y así avanza.

Agradecimientos

A Pablo Black, Matías Aldaz, Germán Parmetler y Nahuel Paz, que leyeron cada cuento y vieron lo que uno era incapaz de ver.

A Paola Lucantis, que vio mucho más.

Grupo  Planeta

¡Seguinos!

